

COLECCIÓN ROMÁNTICA

Delicatessen

El vuelo de
las mariposas



YR
YOLANDA REVUELTA

Yolanda
Revuelta

COLECCIÓN ROMÁNTICA

Delicatessen

El vuelo de las mariposas



Yolanda Revuelta

«El vuelo de las mariposas»

Copyright © 2018 Yolanda Revuelta

Diseño de portada: Migarumo

Corrección: Violeta Triviño

violetamtcorreccion@gmail.com

Maquetación: Valerie Miller

valeriemillerscribe@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

All Rights reserved
Edición Octubre 2018

ISBN: 9781726649032
Independently published

*Vivo continuamente dentro de mi sueño
y hago visitas a la realidad.*

Ingmar Bergman

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

NOTA DE LA AUTORA

Yolanda Revuelta

Otros títulos de la autora:

CAPÍTULO 1

Alan miró a su hijo y al hacerlo tuvo que contener un suspiro de frustración.

—Cody, ¿quieres por favor sacar el dedo de la taza de leche? —le regañó mientras recogía alguno de los juguetes que el pequeño había dejado dispersos por el suelo de la cocina—. Algún día me romperé una pierna con tanto trasto, y entonces no podré ir a trabajar y ¿sabes lo que ocurrirá después? —inquirió de mala gana.

Su hijo primero le clavó sus preciosos e intensos ojos azules y luego, resignado, a sabiendas que no le iba a servir de nada protestar, movió la cabeza de un lado a otro.

—Que nos moriremos de hambre porque no ganaré suficiente dinero para comprar en el supermercado —exageró mientras recogía el último Playmobil del suelo.

Cody, con siete años recién cumplidos, era un niño despierto e inteligente. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volver a repetir la misma operación; así que decidió dejar la mano sobre la mesa ante la severa mirada de su padre.

—Es que la leche quema —protestó.

Alan clamó a la poca paciencia que le quedaba.

—Hijo, hay maneras y maneras. Prueba a soplar —adujo con un tono firme pero más tranquilo—. Existen unas normas de saber estar, tú lo sabes y debemos acatarlas en nuestro hogar y ahí fuera —señaló a la ventana de la cocina, no sin esfuerzo por llevar casi una decena de juguetes entre los brazos—. Anda, termina de desayunar o llegaré tarde.

El niño miró el vaso de leche con desazón.

—Pero hoy es domingo —rezongó de mala gana—. No hay colegio.

—Sé qué día es, pero tengo una reunión muy importante —dijo exasperado—. La canguro llegará de un momento a otro y necesito que desayunes y te laves los dientes antes de que el timbre de la puerta suene. ¿Lo

has entendido?

El niño asintió sin demasiada euforia. Los domingos eran para jugar y ver la televisión hasta hartarse; no para hacer deberes y andar con prisa.

Alan Reig acarició con la mirada a su hijo por enésima vez esa mañana, le encantaba hacerlo. Cody era un niño estupendo, tenía algunas expresiones y la sonrisa de su madre. Pero su pelo rojo, carácter y perseverancia, no le cabía la más mínima duda, esto último lo había heredado de él.

Ser padre soltero no estaba siendo una tarea fácil, sin embargo, él disfrutaba cada minuto porque Cody crecía a pasos vertiginosos y no quería perderse ni un segundo del proceso.

Su ex esposa vivía ahora en Nueva Zelanda con su marido, un millonario estadounidense y excéntrico que tenía una colección de Ferraris impresionante y varias mansiones repartidas por lo largo y ancho mundo. Al principio le dolió que le sustituyera por alguien como «el Jeque», así había bautizado a la nueva pareja de Elise. No obstante él tenía algo más valioso que toda esa montaña de dólares: a su hijo Cody.

Aún no podía creerse cómo Elise había podido renunciar a la patria potestad de su hijo, sin embargo cada día él se lo agradecía. Le había hecho el mejor regalo que pudiera existir.

Dejó caer los juguetes a un cajón de madera situado cerca del televisor y volvió la cabeza para ver cómo lo llevaba Cody. Cuando vio que la taza de leche seguía intacta sintió que se desesperaba, pero no dijo nada al respecto. A este paso le saldría una úlcera en el estómago.

—¿Por qué va a venir una niñera nueva?

Alan ahuecó algunos de los cojines que decoraban el sofá antes de responder a la pregunta que le había formulado su hijo. Le gustaban el orden y la limpieza aunque no pudiera dedicarle demasiado tiempo a las labores del hogar.

—Ya lo hemos hablado, Cody —dijo mientras volvía a la cocina. Que la casa tuviera un concepto abierto era cómodo para él. Podía estar en diferentes espacios sin perder de vista al pequeño—. La señorita Anderson ha regresado a Londres y yo, hoy más que nunca, necesito que alguien se encargue de ti en mi ausencia.

El niño resopló un par de veces, pero no para enfriar la leche.

—Ya soy mayor, no necesito a nadie que me cuide —refutó con el ceño fruncido.

Alan dejó lo que estaba haciendo y detuvo unos minutos la mirada en su hijo. Sin duda estaba creciendo a pasos agigantados, algún día llegaría la adolescencia y con ella, los quebraderos de cabeza, después la universidad y luego un día inesperado, Cody abriría las alas y echaría a volar. La idea le entusiasmaba y le entristecía al mismo tiempo. Era padre, y los padres solían ser egoístas por naturaleza con sus hijos.

—Es cierto que ya has crecido, pero yo me quedaría más tranquilo si no estás solo tantas horas —dijo con tono inseguro y culpable por tener que ir a trabajar un domingo. Ser abogado de una de las empresas más importantes de Edimburgo pasaba factura—. Además, la señora Ferguson me ha asegurado que encontrará a la mejor canguro. —Alan rogó para que fuera cierto. El día anterior aún no habían encontrado ningún perfil que cumpliera sus requisitos. El hecho que la dueña de la de la agencia no se hubiese puesto en contacto con él, debía significar que todo estaba en orden—. ¿Has visto mi maletín por alguna parte?

Cody apoyó los codos sobre la mesa y sus regordetas manos abarcaron buena parte de sus mejillas, lo que hizo que las pecas dispersas por su rostro se pronunciaran aún más.

—Está en el vestíbulo, donde lo dejaste anoche —comentó de mala gana.

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

Su padre salió de su campo de visión y él resopló con fuerza por enésima vez esa mañana. La idea de estar con una desconocida no le entusiasmaba en absoluto, prefería a su abuela, pero por alguna razón, su padre y su abuela no se llevaban demasiado bien. Solo pedía que la nueva canguro no fuese tan estricta como la señora Anderson, que parecía un general sin uniforme ni escrúpulos. Su padre volvió a entrar en la cocina con el maletín en una mano y la americana en otra.

—¿Todavía estás así? —preguntó casi con desesperación—. Por el amor de Dios, Cody, bebe la leche o no podré ir a trabajar.

El niño cogió con las manos el vaso y analizó su contenido de mala gana.

—Cody, por favor —le urgió su padre.

Resignado, se llevó el vaso a los labios, pero en ese mismo instante, el timbre sonó.

Salvado por la campana.

Su padre salió de la cocina a la vez que introducía un brazo por la manga de la americana. Siempre que iba a trabajar llevaba traje y corbata. Escuchó la puerta abrirse y la voz de su padre que sugería cierta urgencia.

—No es usted muy puntual que digamos —escuchó decir a su padre.

Una voz femenina se dejó oír, pero Cody no pudo descifrar lo que decía. Los pasos de su padre resonaron cerca, fue entonces cuando volvió aparecer. Detrás de él iba una mujer. A Cody le dio la impresión de estar algo dispersa.

—Verá, señorita...

—Hayes. Audrey Hayes.

Cody observó la reacción de su progenitor y tuvo que sofocar una carcajada. La señorita Hayes resultó ser mejor de lo esperado, debía reconocer que era muy guapa. Le recordó un poco a Lara Croft, su heroína favorita en los videojuegos. No era demasiado alta, morena, llevaba el pelo recogido en una larga y bonita cola de caballo y tenía unos ojos grandes y expresivos que miraban a su padre atónita, sin pestañear.

—La cuestión es... —comenzó a decir ella, pero fue interrumpida por la llamada entrante de un teléfono móvil.

Alan Reig observó con atención a la mujer que tenía ante sí antes de responder a la llamada. Sin duda era atractiva y tenía un no sé qué que le sugería confianza, algo que le gustó de inmediato. Al parecer, en esta ocasión, la señora Anderson había dado en el clavo con su elección. Aún no le había llegado el informe vía e-mail, pero estaba seguro que sería un lapsus que la dueña de la agencia subsanaría muy pronto, en cuestión de horas. Cuando vio el nombre de su amigo y compañero de trabajo reflejado en la pantalla del teléfono, soltó un improperio. No supo que lo había pronunciado en voz alta hasta que sintió la intensa mirada de la desconocida sobre él y la risa de su hijo bullendo por la cocina.

Carraspeó antes de hablar.

—Disculpe. Y tú, hijo, no has oído nada. ¿Entendido?

Cody no pudo más que ensanchar su sonrisa y Alan supo en ese momento que su hijo ya guardaba un as en la manga. El teléfono no dejaba de sonar, no le quedó otra opción que contestar.

—Martin, ya voy de camino... —Detuvo la conversación al ver que las dos personas que compartían con él la cocina lo miraban de hito en hito—. Será cuestión de diez minutos como máximo, te lo prometo. —Volvió a mentir ya de camino al vestíbulo. De pronto recordó algo y desanduvo sus pasos.

Apartó el teléfono de la oreja y señaló un papel que había sujetaba un imán en la puerta del frigorífico—. Mi número personal y el de emergencias —susurró de forma poco audible. Sin más se dirigió a la puerta principal. Su cabeza estaba en juego y estaba a punto de perderla.

Los dos extraños que quedaron en la cocina se observaron mutuamente con suma atención y cierta curiosidad. Audrey no tenía ni idea de lo que iba a hacer porque aquella escena podría haber sido parte de cualquier película surrealista.

—Al parecer, tu padre tiene prisa.

—Siempre tiene prisa —respondió el niño a la vez que apartaba el vaso de leche a un lado.

Audrey se percató del movimiento, pero no dijo nada al respecto.

—Bien —carraspeó—. Será mejor que me presente de nuevo. Soy Audrey Hayes, ¿y tú eres...?

—Cody Reig. —El pequeño pronunció su nombre como si fuera de la mismísima realeza.

Audrey tuvo que disimular una sonrisa. Debía reconocer que era un niño muy guapo: su pelo rojo y sus ojos azules, que la miraban con interés, eran iguales a los de su atractivo padre. Las pecas dispersas por las regordetas mejillas le daban un aspecto travieso y divertido al mismo tiempo. Le recordó un poco al hombre que acababa de desaparecer por la puerta, raudo y veloz, hacia un destino totalmente desconocido para ella.

—¿De verdad eres niñera?

Al parecer el niño era más intuitivo que su padre. Decidió ser sincera.

—No.

El niño abrió sus ojos azules como platos, lo que hizo que su iris intensificara su color.

—Si no eres la niñera, ¿quién eres?

Audrey no pudo más que sonreír ante la pregunta.

—Tu vecina del apartamento de al lado.

CAPÍTULO 2

—Ser uno de los mejores abogados de la ciudad no te da derecho a llegar tarde.

Alan, sentado tras la mesa de su despacho, se pasó la mano por el rebelde pelo rojo que había heredado de su abuelo y que en cierta medida, odiaba. Martin Clapton, un economista brillante, y él charlaban animadamente de pequeños detalles acaecidos a primera hora de la mañana. La reunión había sido un éxito rotundo y la operación que se componía de una suma considerable de ceros ya estaba en marcha.

—Por Dios, Martin, es domingo —rezongó—. Debería estar con mi hijo jugando a la *Play* en lugar de estar charlando aquí contigo.

Martin, que en ese momento miraba a través de la ventana con las manos embutidas en los bolsillos de sus pantalones, giró la cabeza y sonrió. Sus casi cuarenta años hacían de él, sin haber pasado por el altar ni tener cargas familiares, un soltero muy atractivo para las féminas. Sus largas horas semanales bien empleadas en el gimnasio y su pelo con una tonalidad en la que predominaba el tono plateado era un añadido más a su lista a la hora de ligar con una mujer. En ese instante, Martin decidió alejarse del enorme ventanal y sus pasos se encaminaron a uno de los sillones que decoraban el elegante y lujoso despacho de Alan.

—Nunca entenderé cómo puedes divertirte jugando con esos artilugios modernos —comentó cruzando las piernas de tal forma que apoyó un tobillo sobre la rodilla de la otra—, en vez de estar en la cama con una mujer atractiva y sofisticada que te haga ver y sentir las estrellas.

Alan no se sintió herido por el comentario. Era cierto, hacía demasiado tiempo que no pasaba una noche con una mujer, pero eso en vez de ser un problema, a estas alturas de la historia, se podía decir que era casi una ventaja. Se limitó a observarlo fijamente. Conocía lo suficiente a Martin para saber que disfrutaba más del juego, el alcohol y las mujeres que de cualquier otra cosa.

—La vida es algo más que fiestas de aquí para allá, Martin.

Su amigo chasqueó la lengua.

—Creo que no captas el sentido de la vida.

Alan echó la cabeza contra el respaldo del sillón de cuero donde estaba sentado, cogió uno de los bolígrafos que descansaban sobre su mesa de caoba y comenzó a jugar con él. Lo pasó entre los dedos con una agilidad casi pasmosa.

—El sentido de la vida es algo más que unas piernas bonitas y un culo redondo y perfecto moviéndose al compás de unos tacones vertiginosos.

—No te olvides de...

Alan levantó la mano y detuvo las palabras que estaba a punto de escupir su amigo.

—Estás demasiado obsesionado con los pechos de las mujeres — comentó risueño—. Deberías ir a ver a un psicólogo.

Martin estalló en una carcajada.

—Me diría que me encuentro perfectamente; es más, me aconsejaría que no perdiera el tiempo aquí —señaló con el dedo índice el suelo—, ni contigo.

Alan no pudo más que sonreír ante el comentario. Martin era el clásico tipo que se reía hasta de su propia sombra. Por un momento, la imagen de la nueva canguro de su hijo se filtró en sus pensamientos; nunca le había sucedido algo parecido y eso le desconcertó. Tenía la impresión de que la señorita Audrey Hayes era perfecta en muchos sentidos. El escaso tiempo que habían compartido había sido más que suficiente para fijarse en la vestimenta informal de la joven: le daba un cariz juvenil y poco profesional, pero en vez de importarle, reconoció que le gustaba. Su larga y oscura melena recogida en una cola de caballo ofrecía un aspecto natural y nada rimbombante, los ojos oscuros le parecieron un par de imanes de lo más atractivos. Al parecer la señora Anderson se había esmerado y de lo lindo en contratar a la nueva canguro. Se sintió culpable por pensar así, lo importante era que Cody estuviese contento, eso era lo primordial. Intentó borrar la imagen de Audrey Hayes de su cabeza. Debería comportarse como un buen padre y llamar a la señora Anderson y darle las gracias por su magnífica elección, eso sería lo correcto. La voz de su amigo lo sacó de su propia ensoñación.

—¿No me digas que no has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho?

Alan hizo un gesto de arrepentimiento.

—Joder...

—Deberías cuidar tu lenguaje.

Martin, en vez de sentirse insultado, sonrió de oreja a oreja.

—No soy el único que utiliza un lenguaje soez cuando la situación lo requiere.

Alan se dejó llevar por la risa de su amigo. Esa misma mañana, sin ir más lejos, en la cocina de su apartamento, frente a su hijo y la señorita Hayes, había sido de lo más grosero.

—Tienes razón —claudicó—. Soy un hombre malhablado cuando me lo propongo. ¿Qué me estabas diciendo?

—Esta semana he conocido a una mujer que me quita la respiración —adujo con tono soñador—. Es más, creo que me he enamorado.

Alan hizo tamborilear el bolígrafo sobre la mesa. Disimuló una nueva sonrisa, Martin se enamoraba y desenamoraba varias veces a la semana.

—No me lo puedo creer. ¿Tú, rendido ante una mujer? —preguntó con tono mordaz.

—Alguna vez tendría que ser, ¿no? —inquirió su amigo de mala gana.

Alan alzó una mano en un gesto apaciguador.

—Solo me extraña, eso es todo. Siempre creí que el amor y tú eráis incompatibles. ¿Dónde la conociste?

—En un pub hace un par de noches. Tiene una voz increíble.

—¿Doy por hecho que es cantante?

—Así es, y de las buenas. Además de simpática es divertida y, he de añadir también que tiene un halo de misterio que me pone a cien.

—Las mujeres que eliges siempre son misteriosas, no sé cómo te las apañas —comentó sarcástico.

Los ojos de Martin se volvieron de pronto soñadores.

—No deberías pisotear mis sentimientos. En esta ocasión sería de agradecer que fueras más considerado.

Alan enarcó las cejas.

—Vaya, parece que la cosa va en serio. Jamás te he oído hablar así de una mujer.

—Porque esta es especial, créeme.

Alan disimuló una sonrisa. Se alegraba, y mucho, por Martin. Ya era hora de que su amigo sentara la cabeza y buscara algo de estabilidad en su vida.

—Bueno, y ¿cómo es?

Debía reconocer que le había picado la curiosidad. Martin iba a responder cuando el teléfono de Alan vibró y sonó sobre la mesa.

—Disculpa.

Ni tan siquiera perdió el tiempo leyendo el nombre de la persona que lo llamaba.

—¿Sí?

—¿Señor Reig?

Alan, nada más escuchar la voz, la reconoció de inmediato. Sonaba urgente, pero al mismo tiempo daba la impresión de transmitir poca seguridad.

—Señora Anderson, ¿ocurre algo? —preguntó de inmediato mientras dejaba resbalar el bolígrafo entre sus dedos, a la vez que apoyaba ambos codos sobre la mesa.

—Verá, ni siquiera sé por dónde empezar —balbuceó la mujer.

El cuerpo de Alan se puso en alerta de inmediato.

—Por el principio estaría bien. —Hasta él mismo se hubiese reído de su propia respuesta, pero tenía la impresión de que lo que iba a decirle la señora Anderson no le iba a gustar.

—Verá...—Los segundos se dilataron a través de la línea. El resultado fue que los músculos de Alan se tensaran aún más—. Llamo para disculparme. He movido cielo y tierra para encontrarle una canguro, pero me ha sido del todo imposible...

—¿Cómo dice?! —La voz de Alan la interrumpió, resultó amenazadora hasta para él.

La mujer repitió, casi tartamudeando, la misma respuesta que había dado, pero Alan ya había dejado de escuchar.

Si la señora Anderson no había enviado canguro alguna a su casa, ¿quién demonios estaba cuidando de su hijo?

Soltó un improperio. Se levantó como un resorte, incluso Martin lo imitó con el rostro compungido. Sin importarle lo que pensaría la dueña de la agencia acerca de sus buenos modales, cortó la llamada sin despedirse siquiera.

—¿Qué ocurre? —inquirió Martin acercándose con paso decidido a la mesa.

Alan no hablaba, se limitaba a meter carpetas e informes en su maletín a una velocidad vertiginosa. Su mente y sus pensamientos volaban a mil por

hora.

—Tengo que irme —fue lo único que pronunció.

—Pero...

—Necesito volver a casa ya mismo. —Buscó algo en su móvil y luego pulsó con el pulgar la opción elegida. Se llevó el teléfono a la oreja mientras se precipitaba hacia la puerta.

—Pero, ¿qué demonios ocurre? —preguntó Martin alarmado a su espalda.

Alan lo ignoró deliberadamente; abrió la puerta como pudo, pero con tanta fuerza que casi la arranca de sus bisagras. Llamaba a su casa y nadie respondía. Metió el móvil en el bolsillo de su traje y corrió como si le persiguiera el mismísimo diablo. Los pocos empleados del bufete que trabajaban ese domingo, paralizaron sus quehaceres y conversaciones cuando le vieron acelerar el paso por el largo pasillo que llevaba hasta el ascensor principal, y que en ese momento se encontraba ocupado con destino a otra planta.

—¿Por qué trabaja tanta gente en domingo? —Se preguntó nervioso mientras intentaba pensar con lógica. Estaba claro, Hole&Hole era un maquinaria bien engrasada que no se detenía ni los fines de semana. El corazón se le desbocó. Un nombre resonaba con fuerza en su mente, una y otra vez: Cody.

—Por favor, Dios, no permitas que le ocurra nada malo —rogó mientras alcanzaba las escaleras. El ascensor quedaba descartado. La velocidad de sus piernas y sus ganas de llegar a casa se multiplicaban por mil.

Cuando llegó al vestíbulo le faltaba el aire y el corazón estaba a punto de salirse de su pecho, cuatro pisos eran más que suficientes para provocar un infarto. El bedel lo observó de forma extraña, pero no le dijo nada, algo que Alan agradeció. Cuando salió al exterior, tomó una bocanada de aire, sorteó varios coches y tuvo que escuchar algún que otro claxon de algún conductor furibundo al verlo pasar tan cerca del guardabarros. Levantó un brazo, casi de forma automática, y un taxi, como si pudiera escuchar la urgencia de los fuertes e incesantes latidos de su corazón, se detuvo a su lado. Abrió la puerta y dijo casi sin resuello:

—Nelson Street, por favor.

El taxista no preguntó nada más, se limitó a pisar el acelerador y mezclarse con el bullicioso tráfico de la hora punta en Edimburgo

«¿Quién demonios eres, Audrey Hayes?», se preguntó a sí mismo mientras observaba con atención el reflejo de su rostro en la ventanilla del taxi.

CAPÍTULO 3

—Este color no me gusta nada.

—¿Por qué? —preguntó Audrey concentrada mientras pasaba el rodillo por enésima vez por la única pared del salón que no estaba aún pintada—. A mí me parece muy alegre.

Cody arrugó el ceño y Audrey no pudo evitar esbozar una sonrisa ante el rostro del pequeño. Había descubierto que era un niño inteligente, alegre y muy parlanchín.

—Es un color de chicas.

—Oye —protestó ella—, las chicas no tenemos colores propios. Toda la gama de colores tiene su propio encanto.

Cody alzó la mirada hacia la mujer y luego miró a la pared. La pared en sí era la única que iba a ser de color violeta, el resto del salón era blanco, como los marcos de madera de las ventanas gigantes que dejaban paso a ráfagas intermitentes de luz natural y el detalle de las molduras de corona intrincado que embellecían los altos techos de al menos doce pies de altura. El apartamento donde vivían su padre y él era muy parecido, pero menos cursi.

—A mí me sigue pareciendo un color de chica.

Audrey soltó una bulliciosa risa que contagió al pequeño.

—No me puedo creer que estando en el siglo veintiuno aún estemos hablando de colores femeninos y masculinos.

Cody se encogió de hombros, no tenía ni idea a lo que Audrey se refería. Lo único que sabía era que llevaba tres horas pasándose genial al lado de esa mujer misteriosa y divertida mientras pintaba y comía bombones rellenos de coco. Después de todo, que su padre trabajase un domingo no era una idea tan mala.

Audrey pasó el rodillo de una mano a otra y luego revolvió el pelo rojo de Cody. Era de un tono muy llamativo e intenso que le encantó nada más verlo.

Había pensado en todas las posibilidades existentes y se había quedado

con la última y, sin duda la más peligrosa. Bien sabe Dios que había llamado a la puerta de enfrente con la única intención de que el vecino que viviese allí le diese un poco de leche para tomar su primer café de la mañana. Pero en unos segundos se había visto arrollada por una vorágine de acontecimientos que ella aún no había comprendido del todo. Según le había explicado Cody, su padre era abogado y esa mañana tenía una reunión muy importante a la cual no podía faltar.

«¿Quién trabaja un domingo?», se preguntó mientras se ponía de nuevo manos a la obra. La respuesta no se hizo esperar: alguien como ella. Torció el gesto y se centró en deslizar el rodillo por la pared hasta que el color violeta cubrió otro trozo blanco.

La idea de llamar al padre del niño se le había pasado un centenar de veces por la mente, pero Cody insistía una y otra vez en la importancia de la reunión. Soltó un suspiro antes de llevar el rodillo de nuevo al cubo.

Y, ¿cuál había sido la solución? Permitir que Cody trabajase a su vera buena parte de la mañana mientras cambiaban impresiones de series infantiles y videojuegos. Al menos en esto último tenían un tema en común que estaba a punto de expirar de un momento a otro. Mantener una conversación con un niño de siete años era más complicado de lo que se hubiera imaginado jamás.

Había dejado la puerta del apartamento abierta, de par en par, con la única intención de escuchar al padre de Cody cuando llegase. Había intentado recrear en su cerebro un diálogo coherente, pero tenía la impresión de que nada de lo que pudiera decir le iba a servir de excusa.

En ese momento, Cody la miró y le dedicó una sonrisa lenta e infantil que dejó caer todas las barreras que ella misma se había levantado. Intentó autoconvencerse de que ella no había hecho nada malo. Después de todo había sido su padre quién se había largado, dejándola con el niño. Ante un juez podía alegar eso y algún detalle más, pero poco significativo para su defensa... en caso de que el señor Reig la llevase ante los tribunales por secuestro.

La sola idea hizo que le recorriese un escalofrío por la columna vertebral. Debía reconocer que el señor Reig era un hombre atractivo y no pudo evitar compararlo con un bombón cremoso. Alto, no demasiado corpulento, pero con carácter. El poco tiempo que habían compartido había sido más que suficiente para sentir mariposas revoloteando en su bajo vientre. La falta de sexo de los últimos meses le estaba pasando factura, eso debía ser,

de otro modo no entendía la reacción que estaba teniendo.

Los hombres pelirrojos nunca habían sido santo de su devoción, pero tenía la impresión de que podría cambiar de idea. Recordó los ojos azules cargados de preocupación antes de que desapareciera y la dejase a cargo de Cody. Sí, el señor Reig era un bombón recubierto de chocolate blanco, y debía reconocer que a ella no le importaría en absoluto desenvolver el envoltorio y saborear cada centímetro de piel.

—¿Así vale?

La pregunta de Cody la hizo sobresaltarse y que sus mejillas ardiesen por las imágenes que aún estaban presentes y demasiados frescas en su cerebro.

—Te has puesto roja —se burló el niño—. ¿En qué pensabas?

Audrey tragó saliva antes de responder. Miró fijamente a la pared, como si allí estuviese escrita la respuesta que tanto anhelaba.

—Audrey...—insistió Cody—. ¿En qué pensabas?

—En bombones —respondió ella rápidamente.

El niño se apretó la boca del estómago y estalló en una carcajada fresca y pueril.

—¿Bombones rellenos de coco? —El niño dejó de reír para dar paso a un estado algo más afligido—. Pues ya no quedan, me los he comido todos.

Audrey no respondió, se limitó a dejar el rodillo en un lugar donde no pudiera ensuciar nada y, a continuación, se limpió los restos de pintura que había en sus manos con un trapo seco.

La risa de su hijo llegó a él como una respuesta cálida y esperanzadora. Ya había girado la llave en la cerradura, iba tan alocado que no se había percatado de que la puerta del apartamento de enfrente estaba abierta. Se volvió y observó el vestíbulo que tenía ante sí. La vivienda llevaba vacía varios meses, quizá fue eso lo que le desconcertó. Entró sin llamar. El olor a pintura lo invadía todo, las ventanas estaban abiertas, lo que permitía que el aire frío y primaveral entrase a su antojo en un espacio que parecía estar patas arriba. No cabía duda alguna que el apartamento estaba siendo reformado. Se adentró un poco más hasta llegar al salón, guiado por las voces cantarinas, y allí encontró a su hijo, con una enorme sonrisa en el rostro y la comisura de los labios con restos de chocolate. A su lado estaba la mujer que había conocido esa mañana. Ponía todo su esmero y fuerza en limpiar los rastros de

pintura entre sus dedos y al parecer no se había percatado de su llegada. Al lado de la mujer había una escalera abierta y a su alrededor, varios botes de pintura, unos abiertos y otros no. Los muebles estaban apiñados en un extremo del salón y cubiertos por sábanas blancas. Quiso decir algo, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

Fue su hijo, como de costumbre quién rompió el hielo.

—¡Papá! —exclamó. Corrió hasta él y lo abrazó por la cintura—. ¿Ese violeta no te parece un color de chicas? —preguntó, como si el hecho de estar en aquel apartamento junto a una desconocida fuese algo de lo más natural.

Alan no supo que responder. Los adultos se miraron de repente, cuando Audrey levantó la vista con expresión cauta y se encontró con el ceño fruncido de él. Se examinaron con atención y el silencio se instauró como una losa en el salón.

—Audrey dice que no hay colores de chicas ni de chicos...

Alan carraspeó. Su hijo parecía estar perfectamente, incluso se podía decir que feliz y eso era lo más importante. Pasó su mano por el pelo del niño, quizá para sentir que era real, que se encontraba bien. En respuesta, Cody lo abrazó con más fuerza.

—Me gustaría hablar con la señorita Hayes un par de minutos. ¿Por qué no vas a casa, Cody?

—Pero, papá...—comenzó a protestar el niño aún colgado de su cintura.

—Puedes jugar a la *Play*.

El semblante de Cody cambió de inmediato.

—¿En serio? ¿Todo el tiempo que quiera?

Alan supo que se encontraba en una de las encerronas de su hijo y que no tenía ninguna escapatoria.

—Un par de horas.

Los ojos del niño se agrandaron y Alan no pudo evitar depositar un beso en la frente del pequeño.

—El tiempo pasa volando, yo que tú no perdería ni un segundo. La llave está en la cerradura y la puerta entreabierta.

Cody no dejó que su padre terminase la frase, ya corría hacia su casa cuando algo le detuvo, se giró y desanduvo sus pasos hacia Audrey recordando que había olvidado sus buenos modales. Repitió la misma operación que con su padre, la abrazó por la cintura.

—Gracias por los bombones, estaban muy buenos —dijo con una

sonrisa de oreja a oreja—. Siento habérmelos comido todos. —La sonrisa desapareció de repente.

—No importa —respondió Audrey—, pero no deberías comer más chocolate en unos días.

El niño pareció aceptar el consejo con resignación. Dejó a Audrey y pasó por al lado de su padre.

—¿A qué Audrey es guay, papá?

Alan abrió la boca, sin embargo no supo que decir, y la cerró de golpe. Las palabras murieron en sus labios antes de poder pronunciarlas.

—Ve a casa, Cody.

El niño supo de inmediato que debía acatar la orden, quizá porque reconoció de sobra el tono de voz huraño que estaba empleando su padre. Eso no podía traer nada bueno, pero nada podía hacer al respecto. Así que, cabizbajo, salió del salón. De pronto la idea de jugar a la *Play* no era ya tan emocionante.

Cuando Cody desapareció, Audrey no tuvo duda alguna de que se iba a desatar una tormenta en el mismo salón donde se encontraban. El rictus serio del hombre era del todo previsible, sus cejas se unieron en un movimiento molesto y sus ojos azules, como los de Cody, relampaguearon. Sus hombros se irguieron, como si se tratase de un guerrero a punto de entrar en batalla, y finalmente apretó los labios hasta que formaron una fina línea. Ella se encontraba en el ojo del huracán, pero aún no era consciente.

—Empecemos por el principio, ¿quién es realmente usted?

Audrey separó un poco las piernas lo que hizo que su desgastado peto vaquero se tensara en algunas partes de su anatomía. Respiró hondo y luego suspiró resignada. Estaba claro que se encontraba en desigualdad de condiciones. Su ropa era vieja y estaba manchada de pintura, al igual que sus manos y brazos, mientras que el hombre que tenía ante sí parecía haber salido de una boutique de Giorgio Armani.

—Ya le dije esta mañana que mi nombre es Audrey Hayes.

El hombre enderezó aún más los hombros, como si esto fuera posible.

—Me dio a entender que era la canguro de Cody.

Audrey arqueó las cejas en señal de sorpresa.

—Yo no le hice creer en ningún momento que era la canguro de Cody, usted lo dio por hecho —le recriminó ella intentando no perder los nervios.

Alan cerró los ojos, se pinzó con el índice y el pulgar el puente de la

nariz y se ordenó tranquilizarse.

—Usted debería haberme sacado de mi error —comentó abriendo los ojos de nuevo y mirándola fijamente.

Ella no pudo evitar soltar una risilla poco apropiada.

—¿Le hace gracia? —inquirió él con un humor de perros. Cambió el maletín de mano—. Pues a mí, ninguna. —La señaló con el dedo índice—. Debería haberme llamado por teléfono para solventar el error de forma inmediata.

Audrey tuvo que aclararse la garganta antes de hablar. Aquel hombre todo lo que tenía de atractivo, lo tenía de gilipollas.

—¿La reunión ha ido bien?

Él, desconcertado, la miró sin pestañear.

—¿Qué tiene que ver la reunión con todo esto? —quiso saber.

Audrey frunció los labios mientras lo observaba detenidamente. Sin lugar a dudas era un idiota integral. Suspiró una vez más y resignada decidió aclarar aquel estúpido asunto. Tenía demasiado trabajo pendiente como para perderlo con aquel tipo de pelo rojo.

—Cody me comentó que tenía una reunión muy importante esta mañana —comenzó a decir de forma pausada—. Pensé varias veces en llamarle, pero he de confesar que tiene un hijo maravilloso, congeniamos de inmediato, y decidí que no había motivo para alarmarle y que su reunión se fuese al traste.

Alan no se lo podía creer. Contempló detenidamente a la muchacha: llevaba el pelo en una cola de caballo, como esa mañana, pero esta vez estaba más revuelto, como si se hubiese pasado la mano varias veces por él. Sus ojos oscuros reflejaban temperamento y decisión, parecían estar examinando cada uno de sus gestos y tenía la impresión de que iba a saltar sobre él de un momento a otro. Sus labios eran voluminosos, carnosos y él por una milésima de segundo deseó acariciarlos con el pulgar y sentir el roce con su piel. Su ropa no era la misma que a la hora del desayuno, cuando se habían visto por primera vez, pero debía reconocer que el desgastado peto vaquero con manchas de pintura y la camisa blanca salpicada de color violeta en cuello y mangas, como el color de la pared, hacían de ella una mujer sexy.

Pero no se dejó llevar por el físico, debía reconocer que era una mujer hermosa en muchos sentidos, sin embargo, él estaba furioso. No cabía duda alguna que tenía que agradecer muchas cosas a esa mujer, pero estaba tan cabreado consigo mismo por haber sido tan descuidado que algo en él se

desató y fue entonces cuando estalló.

—En primer lugar, no vuelva a tomar decisiones por mí. Claro que no lo hará —dijo él más para sí mismo que para su interlocutora—. Y, ¿sabe por qué? Porque no habrá otra oportunidad. Usted y yo no volveremos a vernos y se mantendrá alejada de mi hijo.

Los ojos de ambos se encontraron un momento. Alan respiraba con dificultad, pero la examinaba con determinación. Los ojos de ella parecían haberse endurecido. Para su sorpresa la chica se giró y cogió de nuevo el rodillo, lo acercó a la pared y comenzó a pintar.

—Si ha terminado, señor Reig, puede marcharse.

Alan se sintió como un estúpido. Paseó la mirada por la espalda de la muchacha y supo que él, sin saber muy bien por qué, había perdido la batalla. Cerró los dedos con fuerza alrededor del asa del maletín y decidió que era el momento de abandonar aquel apartamento.

Audrey escuchó cerrarse la puerta y fue entonces cuando se permitió soltar el rodillo.

Nadie, jamás en su vida, la había tratado con tanto desaire. Se sintió débil y cansada. Había empezado el trabajo con el pie izquierdo y parecía que eso no iba a cambiar. Era decoradora de interiores y le gustaba implicarse en sus proyectos, conseguir ambientes diferentes para los espacios ya definidos. Adoraba su trabajo y el engreído señor Reig no la iba a sacar de sus casillas. Por supuesto que no, era una profesional.

Meneó la cabeza, a modo de negación, de un lado para otro, la cola de caballo siguió su ritmo.

—Hasta nunca, señor Alan Reig —susurró mientras levantaba de nuevo el brazo con el rodillo en la mano y cubría la pared de un bonito color violeta—. Dio dos pasos atrás y observó con atención. Cody tenía razón, era una pared muy femenina.

CAPÍTULO 4

Dos días podían ser una agonía, pensaba Alan mientras observaba la pantalla del ordenador sin tan siquiera pestañear. No podía quitarse a la señorita Audrey Hayes de la cabeza, y eso no podía significar nada bueno.

Se removió inquieto en su sillón de cuero. Había llevado a Cody al colegio inmerso en un profundo silencio que se hubiera podido cortar con el filo de un cuchillo. Habían discutido esa misma mañana y eso no ocurría desde que Elise había decidido desaparecer de sus vidas.

Cody quería volver al apartamento de Audrey a toda costa y él se lo había negado en rotundo empleando las disculpas más anodinas que había encontrado a su paso. Se sentía culpable de todos los cargos que su hijo le imputaba, pero no tenía ni idea de cómo resolver un conflicto que estaba alterando su convivencia.

Había sido Cody quien le había comentado que Audrey se dedicaba a la decoración, lo demás había sido pan comido. Había buscado en internet y había encontrado varias reseñas de su trabajo, todos sus clientes la ponían por las nubes. Al parecer era una gran profesional y, según otros, un encanto de persona. Eso último lo dudaba.

Se reclinó en el sillón y se acarició la barbilla con la yema de los dedos, esa mañana no se había afeitado, cosa rara en él. Había cometido un error, eso estaba claro, sin embargo no tenía ni idea de cómo salir de ese embrollo sin aparentar ser más estúpido.

La puerta se abrió y entró Martin con esa parsimonia que le caracterizaba cuando no tenía una montaña de trabajo esperando sobre su mesa.

—¿Cómo se encuentra hoy Cody?

—Supongo que bien.

—¿Supones? —preguntó su amigo sentándose en uno de los sillones, al otro lado de la mesa.

—Digamos que él y yo no intercambiamos muchas frases últimamente.

Martin cruzó las piernas y entrelazó los dedos de las manos. Se le quedó mirando fijamente, como si esperase que Alan ampliase su respuesta. Al comprobar que no iba a ser así, preguntó:

—¿Sigue enfadado?

Ese había sido otro de sus errores, comentarle a Martin la situación con la decoradora.

—Así es.

Martin silbó con fuerza.

—Veo que estás en un serio problema.

—¿No tienes trabajo? —preguntó con la única intención de quedarse a solas con sus pensamientos y su culpabilidad.

—¿Te quieres deshacer de mí?

Alan intentó que la punzada de ira que había sentido se disipara.

—¿Por qué no me hablas de ella? — preguntó a la vez que cruzaba las piernas de tal forma que apoyó un tobillo en la rodilla de la otra.

—No hay mucho que decir.

—¿Es desilusión lo que percibo en tu voz?

Alan le miró con fría indiferencia.

—Martin... —le advirtió con tono mordaz.

—Está bien, me voy. —Agitó las manos, como si estuviera barriendo el aire de su alrededor. De forma inmediata se levantó y luego se abrochó el primer botón de la americana—. Pero que quede claro que tú eres el responsable de todo este embrollo. Deberías salir con Alex, ella está deseando que le pidas una cita. Quizá así dejes de flagelarte.

Alan pensó en Alex: abogada como él, soltera y al parecer por mucho tiempo. Solo había que ver como espantaba a los hombres de su lado, a todos, excepto a él. Debía reconocer que era una mujer maravillosa, pero no deseaba complicaciones en el trabajo, ya tenía demasiadas, sin comerlo ni beberlo, en su vida privada.

—Eso complicaría más las cosas.

Martin pensó que lo mejor era cerrar la boca. Hacía tiempo que no veía a Alan tan pesimista. Elise había sido la última persona que le había hecho daño y aún se estaba recuperando del giro inesperado que había dado la vida de ambos tras la súbita decisión de su ex mujer de largarse a la otra parte del mundo con un hombre tan rico como Onassis. Debía reconocer que a Elise siempre se le había dado bien abrirse de piernas y con el que era hoy su

marido, «el Jeque», como lo solía llamar Alan, le había tocado el premio gordo.

—Solo intento ayudarte.

La tensa expresión de Alan se suavizó.

—Te lo agradezco, pero Cody y yo resolveremos esto solos; es solo cuestión de tiempo y paciencia.

—Debe ser una mujer muy especial.

Las imágenes de Audrey con su desgastado peto vaquero con manchas de pintura y su cabello recogido en una cola de caballo invadieron su mente. Había algo en ella que lo inquietaba, pero aún no había descubierto el qué.

—¿Te apetece salir esta noche?

Alan negó con la cabeza. No tenía canguro y tal como estaban las cosas, no deseaba dejar a Cody con ninguna desconocida.

—Tú te lo pierdes —dijo Martin con la mano ya en el pomo de la puerta—. Voy al encuentro de mi cantante.

—¡Que lo disfrutes!

—Lo haré, amigo. No tengas la mínima duda.

Alan volvió a quedarse a solas con sus pensamientos. Aquella situación no tenía ni pies ni cabeza, lo mejor era olvidar y poner el contador a cero.

Con esa idea, volvió al trabajo.

—¿Puedo ir a ver a Audrey?

La pregunta hizo que Alan cerrara de golpe la puerta del frigorífico y contara hasta diez antes de responder.

—Creo que ya lo habíamos hablado, Cody. La señorita Hayes está muy ocupada y no queremos molestarla —dijo Alan intentando no perder la poca paciencia que tenía. Dejó el salmón sobre la encimera, y a continuación, abrió uno de los armarios en busca de la sal.

—Pero me gustó estar con ella —protestó el niño con gesto compungido—. Es muy divertida.

«Yo no pienso igual» pensó Alan mientras sazónaba el pescado y encendía el horno.

—Cody, deberíamos centrarnos en nuestras vidas, no en la de una desconocida —sugirió Alan mientras se lavaba las manos bajo el chorro del

grifo de la cocina. Seguidamente se las secó con un paño seco—. ¿Qué tal te ha ido en el colegio?

Cody, como era costumbre en él, se medio encogió de hombros.

—Aburrido.

Alan contuvo un bufido.

—¿A dónde te gustaría ir de vacaciones? —le preguntó con la única intención de cambiar de rumbo y salir del atolladero en el que estaba metido. Tenía la impresión de ser el peor de los padres y esa sensación no le gustaba en absoluto. Cody se merecía, ante todo, ser feliz y él debía ser el responsable de ofrecerle esa felicidad—. Eurodisney estaría bien, ¿no crees?

Cody, cabizbajo, volvió a encogerse de hombros.

—Nueva Zelanda estaría mejor.

A Alan se le partió el corazón.

—Eso está en la otra parte del mundo.

—Allí es donde está mamá; así que es ahí donde quiero ir de vacaciones —profirió de mala gana—. Llevo mucho tiempo sin verla.

Alan metió el salmón en el horno mientras los engranajes de su cerebro buscaban una respuesta no demasiado realista. Cody no sabía que su madre lo había abandonado y que ella no deseaba ser parte de su vida. Por enésima vez se sintió culpable de una decisión que él no había tomado. Cerró la puerta del horno y se volvió para mirar a su hijo.

—Lo hablaremos más adelante, ¿de acuerdo? —preguntó intentando desviar otro de los temas que al parecer tenía pendiente con su hijo. Ser padre soltero no era tan idílico como lo pintaban—. Lávate las manos. La cena estará enseguida.

El silencio se instauró entre ellos durante unos segundos que a Alan le parecieron interminables.

—Deberías pedirle disculpas, fue muy amable conmigo.

—Lo haré a su debido tiempo.

Alan supo que a Cody no le había gustado la respuesta. Encogió su pequeña nariz y luego le dedicó una mirada carente de todo cariño.

—Tú siempre dices que debemos pedir disculpas cuando nos equivocamos.

Saltaba a la vista que Cody estaba más que disgustado, al parecer Audrey había dejado una huella inquebrantable en el niño durante las horas que habían pasado juntos la mañana del domingo. Tuvo la impresión de que su

hijo le estaba dando una lección de buenos modales y eso le dejó un poco descolocado.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Escuchar de labios de su hijo lo que él le repetía continuamente le hizo mascullar en voz baja.

El niño le miró con dureza y por un instante, Alan tuvo la impresión de estar frente al juez más duro de su vida. Le atrajo hacia sí, le puso la mano sobre el pelo y le apoyó la cabeza contra su abdomen.

—Eres un chico muy inteligente —le dijo mientras le revolvía el pelo—. Algún día serás un gran hombre.

Cody levantó la mirada y se enfrentó a la de su padre.

—Solo quiero ser como tú.

Algo dentro de Alan se acabó de romper. Cody se alejó cabizbajo y salió de la cocina en el más absoluto de los silencios. Aquella situación se complicaba por momentos; Se suponía que él era el adulto y por lo tanto la persona que debía solucionar el inesperado percance que le estaba dando más de un quebradero de cabeza. Cerró los ojos para encontrar ese atisbo de paz que tanto necesitaba, pero para su desgracia no lo halló. En ese momento, escuchó voces amortiguadas y algo llamó su atención. Las voces provenían del otro lado de la puerta. Se acercó con sigilo y no pudo evitar saciar su curiosidad, así que decidió mirar a través de la mirilla.

La vecina tenía visita.

Se sintió incómodo y al mismo tiempo pensó que estaba siendo un entrometido, pero no por eso dejó de observar atentamente lo que sucedía a través de la pequeña abertura donde tenía pegado el ojo.

El hombre en cuestión era joven, abrazó a Audrey y luego depositó un sonoro beso en la mejilla. Ella, como respuesta, lo acercó más a él y lo abrazó con más fuerza.

Sin saber por qué, a Alan se le revolvieron las tripas.

Se apartó de la puerta con un humor de perros. No entendía su actitud hacia Audrey y eso le desquiciaba.

La sola idea de que aquel tipo pasara la noche en el apartamento de enfrente lo enfurecía.

De pronto, lo comprendió: Martin tenía razón. No era ira lo que sentía sino decepción.

—Deberías invitarme a cenar más a menudo —dijo Angus a la vez que dejaba la servilleta sobre la mesa.

Audrey se acercó a su hermano por la espalda, le retiró el plato y de paso le dio un beso sonoro sobre la oreja.

—Ya sabes que no es mi casa, pero el tiempo que esté aquí, eres más que bien recibido.

Angus sonrió ante la respuesta de su hermana pequeña.

—La pizza estaba deliciosa.

—La pizzería es la responsable.

Angus no pudo evitar ensanchar la sonrisa.

—Espero que digas lo mismo de la ensalada.

Audrey, al ver como su hermano ladeaba los labios hacia un lado, no pudo más que esbozar una tímida sonrisa.

—¿Me he pasado con el vinagre?

—La cocina nunca ha sido lo tuyo.

—Ni lo será —dijo Audrey amontonando algunos platos más.

—Lo supe en el mismo instante que te vi freír los espaguetis en vez de cocerlos.

Audrey soltó en esta ocasión una carcajada liberadora.

—Tenía nueve años —alegó ella en su defensa—, además los carbohidratos y yo no somos buenos aliados, prefiero las ensaladas.

—Con mucho vinagre por lo que veo. —Angus se levantó y recogió los dos vasos en una mano y la ensaladera en la otra.

Audrey lo miró sin pestañear.

—No puedes ser tan cruel.

Angus no pudo evitar sonreír con sarcasmo.

—Tengo que volver al pub —dijo a continuación.

Audrey sintió una leve decepción, pero no lo dejó entrever. Llevaba casi seis meses sin ver a su hermano. Ella solía viajar muy a menudo por su trabajo. No tenía una residencia fija y eso en cierta medida le gustaba. Se podía decir que el mundo era su hogar.

—¿Te quedarás mucho tiempo en Edimburgo?

Audrey dejó los platos dentro del fregadero y se volvió resuelta, mirando a su hermano.

—No, no mucho, la verdad. Como puedes ver el apartamento está genial, solo necesita algunos retoques y terminaré antes de lo planeado. Díganos que es un favor para un cliente que no he podido rechazar —explicó—. Lo quiere alquilar lo antes posible.

—La verdad —reconoció Angus—, es que es un apartamento fantástico.

—¿Te gustaría una ruta turística por uno de los mejores apartamentos georgianos de Edimburgo?

Antes de decir que sí, Angus comprobó la hora.

—Voy con el tiempo justo, mi turno comienza en menos de una hora, pero reconozco que me pica la curiosidad. Tengo entendido que son enormes, ¿no?

—Inmensos, diría yo. —Audrey llenó el fregadero de agua para que los platos y cubiertos quedaran a remojo, cerró el grifo y cogió a su hermano de la mano. Ambos salieron juntos de la cocina—. Más de doscientos metros cuadrados a mi disposición.

Angus, impresionado, silbó con fuerza.

—Esos son muchos metros cuadrados y un excesivo fajo de libras al mes.

—Sí y con la mejora, te aseguro que el precio no va a ser asequible para muchos.

—¿Ya han pasado las cuadrillas de escayolistas, fontaneros y carpinteros?

Audrey abrió una de las puertas.

Sí, y los pintores también, pero en el salón quería hacer algo diferente; esa es la razón por la que estoy pintado un par de paredes. —Espero a ver la reacción de su hermano ante la estancia, y como suponía, este abrió la boca y silbó de nuevo—. Las telas, alfombras, varios muebles y algunos detalles aún están por llegar.

—Al parecer el propietario quiere un apartamento de lujo.

—Esa es la idea.

Audrey observó a su hermano. Le encantaba mirarle, era algo que había hecho desde que era una niña. Él siempre había sido su héroe, su primer amor, al menos hasta que llegó a la adolescencia. Durante esa época de cambios, las hormonas se apoderaron de ella y la niña que fue, desapareció para dar lugar a una mujer decidida y muy segura de lo que quería en la vida.

Angus se parecía mucho a su padre, tanto en lo físico, como en la forma

de pensar, y eso no sabía si era bueno o malo. Ambos eran como dos trenes a máxima velocidad a punto de chocar.

Su hermano era un hombre alto, muy delgado y solía tener una eterna sonrisa en los labios que a ella le encantaba. Sin duda sentía devoción por él. Siempre le había sentido cercano, incluso cuando ella estaba en la universidad. Era cinco años mayor y él, en su niñez, siempre había sacado ventaja de ello. Angus, a sus treinta y tres años, era un soltero empedernido, no creía en el matrimonio ni en nada relacionado con la iglesia. Al menos la idea de ser padre no le parecía tan terrible; algún día podría ser tía y ella sabía que disfrutaría al máximo con ese título honorífico. Le encantaban los niños. Por su mente se coló la imagen de Cody, pero la desechó de inmediato.

—¿Qué te parece la habitación principal? —preguntó cuando Audrey deslizó los dedos por el interruptor dando lugar así a una luz tenue que abrazó con calidez la estancia.

Angus no pudo evitar abrir mucho los ojos cuando vio ante sí una cama de dosel.

—¿En serio que siguen existiendo camas así?

Audrey le golpeó suavemente en el hombro.

—Por supuesto que sí. Es el sueño de muchas mujeres.

Él asintió, no muy convencido.

—¿Como si quisieran ser princesas durante la noche o algo por el estilo?

Audrey se fijó en la habitación, era la más grande del apartamento. Dos puertas blancas la custodiaban, una era el baño del dormitorio y otra el vestidor. Las paredes blancas contrastaban con los suelos de madera que le daban un toque de elegancia al suelo, pero sin restarle en absoluto comodidad y calidez a la estancia.

—Como princesas no, pero sí como reinas.

Angus entró en la habitación y se paseó por ella. Su hermana estaba haciendo un trabajo bárbaro, de eso no cabía la más mínima duda. Se detuvo frente a uno de los grandes ventanales; aunque los días eran más largos, ya había anochecido y las farolas engullían en buena parte la oscuridad que se había instaurado en la calle Nelson.

—Siempre te ha gustado esto, ¿verdad?

—¿La decoración? —preguntó Audrey con la mirada puesta en la cama de dosel.

—Sí.

Los ojos oscuros de Audrey brillaron y su mirada recayó en la espalda de su hermano.

—Es como jugar con una casa de muñecas.

No pudo verle el rostro, pero supo que Angus sonreía, el hombre de la eterna sonrisa.

—De pequeña te encantaba; aún recuerdo la casa de muñecas que te hizo papá una navidad. Si no recuerdo mal, tendrías seis años más o menos.

Audrey sonrió al recordar aquella pequeña y preciosa casa que no le faltaba ningún detalle. Sus padres se habían pasado varios meses creando un diminuto hogar para ella y su muñeca Molly.

—Creo que nací entre telas y planos.

Angus se giró, en su semblante ya no había cabida para ninguna sonrisa, solo tristeza. Apoyó un hombro en el marco del ventanal, cruzó los brazos por delante del pecho y enarcó una ceja.

—¿Qué tal por Nueva York?

—Mejor de lo esperado —respondió ella sin dar demasiados detalles. Muchos de sus clientes querían quedar en el anonimato y ella siempre era fiel a su palabra—. La gente con muchos ceros en su cuenta bancaria es feliz derrochando su dinero y ahí entro yo, en sus preciosas mansiones u hoteles para darles un cambio diferente. Cada vez que se firma un divorcio, hay un cambio radical en la decoración, ¿te lo puedes creer?

Su hermano pasó por alto la cuestión en sí.

—¿Y tú, eres feliz, Audrey?

A ella esa pregunta le desconcertó.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió ella sin poder evitar un atisbo de sorpresa en su voz.

Angus ignoró a propósito la pregunta de su hermana.

—¿Has vuelto a saber algo de Richard?

Audrey respiró y luego dejó salir de golpe todo el aire de sus pulmones.

—Hace un año que no sé nada de él. —Y era cierto. Richard había desaparecido de su vida como por arte de magia.

—Bien.

—¿Bien? —preguntó ella con seriedad—. ¿Qué quieres saber realmente?

—Quería asegurarme, eso es todo. —Angus se despegó del marco de la

puerta y cruzó la estancia.

—Queríamos cosas diferentes —adujo Audrey sin poder evitar que su ya dañado corazón latiese más deprisa—. Él quería un hogar, hijos, en fin... una estabilidad. Y yo en ese momento no podía dárselo. Fin de la historia.

Angus sabía que la historia aún no había terminado. Audrey seguía enamorada de Richard, la conocía, lo percibía, y eso le hizo sentir mal por lo que iba a decir a continuación.

—Se ha casado y va a ser padre de gemelos.

Audrey sintió como si alguien la hubiese golpeado, como si la hubiesen lanzado un gancho de derecha directo al estómago.

—Vaya... —fue lo único que pudo decir.

—Quería que lo supieras por mí, necesitaba ver tu reacción y consolarte, si fuera necesario.

Ella intentó tragar por todos los medios el nudo que le asfixiaba la garganta.

—Te lo agradezco —dijo en apenas un susurro—. Mejor tú que cualquier otra persona.

Angus se acercó y la abrazó. Audrey le respondió, pero intentó mantener a raya las lágrimas. Lloraría después, cuando nadie la viese ni la escuchase; no había razón para preocupar a su hermano.

—¿Supongo que ahora es feliz?

—No lo sé.

Audrey apretó la mejilla contra el hombro de su hermano. Le conocía demasiado bien para saber que Angus mentía. Estaba prácticamente segura de que estaba al tanto de cada uno de los detalles en la vida de Richard.

—Me alegro por él. —Audrey hizo un esfuerzo casi titánico para separarse de su hermano. Arqueó los labios con una imperceptible sonrisa—. Gracias por decírmelo.

Angus le acarició el pelo.

—No hay de qué. —La besó en la frente—. No deberías malgastar ni un solo segundo de tu tiempo en pensar en él. Quizá no haya hecho bien en decírtelo, pero...

—Has hecho lo correcto —le interrumpió ella—. Richard se merece ser feliz.

—Y tú también.

—Sí. Yo también —afirmó ella con tono inseguro.

Richard la había dejado, esa era la verdad. La había abandonado por sus sueños y ella no se lo reprochaba, sin embargo, aún dolía. La herida seguía abierta y dolía más que nunca. Era cierto que se alegraba, no obstante, por otra parte, se sentía impotente y desdichada. Quizá esa fuera la razón para viajar de un lado para otro como una posesa, sin permitirse mirar atrás, siempre al frente. Pero el pasado siempre estaba ahí, como un verdugo paciente aguardando su oportunidad para golpear de nuevo cuando menos lo esperaba.

—Hey, no te quiero ver triste.

Ella lo miró con una expresión dulce mientras le acariciaba la mejilla con un gesto fraternal.

—Claro que no. —Decidió que era el momento de cambiar de tema—. Deberías visitar a papá y a mamá.

El gesto de Angus cambió por completo.

—Ya sabes que es complicado.

Ella dejó caer la mano.

—La vida la complicamos nosotros, Angus.

—No es fácil, Audrey. Tú lo sabes bien —espetó sin ocultar su irritación y separándose de ella—. Debo marcharme, se me hace tarde.

Ella no se dio por vencida, sin embargo supo que era mejor no insistir. Tenía la impresión que todo lo que la rodeaba estaba roto. Esa sensación de derrota se instauró con más fuerza que nunca en su corazón.

—¿Dónde será tu próximo trabajo?

—Aún no lo sé —le confesó—. Pero no tardaré en saberlo.

—Bien.

—Bien —repitió ella sin saber que decir a continuación.

—¿Has pensando en establecerte en una ciudad concreta?

—¿Para siempre?

El tono de alarma empleado por Audrey hizo sonreír a Angus.

—Ya veo que no.

Ella le miró burlona y a continuación, le dio un suave toque en el hombro.

—¿Por qué no te pasas por el pub esta semana?

—Lo haré, no te quepa la más mínima duda.

—De acuerdo. Me encantaría ver el resto del apartamento, pero se me hace muy tarde —dijo mirando el reloj de pulsera—. Brian me va a matar.

Brian era el dueño del pub. Angus trabajaba desde hacía seis años en

uno de los locales de moda de Edimburgo.

—La próxima vez debería acompañarte a una de mis maravillosas cenas.

—Quizás —respondió su hermano con tono sombrío—. Siempre y cuando tú no prepares la ensalada.

Ella intentó pasar por alto la indirecta. Su hermano solo quería ser políticamente correcto.

—No les juzgues con tanta severidad, Angus.

Su hermano no dijo nada al respecto, se limitó a abrazarla y luego se marchó sin más dilación.

En el mismo instante que se quedó sola, Audrey sintió frío, pero no un frío que pudiese ser aplacado con mantas sino una sensación heladora en el alma que no pudo ni quiso controlar. Deslizó de nuevo los dedos por el interruptor de la luz, cerró la puerta a su espalda y permitió que las sombras del apartamento la tragasen.

CAPÍTULO 5

Audrey creyó escuchar que alguien golpeaba con suavidad la puerta principal, despegó el rodillo de la pared y a continuación, bajó el volumen de la radio. *Don'tyouremember* de Adele quedó relegada a un murmullo. Casi lo agradeció porque la letra de la canción había humedecido sus ojos. Con la mano libre se apretó los párpados, primero uno y luego el otro para detener el torrente de lágrimas. Se había pasado buena parte de la noche llorando y maldiciendo sus propias decisiones.

Se sentía feliz por Richard, al final había luchado por sus sueños o necesidades y había obtenido lo que quería, pero no podía evitar sentir un enorme vacío en su alma. ¿Rabia? ¿Envidia? ¿Desazón? Ni ella misma sabía cuál podía ser la respuesta.

—Deja de llorar de una puñetera vez —se reprochó a sí misma—. Los problemas no se arreglan con lágrimas.

Varios golpes más interrumpieron sus pensamientos. Dejó el rodillo sobre el cubo de pintura y con la parte inferior de las palmas de las manos se restregó las lágrimas. Debía tener un aspecto lamentable y no tenía ganas de visitas. La sola idea de que fuese Angus la hizo sentirse más débil, si su hermano la veía con aquel aspecto no podría disipar su culpa.

Soltó un improperio antes de restregar las manos por el peto vaquero. Los golpes incesantes se volvieron a repetir una vez más.

—Las prisas no son buenas a estas horas de la mañana —dijo en voz alta para que lo escuchase su improvisada visita.

Abrió la puerta y se encontró con los ojos más bonitos que había visto nunca.

—Cody, ¿qué haces aquí? —preguntó al niño sin poder evitar desviar la mirada a la puerta entreabierta de enfrente.

El niño se encogió de hombros.

—¿Tu padre sabe que estás aquí?

Cody negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Estás llorando?

Audrey luchó con todas sus fuerzas para evitar las lágrimas.

—Debe ser a causa de la pintura —mintió. Negar lo evidente iba a ser peor.

La mirada que le devolvió Cody estaba llena de preocupación y ella lo lamentó.

—Estoy bien —Se vio forzada a decir—. ¿No vas al colegio?

—Sí, ahora, pero antes quería verte.

Audrey no supo que decir al respecto, así que pegó los labios.

—Cody...

La voz del padre del niño resonó hasta ellos.

—Será mejor que vuelvas a casa —le sugirió ella.

—Cody... ¿dónde estás? Se hace tarde.

El niño pareció desoír de forma deliberada la voz de su padre.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó serio y preocupado.

Audrey se permitió cerrar los ojos una milésima de segundo. Aquella situación la preocupaba, y mucho. Si Alan Reig encontraba a su hijo en el apartamento de enfrente se iba a armar una buena.

—Cielo, deberías volver a casa.

La voz de Alan llamando a su hijo resonó con más urgencia y cargada de preocupación.

—Cody, por favor —le rogó Audrey—, vuelve a casa.

Pero cuando Audrey quiso levantar la mirada del pequeño, se encontró con algo que la hizo querer huir.

—Cody, entra en casa por favor y coge tu mochila —dijo Alan con voz serena al ver a su hijo fuera del apartamento. Verlo allí le había tranquilizado y enfurecido al mismo tiempo. Cody lo había desobedecido, sin embargo se encontraba bien y eso era lo más importante—. Hijo, date prisa —le apremió.

Cody no quería irse. Sus pies estaban clavados en el suelo observando el aspecto lamentable de Audrey, sin embargo sabía de antemano que debía hacerlo.

—No llores más, ¿vale?

A Audrey se le terminó de romper el alma y no pudo evitar de nuevo las lágrimas. Rompió a llorar sin poder evitarlo. Luchó una vez más para evitar el torrente de lágrimas, pero para su infortunio, consiguió el efecto contrario.

—Hijo, ve a recoger tu mochila. —Alan apoyó de forma suave las

manos en el hombro del niño. Su tono sonó más dúctil y más cercano que la vez anterior.

Audrey no pudo evitar un respingo; no se había dado cuenta que había cerrado los ojos. Alan estaba frente a ella con el ceño fruncido, algo ya característico en él, pero en su mirada pudo leer algo muy parecido a la comprensión.

Audrey tragó saliva con dificultad. Estaba haciendo el ridículo y eso la deprimía aún más. Así que decidió despedirse y perderse en su soledad el resto del día. Se agachó para darle un beso al niño en la frente.

—Estoy bien, no te preocupes por nada —le dijo casi en un murmullo—. Ve al colegio y aprende mucho de la vida. —Hasta ella misma se sorprendió de su propio comentario. Sin duda estaba de más, pero en ese momento se sentía una mujer desubicada del mundo.

Dio un par de pasos hacia atrás y se aferró a la puerta hasta que sus nudillos se quedaron blancos por la presión ejercida.

—Lo siento —dijo dirigiéndose a Alan. Y sin más cerró dejando a un hombre y a un niño totalmente desconcertados.

Una vez sola, la tristeza la arrasó y ella no pudo hacer nada para evitarlo.

De pronto el trabajo se convirtió en algo pesado y monótono. Audrey arrastró varias sillas e intentó estudiar el espacio que ocupaban. Si algo tenía claro es que necesitaba terminar de una vez por todas con la decoración del apartamento y perderse en alguna parte donde pudiera olvidar la nefasta etapa que le estaba pasando factura.

¿Qué demonios le ocurría? La respuesta llegó, pero ella no estaba preparada para aceptarla. Tenía la impresión de seguir estando enamorada de Richard, pero en cierto modo esa afirmación no era del todo correcta. Richard no volvería a por ella, ese pensamiento hizo una grieta más profunda en su ego. Eliminar una ilusión de la ecuación de tu vida nunca resultaba fácil. Richard había decidido pasar página y formar una familia. La noticia le había caído como un cubo de agua fría, no pudo evitar de nuevo las lágrimas.

El desamor podía ser demasiado doloroso, pensó. Cogió una muestra de telas que había dejado en la mesa del comedor hacía un par de horas. De

pronto, todas le parecieron demasiado frías y poco reseñables. Se estaba volviendo loca.

La idea de una ducha reconfortante se le pasó por la cabeza, sin embargo, antes de que pudiera tomar la decisión, el timbre sonó con fuerza, disipando por un momento sus pensamientos. Comprobó la hora: Cody no podía ser, ya estaría en el colegio, y la idea de tener visita no la entusiasmaba demasiado. Deberían dejarla sola lamiéndose las heridas, permitirle apearse del mundo al menos por unas horas. El timbre se escuchó de nuevo, esta vez con más fuerza. No pudo evitar soltar un improperio en voz alta. Tiró de mala manera las muestras de telas sobre la mesa y decidió que era hora de deshacerse de la inesperada y no bien recibida visita.

Al abrir la puerta se quedó boquiabierta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó atónita.

Alan se medio encogió de hombros, un gesto que al parecer había heredado su hijo.

—He traído helado, pensé que lo podrías necesitar.

Los ojos de Audrey lo miraron sin pestañear. Alan vestía de traje, rezumaba confianza, fuerza y seguridad en sí mismo, todo lo que le faltaba a ella. No se había afeitado y su barba roja de un día combinaba a la perfección con su pelo. Parecía un hombre de anuncio, con un halo de misterio a su alrededor, lo que hacía de él un tío de lo más interesante.

—El helado se va a derretir —dijo levantando el brazo a la altura de los ojos de ella para que viera la bolsa.

Ella era presa de un sinfín de emociones contradictorias, pero al final abrió más la puerta y se echó a un lado. Alan olía de maravilla y eso en vez de tranquilizarla, la inquietó de una manera abrumadora.

Alan disimuló un suspiro de alivio cuando Audrey le dejó pasar. El apartamento seguía oliendo a pintura, pero en esta ocasión la pared a pintar era otra. La luz penetraba por los inmensos ventanales donde aún no había cortinas. Le gustó el estilo que le estaba dando Audrey a la vivienda. Incluso podría contratarla para que decorara el suyo y lo hiciese más funcional. La idea de borrar a Elise para siempre de su vida era muy tentadora.

—¿Helado?

La voz de ella irrumpió sus pensamientos. Dejó la bolsa sobre la mesa, junto al muestrario de telas. Le parecieron acertadas y muy acorde con el color de las paredes.

—En las series de televisión, a las mujeres les gusta comer helado cuando algo las aflige —dijo él sin más, como si esa explicación fuese algo obvio.

Ella ladeó la cabeza, intentando leer en los ojos de Alan.

—¿Qué te hace pensar que estoy afligida? —preguntó dirigiéndose directamente a la mesa y vaciando la bolsa.

Él levantó una ceja, pero no dijo nada al respecto. Si algo había aprendido en la vida y con Elise, era a no enfrentarse a una mujer enfadada porque el hombre, tuviese o no razón, siempre salía perdiendo tras el enfrentamiento. Se fijó en ella, saltaba a la vista que había seguido llorando cuando les cerró a él y a Cody la puerta del apartamento en las narices esa misma mañana.

—Oreo, chocolate y vainilla.

—Conoces bien a las mujeres.

—Aunque no lo creas, llevo desde la adolescencia estudiando el comportamiento femenino.

Ella le miró divertida.

—Voy a por dos cucharas. Te apetece, ¿verdad?

Alan, una vez comprado el helado, había tenido serias dudas al respecto a la actitud de Audrey. Lo podía echar a patadas o sincerarse con él. Apostaba por la primera; así que la invitación le había pillado desprevenido.

—Sí, claro.

Audrey sonrió y él sintió una especie de alarma en su interior que decidió ignorar por el bien de ambos.

—Hay más que suficiente para los dos.

Alan miró primero los tres botes de helado y luego a ella. Había helado para un regimiento.

—Creo que sí —comentó él con tono dubitativo.

Ella desapareció de su campo visual y él se sintió de inmediato solo. Era curioso cómo Audrey llenaba los espacios. Se quitó la americana y la colgó del respaldo de una de las sillas, luego introdujo las manos en los bolsillos, no tenía muy claro qué hacer con ellas.

Carraspeó antes de hablar:

—Quería disculparme.

El silencio fue la única respuesta; no tenía muy claro si eso era bueno o malo.

Al cabo de unos segundos, ella apareció con un par de cucharas en la mano.

—¿Decías? —preguntó ella mientras su mirada volaba al helado de chocolate.

Él volvió a carraspear, sacó una de las manos del bolsillo y se atusó la corbata. Estaba nervioso y eso no era propio en él. Tenía la impresión de que Audrey intimidaba más que un tribunal.

—Siento mucho lo del otro día.

Audrey eligió sentarse en una de las sillas, las patas arañaron el suelo cuando la arrastró, pero a ella no pareció importarle. Se sentó de tal forma que dejó una de las piernas dobladas bajo su trasero. Lo miró con curiosidad, parecía tenso y a punto de echar a correr. La idea le hizo sonreír.

—¿No vas a sentarte?

Alan se frotó la frente con los dedos.

—Sí, claro. Muchas gracias.

Ella le ofreció una cuchara y a continuación abrió el bote que contenía el helado de chocolate.

—¿Quieres helado de chocolate? —inquirió ella antes de meter la cuchara en el bote.

Alan supo de antemano que no probaría el helado de chocolate, Audrey casi lo abrazaba en un gesto que denotaba posesión.

—Prefiero el de vainilla.

Ella volvió a sonreír, pero esta vez lo hizo más abiertamente.

El corazón de Alan latió con fuerza, tanto fue así que pareció retumbar en sus oídos.

—Buena elección —comentó ella mientras atacaba el helado con la cuchara.

Alan no dijo nada al respecto, se limitó a abrir su bote.

—El de Oreo podría derretirse —dijo él a modo de advertencia—. Quizá sea mejor meterlo en el congelador.

Ella desvió la mirada al envase de helado de galletas Oreo y luego posó los ojos en Alan.

—No le va a dar tiempo, no te preocupes.

Alan no supo si echarse a reír o a llorar. Las mujeres, en sí mismas, eran demasiado complejas.

Audrey se llevó la cuchara repleta de helado a la boca y soltó un gemido

cuando el chocolate comenzó a derretirse en su lengua. Alan observó cada uno de sus movimientos, no había nada explícitos en ellos, pero a él le parecieron de lo más sensuales, lo cual hizo que se removiera inquieto en la silla para evitar una inminente excitación.

—¿Hoy no trabajas? —quiso saber ella volviendo a hundir la cuchara en el helado.

Alan respondió antes de probar bocado.

—Digamos que me he tomado la mañana libre.

—¿Puedes hacer eso?

Él no respondió en el acto. Se llevó la cuchara llena de helado a la boca.

—Puedo hacer muchas cosas.

—¿Por mí? —preguntó curiosa.

Él sintió cómo el frío se apoderaba de sus papilas gustativas.

—Me pareció que necesitabas una buena dosis de azúcar —respondió él cuando el helado comenzó a derretirse en su boca.

Ella suspiró y luego apoyó la barbilla en el dorso de su mano, la cuchara quedó suspendida entre sus dedos. A Alan le pareció una postura de lo más sensual.

—Tengo la impresión de que sabes complacer a las mujeres.

—A las mujeres no se las llega a conocer nunca.

A ella le gustó que él se hubiese quitado la americana e intentara estar cómodo. Se veía a leguas que estaba tenso, pero el helado podía hacer maravillas.

—Típica respuesta masculina. —Audrey volvió a la carga con el helado de chocolate.

Al ver que él no decía nada, decidió seguir hablando. No le gustaban los silencios porque parecían el preludio de que algo no iba bien.

—Disculpas aceptadas.

Alan, que en ese momento degustaba el helado de vainilla, la observó con atención.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Un hombre que te trae helado merece ser perdonado por encima de todo.

A él le gustó la respuesta y decidió que era el momento para indagar

más.

—¿Por qué has estado llorando?

Ella giró la cuchara y la lamió con total inocencia; no había nada erótico en ese gesto, pero a él le pareció fascinante y a su miembro viril mucho más.

—¿Hay que hablar de eso ahora?

—No, claro que no —comenzó a decir él—, pero tengo entendido que el helado en las mujeres actúa como el suero de la verdad.

Ella cambió de posición, en esta ocasión cruzó las piernas y se recostó sobre la silla.

—¿No hay una señora Reig?

Él durante unos segundos mantuvo un semblante impasible. Dudó en contestar, sin embargo, decidió hacerlo.

—La hubo.

—Y, ¿qué pasó?

Alan clavó la cuchara en el helado y la miró con cautela, como si la estuviese evaluando a ella y a la respuesta que iba a dar.

—Se enamoró de un hombre inmensamente rico y fin de la historia.

Audrey entornó los párpados.

—¿Y Cody? —preguntó con cierta reserva.

Alan apartó el bote de helado con la mano. Eran las diez de la mañana y había ingerido ya más de la mitad de las calorías de la jornada. Se levantó de la silla con la única necesidad de estirar las piernas. Solo había hablado con Martin en lo referente a Elise, ni tan siquiera su madre sabía toda la verdad. Se pasó la mano por el pelo, se acercó a la ventana y miró a través del cristal. La calle estaba tranquila y envuelta en un silencio perturbador, como si supiera que ellos dos necesitaban compartir sus confidencias.

—Cody era un estorbo para ella; así que decidió que lo mejor era dejarme la custodia a mí —dijo contra el cristal.

Audrey se fijó en que el cristal se empañaba. El hombre confiado y seguro de sí mismo pareció desaparecer por arte de magia.

—Ha debido ser una situación complicada.

Sintió cómo los hombros se tensaban ante la pregunta.

—Es una situación complicada —le corrigió. Se frotó la nuca y se quedó mirando el cristal—. Cody sabe solo parte de la verdad, no quiero que sufra más de lo debido.

Alan hizo una pausa.

—De eso hace ya un año. Cody y yo nos estamos reponiendo de las heridas que nos dejó Elise.

Audrey se fijó en que Alan embutía con fuerza las manos en los bolsillos de los pantalones. Al parecer no solo su vida era complicada. No pudo evitar sentir lástima por ese hombre de pelo rojo, tenía la impresión que había derrumbado algunas barreras, pero aún no todas.

—Lo siento.

Tras varios minutos mirando por el cristal de la ventana, él se giró y la observó con intensidad.

—Ya pasó, Audrey. No queda nada que sentir.

Ella tragó saliva dos veces antes de hablar de nuevo. Le gustaba que la tutease.

—Las cicatrices también duelen y poco podemos hacer para evitarlo.

—¿Lo dices por experiencia propia?

Ella volvió a introducir la cuchara en el helado.

—Por supuesto, hoy he descubierto que soy una superviviente nata.

Audrey se había quitado la coleta y su cabello color carbón estaba suelto en ese momento, le caía como una cascada hasta los hombros. Alan tenía la impresión de que debía ser suave al tacto. Se preguntó por enésima vez quién sería el hombre que había estado con ella anoche, pero no se atrevió a preguntar por miedo a sentirse decepcionado.

—En algún momento de nuestra vida, todos somos supervivientes de algo.

Audrey apreció una sombra en el rostro de Alan. Era curioso cómo dos personas desconocidas podían compartir sus recuerdos más íntimos.

—Vas a tener razón, el helado actúa como el suero de la verdad.

Él sonrió abiertamente y después dejó caer la cabeza. A ella le pareció la sonrisa más seductora que hubiese visto jamás.

—El apartamento está quedando muy bonito.

Ella lo observó con atención, prestando especial atención a su espalda y brazos. El cambio de rumbo de la conversación, no le importó. Es más, lo agradeció.

—¿Eres una decoradora de las buenas?

—La mejor.

El no pudo evitar soltar una carcajada.

—No tienes abuela, ¿eh?

Los ojos intensos y oscuros de ella se posaron en él.

—Sí, la tengo y vive en Irlanda.

—Me alegra saberlo.

—Mis padres también viven allí.

Alan observó cómo la cuchara volaba a la boca de Audrey. No cabía la más mínima duda de que le encantaba el helado de chocolate.

—¿Y tus padres?

Él se alejó de la ventana y seguidamente, se acercó a la silla donde descansaba su chaqueta.

—Solo mi madre —comentó posando una de las manos en el respaldo de la silla—. Mi padre murió cuando yo tenía quince años.

—Lo siento.

—Eso fue hace mucho, pero gracias.

—¿No quieres más helado?

El tono que empleó para formular la pregunta hizo que Alan sonriese ampliamente.

—Tengo la impresión de que tú lo necesitas más que yo.

Esta vez fue ella la que se encogió de hombros.

—¿Tienes tu propia empresa?

Ella volvió a cargar la cuchara.

—Sí, pero no una oficina propiamente dicha.

—¿Cómo es eso? —quiso saber él.

—Voy y vengo por el mundo —dijo con la cuchara a medio camino—. Hoy en día un teléfono móvil y un ordenador es más que suficiente. Me encanta viajar, así que puede decirse que soy una mujer privilegiada.

A él le pareció de lo más interesante lo que ella decía.

—¿Dónde ha sido tu último trabajo?

—En Nueva York. —Saboreó el helado con deleite—. Un hotel de lujo en la gran manzana.

Él silbó, sorprendido.

—Entonces se puede decir que eres excelente en tu trabajo.

Ella ladeó la cabeza como si estuviese evaluando el comentario de Alan.

—Ya te lo he dicho, soy buena y trabajo para hombres muy ricos, esos que tú tanto odias.

Él miró hacia el suelo y parpadeó.

—Lo siento, ha sido un golpe bajo —se disculpó—. No ha estado bien por mi parte.

Los labios de Alan se curvaron suavemente.

—Está superado, es solo que lo siento por Cody. Crecer sin madre no está siendo fácil para él —carraspeó—, pero ese es otro tema.

El móvil de Alan vibró en su bolsillo.

—Lo lamento, pero debo atender esta llamada.

—Claro, por supuesto, no debes disculparte —indicó ella mientras se levantaba de la silla—. Estoy robando tu tiempo. Por cierto, ¿a qué te dedicas?

Alan con el teléfono ya en la mano, respondió.

—Soy abogado.

Ella recogió los botes de helado.

—Y, ¿eres de los buenos?

Él no pudo más que sonreír porque Martin ya hablaba desde el otro lado de la línea.

Audrey se llevó los botes de helado a la cocina. Quería dar privacidad a Alan y al mismo tiempo necesitaba romper ese hilo invisible que parecía estar uniéndolos. Abrió el congelador y colocó allí los tres botes.

Para una emergencia, pensó.

La voz de Alan se escuchaba desde la cocina, aunque no entendía lo que decía. Debía reconocerlo, le gustaba. No obstante, lo mejor era dejar las cosas como estaban. Complicarse con un hombre divorciado y padre de un niño no entraba en sus planes. Cerró la puerta del congelador y dio un paso atrás cuando el rostro de Alan apareció a una minúscula distancia del de ella. Sofocó un grito.

—Lo siento te he asustado, no era mi intención.

Ella estuvo a punto de dar otro paso atrás, pero en el último segundo, se refrenó. Había algo en la mirada azul de Alan que la indicaba que debía huir y no sucumbir, pero no se movió del sitio.

—No es buena idea, Alan.

Él la miraba fijamente.

—Supongo que no.

—Estoy rota por dentro —señaló más para sí misma que para él.

Las cejas de Alan se unieron, como si estuviera analizando concienzudamente la respuesta. Se encontraba a gusto con ella, eso no lo podía

negar. Se fijó por primera vez en esa parte de la casa: la cocina era alegre, incluso se podía decir que divertida con esos toques de azul y amarillo, una decoración muy diferente a la de su apartamento. No dijo nada al respecto, quizá porque él no deseaba romper el momento.

—Alan, por favor...

Los ojos de Audrey brillaron bajo sus densas pestañas.

Alan pensó que lo mejor sería desaparecer, olvidar esa mañana de helados y confidencias, pero sus pies no se despegaron del suelo. Metió las manos en los bolsillos y le dedicó una sonrisa lenta y sensual.

—He de confesar que estoy un poco desentrenado, hace mucho tiempo que no me interesa ninguna mujer.

Ella cerró los ojos y se ordenó tranquilizarse.

—Sigo pensando que no es buena idea —apuntó cuando los volvió a abrir.

Alan asintió e hizo ademán de irse, pero su reacción fue muy diferente. Puso un pie detrás del otro y se acercó a ella.

—¿Estás segura de que no es buena idea? —preguntó inseguro—. Hay algo en ti que me absorbe, algo desconocido hasta ahora para mí.

Ella se perdió en sus ojos, en la necesidad de saber cómo sería tener sus manos sobre su piel desnuda, de descubrir a qué sabrían sus besos. Era una auténtica locura, pero lo deseaba y más cuando él parecía interesado en ella. Como mujer anhelaba mantener sexo y sentirse deseada. Soltó el aliento de golpe y no pudo evitar sentir la tensión y la humedad que se instauraba con fuerza entre sus muslos.

—Estoy completamente segura —susurró ella, engañándose a sí misma.

Inclinaron sus cabezas hasta que sus frentes se encontraron. Ella sintió el roce de las manos de Alan en su cintura y se perdió en esa sensación. Era como sentir miles de mariposas revoloteando por su cuerpo.

Los ojos de él estaban cargados de preocupación y, al mismo tiempo de deseo, a ella le encantó esa combinación. Eran dos naufragos en una misma isla desierta, un pedazo de tierra donde solo había cabida para la soledad.

CAPÍTULO 6

Alan la sujetó con delicadeza de la barbilla y la atrajo hasta él. La apretó contra una de las paredes de la cocina al tiempo que buscaba sus labios.

—Te voy a besar, ¿de acuerdo?

Ella permaneció inmóvil, observándolo. Sin saber muy bien cómo actuar. Hacía mucho tiempo que nadie la besaba, que nadie se fijaba en ella, quizá porque enviaba señales contradictorias a los hombres y estos no se querían complicar.

Él no se dejó engañar por el silencio de ella. Su mirada voló hasta su boca y volvió a sus ojos. Estaba claro que Audrey estaba a la expectativa, como perdida en un mar de confusiones. Rozó sus labios con los suyos y sintió cómo el corazón empezó a palparle con fuerza contra las costillas, estaba desentrenado, pero eso no le impidió besarla despacio, con suavidad. Fue así como descubrió su sabor y la necesidad de obtenerlo todo de ella. Sintió cómo las manos de Audrey se aferraban a sus hombros y en ese momento supo que había tomado la decisión correcta. La besó despacio, descubrió que era fuego entre sus brazos. La inminente necesidad de ambos en ese primer beso se hizo patente de inmediato, le abrió la boca con la lengua y trazó círculos largos y húmedos.

Todo pensamiento en la mente de ella se escapó y solo dejó sentimientos a flor de piel. Aquel hombre sí que sabía besar. Se agarró a él como una tabla de salvación y le devolvió el beso con una necesidad casi imperiosa. Creyó escuchar un gemido proveniente de su garganta, pero no podía estar del todo segura.

Algo en ella despertaba y sucumbía al mismo tiempo.

Alan se perdió en aquel laberinto de placer y deseo. Audrey era increíble y parecía deshacerse en sus brazos, algo que le excitó hasta límites insospechados. Su miembro viril, ya dolorido por la excitación, palpitaba contra su calzoncillo con vigor y de forma descontrolada. Hacía demasiado

tiempo que no estaba con una mujer y no tenía la más mínima idea si aquello iba demasiado rápido. Ese pensamiento se disipó en el acto, en el mismo instante que sus labios se volvieron más exigentes y su cuerpo y alma anhelaron más. La dolorosa punzada en la entrepierna, le hizo gemir de deseo.

El móvil comenzó a temblar dentro del bolsillo de Alan. Tardó un par de segundos en descubrir qué era aquel zumbido, cuando lo hizo lo ignoró de forma deliberada y ese hubiese sido su objetivo si Audrey no se hubiera separado bruscamente de él.

—Tu teléfono... —balbuceó con voz ronca.

Él soltó un improperio en voz alta que hizo sonreír a Audrey. El teléfono seguía vibrando como si le hubieran dado una descarga eléctrica.

Él miró hacia el techo con resignación y supo que no le quedaba otra opción. Martin lo había llamado hacía escasos minutos para comentarle que le necesitaban con urgencia en la oficina.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir mientras introducía la mano en el bolsillo. Se topó con su propia excitación y no pudo más que soltar otra maldición. Leyó el nombre en la pantalla y como suponía era Martin—. Es del trabajo.

—Bien —comentó ella mientras enterraba el rostro en su pecho. Debía salir despavorida de la cocina y dejar que el ambiente se enfriara. Todo aquello era un error, un error fatal de consecuencias catastróficas.

Él hundió la mano en su cabello llamando así su atención. Ella, sin saber muy bien cómo actuar, levantó la cabeza y le dirigió una educada sonrisa. La mirada de él voló al rostro de ella. Audrey aún tenía los ojos brillantes y cargados de deseo, sus labios estaban hinchados y enrojecidos; recordó que esa mañana no se había afeitado. Se limitó a suspirar cuando el teléfono vibró de nuevo en su mano.

—Espero que puedas perdonarme.

—No hay nada que perdonar —respondió ella demasiado rápido. Observó cómo los ojos de él se convertían en ranuras, como si quisiera estudiar su presurosa respuesta.

—Audrey... —comenzó a decir él con cierta cautela.

Ella comenzó a odiar la maldita vibración, parecía una puñetera mosca cojonera.

—Creo que es lo mejor.

Él se limitó a fruncir el ceño, pero no comentó nada al respecto.

Resignado, suspiró. Se acercó y apoyó con suavidad los labios en la sien de ella.

—Tenemos que hablar de esto.

Audrey tuvo que recurrir a todo su control para no agarrarle de la corbata, acercarlo a ella y besarlo con desesperación. No hablarían de nada.

No hubo palabras ni despedidas incómodas. Alan abandonó la cocina con paso decidido, lo último que escuchó ella fue cerrarse la puerta.

—Maldita sea —exclamó Audrey en voz alta—. La has jodido, pero bien... A la mierda con las calorías. —Abrió de nuevo la puerta del congelador y esta vez optó por el helado de galletas oreo.

—Por tu bien espero que tengas una razón muy poderosa para insistir una y otra vez con este trasto. —Alan levantó el móvil a la altura de la nariz de Martin. —Te dije que no quería que me molestaras.

Martin alzó las manos en un gesto apaciguador.

—Fuiste muy claro y conciso al respecto, pero la situación se nos va de las manos, créeme —aclaró Martin mientras ambos caminaban deprisa por el luminoso pasillo que daba acceso a la sala de reuniones—. ¿Se puede saber por qué estás tan ofuscado?

Alan no respondió, se limitó a alargar el paso para llegar lo antes posible a la dichosa sala de reuniones. Había abandonado a Audrey y solo Dios sabría lo que estaría pensando ella. Reprimió un improperio mientras estrangulaba el móvil con los dedos.

—No sé si te has dado cuenta, pero esto no es una maratón —comentó Martin mientras aumentaba la cadencia de sus piernas para igualar el paso de su amigo y compañero de trabajo—. Tierra llamando a Alan... —instó su amigo.

El aludido no respondió.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Martin esquivando a una secretaria con la que estuvo a punto de colisionar con al menos una decena de carpetas, apiladas unas sobre otras, en sus brazos—. Cualquiera diría que te he estropeado el polvo de tu vida —dijo poniéndose de nuevo a su altura mientras tiraba de la corbata con la única intención de que le llegase un poco de aire fresco.

Varios empleados que pasaban por allí sonrieron ante el comentario.

Alan lo miró con cara de pocos amigos.

Martin no pudo disimular una sonrisa.

—¿Ha sido eso? —inquirió con tono jocoso—. ¡Oh, Dios mío, ha ocurrido! —exclamó sin tener ninguna confirmación por parte de Alan—. De haberlo sabido, se me hubiera ocurrido algo. Eres como una roca, joder.

—¿En serio hubieses podido solucionar tú este embrollo?

Martin supo que guardar silencio era la mejor de las respuestas. Alan era el mejor abogado del bufete y estaba casi seguro que de la ciudad, y si algo había aprendido de él, es que cualquier cosa podía ser utilizada en su contra.

Alan meneó la cabeza de un lado a otro.

—Me lo suponía —bufó.

—¿Vas a contarme algún detalle?

La feroz mirada de Alan fue una respuesta de lo más convincente.

—Solo preguntaba. —Martin tosió para aclararse la garganta.

—¿Has recibido algún tipo de información más en los últimos minutos?

—No. Nada relevante.

—¿Cuántas horas lleva detenido?

—Tres, que nosotros sepamos.

—¿De qué se le acusa?

—De posesión de cocaína, conducción temeraria y resistencia a la autoridad.

Alan soltó un improperio. Nada más ver la puerta de la sala de juntas, respiró.

—Acabemos con esto de una vez. —Abrió la puerta, Martin lo siguió.

Cuando entró, aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio. Alex ya estaba allí y parecía tener controlada la situación. Un simple vistazo le dio a entender que aquello iba a durar horas. Pensó en Cody. Llamaría a su madre. Abrir otro frente no le apetecía en absoluto, pero supo que no tenía otra opción. A su jefe le habían detenido y ahora estaba entre rejas.

Seis horas encerrado en una sala de juntas podía ser nocivo para cualquier cerebro que se precie, eso al menos fue lo que pensó Alan mientras

tiraba de forma literal la carpeta sobre la mesa.

—Has hecho un trabajo soberbio —señaló Alex apoyada en una de las esquinas de la mesa. Alan seguía sentado con la cabeza reclinada en el sillón, en ese momento tenía los ojos cerrados y el cerebro a punto de estallarle en mil pedazos.

Se habían quedado solos, Martin ya se había marchado a casa, como el resto de los mortales. Él estaba agotado tras una jornada nefasta y necesitaba más que nunca un paréntesis antes de volver a su día de mierda.

—Es un insensato, un hijo de papá que no tiene ni puta idea de cómo es en realidad la vida.

Alex observó detenidamente a Alan. Era un hombre muy atractivo, su piel lechosa y su pelo rojo le atraían, como atrae un imán al acero. No se iba a engañar, estaba loquita por él desde hacía meses, pero él parecía ignorar todas sus señales de forma deliberada. Tenía la impresión de que Alan no jugaba con las mismas reglas que lo hacían otros hombres.

—Ha tenido suerte de que tú trabajes en este bufete, de no haber sido así hubiera pasado la noche en el calabozo.

Alan pensó en Charles Hole, socio mayoritario del bufete, abogado no por vocación, treinta años, soltero. Su padre, William Hole, se había retirado hacía un par de años por una apoplejía que aún lo retenía en cama. Charles Hole era un vividor nato, derrochador hasta decir basta, un mujeriego y hoy había que añadir otro glorioso adjetivo a la lista: cocainómano. Un perfil nada conveniente para un hombre con tanto poder en la sociedad.

—No he sido yo, sino su dinero el que ha impedido que pase una noche en la sombra. —Una mueca afloró de la boca de Alan, seguía con los ojos cerrados, se encontraba relajado y con la idea en mente de que tendría que pasar por casa de su madre para recoger a Cody. Luego pensó en Audrey: la imagen de ella entre sus brazos, devolviéndole el beso hizo que la parte de la bragueta se tensara. Esa mujer era puro fuego y él la había dejado abandonada y sola en una cocina azul y amarilla. Arrugó la nariz y seguidamente, se presionó los párpados con el índice y el pulgar respectivamente. Su vida era como una montaña rusa, y en este momento tenía la impresión de estar boca abajo sin tener ni idea de cómo solucionar todos los frentes que tenía abiertos.

—¿En qué piensas? —preguntó Alex.

Fue en ese preciso momento cuando Alan abrió los ojos. Lo que encontró al hacerlo, le desconcertó. Alex estaba muy cerca de él, con un gesto

muy seductor y excesivamente femenino. Le recordó a una leona en plena cacería. No pudo evitar compararla con Audrey, quizá fuera eso lo que le hizo pensar que debía poner distancia entre ellos.

El sonido de un zapato al estamparse contra el suelo, la pierna de ella embutida en una media por encima del reposabrazos y el otro pie directo a su entrepierna le hizo pensar que debía parar aquella locura. Alex, antes de que Alan moviese un dedo, alargó la mano y le cogió de la muñeca derecha. Supo que había sido un error nada más ver el rostro pétreo de él. Le soltó de forma inmediata, como si se tratase de una llama que le abrasaba y dejó, al mismo tiempo caer la pierna hasta rozar con su pie su propio zapato.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Alex, si alguien debe sentirlo soy yo —expuso, como si estuviese ante un jurado. Alex era una mujer inteligente y preciosa, con una larga y lisa melena oscura que enmarcaba su dulce rostro. Sus ojos, en ese momento estaban muy abiertos y poco expresivos, estaba claro que la había decepcionado. Estaba casi seguro de que en su armario solo había ropa de firma y él no pudo evitar recordar el peto vaquero con manchas de pintura de Audrey. Se frotó la nuca con la única intención de centrarse en la tensa situación que tenía entre manos—. No soy de los que se complican ni buscan relaciones con las compañeras de trabajo.

Alex sintió como si la hubiera abofeteado.

—No sé si sentirme agraviada o decepcionada por tu respuesta.

Alan no deseaba ahondar en la cuestión. Necesitaba salir de allí ya mismo.

—Doy por hecho que hay otra mujer —apuntó Alex con los ojos brillantes de frustración—. Hasta hoy no me había rechazado ningún hombre.

Estaban tan cerca que el largo cabello de Alex le hizo cosquillas en la barbilla. Se sintió incómodo y necesitado de oxígeno.

—Lo mejor es que me vaya —repuso con educación.

—¿Estás seguro? —susurró.

El aliento acarició el rostro de Alan. Intentó ignorar todas las señales de neón que le enviaba Alex.

Ella deslizó su trasero por la mesa hasta colocarse frente a Alan con las piernas abiertas. Jugueteeó con la corbata de él durante unos segundos y luego con suavidad, y casi a cámara lenta, lo fue atrayendo hasta a ella.

—¿Quizá estés interesado en la lencería de Victoria's Secret?

Alan tragó saliva con dificultad. Intentó recuperar la compostura. Alex se le estaba insinuando, pero él solo tenía la mente fija en otra mujer.

Con cuidado de no hacerla caer, movió el sillón hacia atrás. La mirada de Alex era de total confusión. Alargó su mano hasta la suya y la obligó, en cierta manera, a que dejase su corbata de seda en paz. Ella no pudo más que admirar sus manos masculinas.

—¿De verdad estás rechazando mi proposición?

Él, nervioso, carraspeó.

—Tengo que irme, Alex.

Ella soltó la corbata como si quemara e intentó reponerse del rechazo.

Un tenso silencio se instauró entre ellos. Fue ella quién lo rompió.

—Mi enhorabuena a la afortunada.

Él sopesó una respuesta, pero decidió ser cauto. Se levantó del sillón y recogió el maletín que descansaba sobre la mesa.

—Eres una mujer increíble y preciosa...

—Pero —le interrumpió ella.

Él se detuvo con la mano sobre el pomo de la puerta.

—No hay ningún *pero*, solo que no puede ser.

Cuando se cerró la puerta, Alex soltó una maldición y cerró las piernas.

CAPÍTULO 7

Audrey se dejó llevar por la música, no cabía la más mínima duda que la mujer que estaba sobre el escenario sabía interpretar una canción. Cogió su vaso y lo agitó de forma deliberada, como respuesta los cubitos de hielo chocaron contra el cristal y el refresco con gas lamió las paredes del vaso. Tomó un trago sin apartar los ojos del escenario.

—¿Supongo que te trae buenos recuerdos?

Audrey no tuvo que desviar la mirada para saber que era su hermano quién había realizado la pregunta. Sí, le encantaba cantar, eran pocos quienes lo sabían, pero tenía miedo escénico desde aquel día en la universidad, cuando descubrió que la combinación de un micrófono entre las manos y el alcohol no eran buenos aliados. Varios estudiantes la abuchearon en una de las fiestas y ella quedó traumatizada para el resto de su vida. Nunca más se había vuelto a subir a un escenario.

—Soy más de karaoke.

Escuchó la risa de Angus y en esta ocasión, su hermano entró en su campo visual. Se encontraba detrás de la barra mientras frotaba con un paño una copa enorme y con la mirada fija en ella.

—Es buena.

Los ojos de Angus volaron al pequeño escenario.

—Ya lo creo.

—¿Hace mucho que trabaja aquí?

—No tiene contrato —comentó Angus como si tal cosa.

Su hermana lo miró con reprobación.

—¡Angus! —profirió de forma acusatoria.

—No te alarmes, ¿de acuerdo? Así está estipulado —comenzó a explicar Angus—. Brian deja el escenario a todo aquel que quiera subirse en él. A veces se descubren verdaderas estrellas, como es el caso de Sira. Amenizan el ambiente y ella agradece las propinas.

Audrey dejó el vaso sobre la barra y observó con atención a la

muchacha que estaba sobre él: era muy atractiva, saltaba a la vista que dominaba el arte del maquillaje. Vestía un conjunto de cuero negro de falda y chaleco que hacía babear a algunos de los clientes del pub. Varios tatuajes adornaban sus brazos, lo que la hacía parecer una mujer dura y algo peligrosa. Su voz era clara y no desafinaba, todo un logro.

—¿Viene todos los días?

—Casi todos —respondió Brian—. Los clientes la adoran.

Audrey no lo dudaba, como tampoco pudo evitar sonreír ante la intromisión del dueño del pub.

Brian era la antítesis de su hermano, rubio, más bajo y no tan delgado como Angus, pero tenía un algo especial, aunque Audrey aún no había descubierto el qué, que hacía que la gente confiase a una velocidad de vértigo en él.

—Supongo que busca una discográfica que haga realidad sus sueños.

Brian miró a Angus y le guiñó un ojo.

Se alegraba de forma infinita que su hermano fuera feliz, que hubiese encontrado el amor y diese rienda suelta a sus sentimientos, aunque eso trajese a colación una mala relación con el padre de ambos.

Brian acarició la espalda de Angus y luego lo besó en los labios.

A Audrey le pareció una de las escenas más bonitas que había visto en su vida. Dos personas enamoradas, sin importarles el resto del mundo. Así debería ser siempre.

—Me alegro que estés aquí —dijo Brian—. Tanto Angus como yo estamos encantados con tu inesperada visita.

Y tanto que inesperada. Había trabajado en un par de ocasiones más en Edimburgo, pero eso fue antes de que Angus conociese a Brian y en casa de sus padres se desatase una batalla campal contra la decisión de su hermano de expresar su homosexualidad en voz alta. Ella lo apoyaba porque Angus siempre había velado por ella, su incordiante hermana pequeña. Ese pensamiento le arrancó una sonrisa.

—Brian tiene razón. Es importante para nosotros que estés aquí.

Ella le lanzó una mirada de amor fraternal.

—Os merecéis lo mejor. —Y lo decía en serio. Se les veía genial, enamorados y dispuestos a comerse el mundo. Todo lo contrario a ella. Pensó en Alan y sintió que se le encogía el estómago. No tenía ni idea de cómo iba a evitarle el resto de los días. Intentó borrar de su mente al hombre que le había

hecho humedecer la ropa interior esa misma mañana y se centró en el local—. Me gusta la decoración.

Era un pub acogedor e íntimo donde los clientes, y eso saltaba a la vista, se encontraban cómodos con una jarra de cerveza en la mano.

—Es cosa de Angus —respondió Brian mientras servía un whisky—. Tengo la impresión de que el buen gusto es cosa de familia.

Angus rio de buena gana. Dejó la copa que tenía entre manos y fue al otro lado de la barra a servir a otro cliente. Brian cobró la consumición y luego se acercó a ella. Apoyó los antebrazos en la barra y se la quedó mirando fijamente.

—Ahora que no está tu hermano aquí, ¿me vas a contar qué te ocurre?

Ella contuvo una carcajada. En ese momento, comprendió perfectamente lo que había visto Angus en Brian para enamorarse de él.

—¿Tan evidente es?

La mano de Brian voló sobre la cabeza de Audrey.

—Llevas un cartel de neón sobre la cabeza que dice: «soy una mujer desesperada que necesita olvidar los últimos meses de su vida».

La canción terminó y los aplausos no se hicieron esperar.

—Eres observador. —La voz de ella quedó amortiguada por los aplausos.

—Soy dueño de un pub, eso lo dice todo. —Los ojos oscuros de Brian relampaguearon con picardía.

—Está bien, es cierto. Necesito desesperadamente olvidar el último año de mi vida y aún más, me atrevería a decir, las últimas horas.

Brian frunció los labios.

—Vaya, eso último suena más interesante. ¿Lo sabe Angus?

Ella negó con la cabeza.

—No quiero preocuparle, no es nada.

—A mí no me lo parece. Tengo la impresión de que estás contrariada.

La boca de Audrey se curvó por las comisuras.

—Créeme, estoy desilusionada de la vida misma, pero no deseo hablar de ello —dijo ella sin más, dando por zanjado el asunto.

Brian era un hombre inteligente y se dio de inmediato por aludido.

—Está bien, aunque creo que deberías hablar con tu hermano del tema. Él se preocupa mucho por ti.

Eso era cierto y lo que ella no deseaba en ese momento es que Angus

estuviese intranquilo por nada ni por nadie. La batalla campal e interna que mantenía con el padre de ambos ya era más de lo que pudiera soportar una persona.

—No creo que hablar con Angus solucione nada. No quiero que se preocupe.

Ella se acercó un poco más a él.

—Y tú tampoco lo harás, ¿verdad?

Brian sonrió de oreja a oreja.

—Lo haré si te veo con el agua al cuello —le advirtió—. Solo dime una cosa, ¿es un tema laboral o hay amor por medio?

Ella no respondió, pero la respuesta debió verse reflejada en sus ojos.

—Es un hombre afortunado.

—¿Por qué estás tan seguro que es un hombre? —preguntó ella con curiosidad.

Brian le acarició la mejilla.

—Reconozco a un heterosexual a veinte pies de distancia. —Le dio una palmadita en el hombro—. Como te he dicho, soy dueño de un pub.

Ella asintió convencida. Si de algo estaba segura en ese momento era de que Brian era la pareja perfecta para su hermano.

—Está bien, tú ganas. Hablaré con Angus cuando encuentre el momento oportuno.

—Además de guapa, inteligente. Una mezcla explosiva.

Audrey entrecerró los ojos cuando Brian le dio la espalda y fue a servir a otro cliente. En ese momento subieron al escenario un par de chicos jóvenes, uno llevaba una guitarra en la mano y otro una armónica. Se veía a leguas que estaban nerviosos, pero tenían valor y eso era merecedor de un aplauso por parte de los clientes. Las notas musicales comenzaron a sonar y Audrey supo que estaba ante un dúo magnífico. Se relajó y decidió disfrutar del momento.

Relegó a Alan Reig a segundo plano, o al menos lo intentó.

Alan deseó que terminase de una vez ese dichoso día. ¿Algo más podía ir a peor?

—No te estoy pidiendo tanto, Alan.

El aludido apretó los dientes mientras intentaba disipar su mal humor. Su madre podía ser una mujer maravillosa cuando se lo proponía, pero hoy no era uno de esos días.

—Ya te lo he dicho, Audrey es una decoradora de interiores que vive temporalmente en el apartamento de enfrente.

Alan intentó reunir la poca paciencia que le quedaba. Podía ver girar los engranajes en la cabeza de su madre. La idea de escapar se hizo aún más atractiva.

—Tenemos que irnos —dijo mirando a su hijo, que en ese momento jugaba con un par de dinosaurios de plástico, uno en cada mano. La felicidad a los siete años era de lo más plausible—. Cody, recoge todos los juguetes es hora de volver a casa.

El niño levantó la cabeza y miró directamente a su padre.

—¿Podemos hacer una visita a Audrey?

Alan deseó que lo tragara la tierra.

—A eso me refiero —dijo su madre—. Habla de ella constantemente. ¿Estás seguro que no hay nada entre vosotros?

Alan miró a su madre con cierta beligerancia.

—¿Crees que si tuviera algo con ella, no lo sabría? —preguntó con tono desafiante.

—De acuerdo —aceptó su madre mientras alzaba los ojos al techo—. Eres tan terco como tu padre. Me había hecho ilusiones, eso es todo, pero está claro que no voy a arrancarte una sola palabra más.

Alan se levantó del sillón algo más aliviado. Su madre era una mujer maravillosa, él lo sabía mejor que nadie, solo tenía un pequeño defecto que ya era difícil que pudiese corregir a estas alturas de la vida: era demasiado entrometida. Había otro detalle, el hecho de que ella no supiera toda la verdad sobre lo ocurrido entre Elise y él. Para su madre, él era el responsable de la situación en la que se encontraba ahora. Bien sabe dios que lo único que había querido evitar era echar más leña al fuego. Craso error, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

Según ella, no había sabido cuidar de Elise, razón por la que él no deseaba que Cody pasara mucho tiempo con ella. Aclarar ahora la verdad sería levantar viejas heridas que dolían demasiado, quizá esa fuera la razón de la distancia entre ellos.

—¿Quizá Cody podría quedarse algún día de la semana a dormir?

Alan se quedó callado durante varios segundos y luego frunció el ceño.

—No lo sé, mamá. Es posible, tengo mucho trabajo estos días.

La mujer asintió como lo haría cualquier madre vencedora.

—Ya hablaremos —fue lo único que pudo decir Alan—. Cody, nos vamos. No olvides tu abrigo.

El niño se levantó aún con los dos dinosaurios en la mano.

—Me los ha regalado la abuela. ¿Me los puedo llevar a casa?

La mujer sonrió orgullosa de su nieto.

—Pues claro —contestó—. Espero que juegues más con ellos que con esa máquina infernal en la que te pasas horas abducido.

El niño soltó una carcajada.

—Se llama Playstation, abuela. Y no es una máquina infernal.

La mujer murmuró algo que Alan no entendió. Su madre se conservaba estupendamente, había superado la muerte de su padre y ahora volvía a sonreír. Se había cambiado el color de pelo, ese rubio no le sentada nada mal. Alan pensó que le hacía parecer más joven. Sus ojos reflejaban esperanza y eso le agradó.

Al menos la vida sonreía a alguien.

Dio un beso a su madre en la mejilla, Cody repitió el gesto y luego corrió por el pasillo a una velocidad pasmosa.

—Bendita energía —comentó la abuela sin poder evitar sonreír.

Alan escuchó cómo evolucionaba la voz de su hijo con los diferentes sonidos que producía con la garganta, estaba claro que los dos dinosaurios estaban en plena lucha.

—¿No sabes nada de Elise? —preguntó su madre con suavidad.

—No, nada, y creo que es lo mejor —respondió con seriedad.

Ver sufrir a un hijo era la peor condena que podía soportar una madre. Con este pensamiento, Adele despidió a su familia.

CAPÍTULO 8

Alan abrió la puerta de su apartamento y no pudo evitar que sus ojos volaran a la puerta de enfrente. ¿Estaría Audrey en casa?

Seguramente que no. No había podido evitar fijarse, mientras aparcaba su coche, en que no se proyectaba ninguna luz desde las ventanas de la vivienda que ahora ocupaba Audrey.

La sensación que lo embargó fue una desazón enorme que no podía gestionar con facilidad. Tenía la impresión de que había pasado una eternidad desde esa misma mañana en la que habían hecho más que comer helado.

Pero la realidad era bien distinta y él lo sabía.

—Papá...

La voz de su hijo le hizo olvidar sus propias cavilaciones y centrarse en el presente.

—¿No vas a entrar?

Alan se sintió como un tonto. Llevaba un buen rato mirando aquella puerta antes de introducir las llaves en su propia cerradura.

—Sí, Cody, claro que voy a entrar.

El niño pareció del todo satisfecho. Levantó los brazos e hizo volar los dos dinosaurios por encima de su cabeza, Alan no pudo más que sonreír.

—La abuela ya te ha dado de cenar, ¿no?

El pequeño respondió sin dejar su imaginación a un lado.

—Sí, pollo con verduras.

—Bien —comentó Alan—. Ve a tu habitación, lávate los dientes y ponte el pijama. Intenta seguir ese orden, ¿de acuerdo?

—¿Lo dices para que no se me olvide lavarme los dientes?

—Chico listo.

El niño asintió, pero Alan estaba del todo seguro de que no seguiría sus indicaciones. Estaba agotado, dejó el maletín sobre una de las sillas del vestíbulo y decidió darse una ducha una vez que Cody estuviese ya en la cama.

Quizá el agua se llevase algunas de sus preocupaciones por el desagüe.

Una hora más tarde, Cody estaba en su cama, gracias a Dios, dormido, y él con un café en la mano y con ropa más cómoda leía uno de los documentos oficiales que les había enviado la policía referente a Charles Hole. Ese mismo día había llegado a la conclusión certera de que el dinero podía ser el mejor de los aliados. Hole no pisaría la cárcel y eso le hacía cuestionarse muchos de los principios de la abogacía.

Tomó un sorbo de café y luego otro, con la vista fija en cada uno de los párrafos del informe. Aspiró el aroma del café antes de llevar de nuevo la taza a los labios, pero algo hizo que detuviera ese gesto y dejase la taza sobre la mesa del salón: el sonido de unas llaves.

Era ella, lo sabía, pero no se movió del sillón. La idea de que el mismo hombre de la noche anterior u otro distinto la acompañara, hizo que se le revolviessen las tripas.

«No te muevas», se ordenó a sí mismo mientras dejaba el informe a su lado, sobre el sillón.

No pudo evitar agudizar el oído. No se podía creer lo que estaba haciendo, se parecía a su madre y quizá fue esa idea lo que le hizo retomar su labor. Audrey era una mujer libre, el hecho de que se hubiesen besado esa mañana no le daba ningún derecho sobre ella.

Bebió otro largo sorbo de café y luego dejó la taza en el mismo lugar; lo intentó, pero ya no se pudo concentrar. Bueno, al menos había conseguido mantenerse sentado y no mirar por la mirilla, eso debía significar algo.

Casi se sentía orgulloso de sí mismo cuando unos golpes en la puerta irrumpieron sus pensamientos. Se levantó raudo del sillón, como si fuera un resorte, esa fue la razón por la que tropezó con la mesa y el café que aún había en la taza cayese directamente sobre sus pantalones de pijama.

—Joder —exclamó de mala gana.

Con ayuda de una servilleta intentó arreglar aquel desastre que ya teñía una buena parte de su pernera. A Dios gracias que el café ya no estaba muy caliente. Los golpes en la puerta se detuvieron y él salió a la velocidad del rayo hacía el vestíbulo. A esas horas de la noche, solo podía ser una persona: Audrey.

Abrió la puerta como un adolescente que esperaba su primera cita. La luz del rellano aún estaba encendida y ella se encontraba de espaldas a él.

Estaba sola y eso fue un verdadero alivio para Alan. Se concentró en respirar.

Fue entonces cuando ella se giró y a él se le secó la boca.

Se fijó en que Audrey no vestía su ya típico peto vaquero, sino unos pantalones de algodón color negro y una blusa blanca con detalles en volantes, y sobre esta una americana de vestir del mismo color que el pantalón. No llevaba el pelo recogido en una coleta, como era habitual en ella, sino suelto y algo revuelto, como si se hubiese pasado varias veces la mano por él. No parecía la misma mujer y eso le asombró y le inquietó al mismo tiempo. Le recordó un poco más a la mujer que había conocido el primer día y que él había confundido con la canguro.

—No quería molestar, lo siento —se disculpó.

Alan tardó en reaccionar una fracción de segundo, pero al fin lo hizo.

—No molestas en absoluto, es más, me alegro de que hayas llamado.

Ella no se movió del lugar en el que se encontraba, se apoyó en la puerta aún cerrada del apartamento y lo miró con cierta cautela.

—Solo quería decirte que lo de esta mañana fue un error, y que no volverá a suceder.

Alan intentó leer la verdad en su mirada.

—¿Así sin más?

—Así sin más —respondió ella antes de atragantarse con la respuesta.

Él se acercó y la tomó de la mano. Se sobresaltó y el primer impulso de ella fue el de zafarse.

—Deberías entrar, la señora Harper siempre tiene la oreja puesta, sea la hora que sea.

Ella lo miró sin saber de lo que estaba hablando.

—¿Quién es la señora Harper?

Alan señaló con el índice al suelo.

—La vecina de abajo. Es una mujer mayor —susurró—. Tiene demasiado tiempo libre y le encanta cotillear.

A Audrey le importaba bien poco la señora Harper, pero imaginó que a Alan no. Después de todo el tenía un hijo y una reputación que cuidar.

—Está bien. —Se resignó a lo evidente.

Una vez dentro del apartamento, Alan cerró la puerta y Audrey se arrepintió de entrar, quizá porque no tenía ni idea de cómo llevar las riendas de una situación que ella misma había permitido.

Se maldijo a sí mismo cuando observó que ella estaba a la expectativa.

Se había comportado como un auténtico troglodita, pero no lo lamentaba.

—Dime, ¿qué ha pasado en el transcurso de estas horas?

Ella intentó apartar la cara, pero él agarró su barbilla y le obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Sabes?, te podría denunciar por secuestro.

Él movió el pulgar y le acarició la barbilla.

—Pero no lo harás.

—Eres un abogado de lo más arrogante.

—Lo soy —le confirmó él—. Y, ahora dime, ¿qué ha sucedido? —instó.

—No ha ocurrido nada reseñable. —Ella, con un espaviento, le retiró la mano de su rostro. El hecho de que la acariciase la ponía nerviosa y no le permitía pensar con claridad—. ¿Dónde está Cody?

—En su habitación, durmiendo. —Él deseó que los pantalones del pijama tuviesen bolsillos, pero no; de modo que se limitó a cruzar los brazos a la altura del pecho. Necesitaba poner una barrera entre ellos porque de no ser así, la volvería a tocar y estaba claro que ella no lo deseaba. Necesitaba espacio y él se lo iba a dar—. ¿Quieres pasar al salón?

Ella se aferró al asa de su bolso.

—No es buena idea.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —quiso saber ella.

—¿Por qué no es buena idea? —preguntó él. Le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes, lo que más deseaba en ese instante era besarla y perderse en su sabor, no obstante, no quería espantarla, así que se limitó a quedarse donde estaba.

Alan estaba increíble en pijama, pensó Audrey, para comérselo, sin embargo debía largarse de allí lo antes posible; no deseaba que se complicasen más las cosas entre ellos. Él tenía un hijo, una vida, quizá no era perfecta, pero sí práctica.

—No creo en las relaciones esporádicas —confesó ella intentando que no le temblara la voz.

No era tonto, sabía que Audrey mentía y de forma descarada, la cuestión era por qué lo hacía.

Con un ademán la invitó a pasar.

—Vamos al salón y tratemos esto como adultos —le sugirió.

—Ya te he dicho todo lo que te tenía que decir.

Él entrecerró los ojos de manera reflexiva.

—Eres una mujer que se enfrenta a la vida, Audrey; tengo la impresión de que pocas cosas te asustan.

«Tú me asustas», pensó ella.

—Entablar una conversación no implica ningún riesgo.

Respiró profundamente para darse fuerzas. Alan tenía razón, sin embargo, ella no deseaba dar su brazo a torcer. Había estado en el pub y había visto a Brian y a su hermano, entre ellos había complicidad, amor, ternura y respeto. Algo que deseaba para ella y que Richard, de alguna manera le había arrebatado. En el fondo sabía que era en buena parte responsable de la ruptura, pero en ese momento, necesitaba echar balones fuera, necesitaba restar un poco de su propia culpa a su ego. A eso ella lo llamaba sobrevivir y era lo que había estado haciendo los últimos trescientos sesenta y cinco días de su vida.

—Richard se ha casado y va a ser padre de gemelos.

Ella pudo comprobar que en el rostro de Alan había una mezcla de sorpresa y preocupación.

Él se frotó el cuello, intentando aliviar la tensión que parecía haberse concentrado en esa zona. Carraspeó antes de hablar.

—¿Quién es Richard? —preguntó en un tono inseguro, como si tuviese miedo de meterse en un terreno inhóspito e inseguro.

Audrey apartó un mechón de su rostro y lo colocó detrás de la oreja. No tenía ni idea de por qué le había hablado de Richard, ella lo único que deseaba era meterse en la cama, sola, taparse con las sábanas y mantas hasta la cabeza y desconectar del mundo por unas horas.

—Mi ex.

La mirada azul de Alan se hizo más profunda. Se rascó pensativo la barbilla.

—Por favor, acepta un café.

Ella iba a negarse, pero Alan se adelantó y la interrumpió.

—Por favor —insistió con voz suave y profunda.

Audrey claudicó y aceptó pasar. En ese momento se fijó en el pantalón de Alan.

Él, incómodo por la situación, se apresuró a disculparse.

—Lo siento, las prisas nunca son buenas —le dijo con una sonrisa en los labios.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Dame un segundo para cambiarme, pero prométeme que no huirás de mí.

Ella no respondió en el acto. Llegó al salón y se sintió cómoda en él, al fondo se encontraba la cocina. Le gustaban los espacios abiertos. Allí sentía paz y eso le había ocurrido el primer día, cuando Alan la había confundido con la canguro. Quizá fuera el ambiente o la compañía, no estaba segura.

—¿Estarás aquí cuando regrese?

Audrey le miró divertida. Se veía a las claras que Alan no tenía ningún tipo de fe en ella. Asintió y él pareció satisfecho.

—Perfecto.

Audrey se sentó en el sofá, pero lo hizo al borde, como si necesitase estar preparada para salir corriendo si hiciera falta.

Él, antes de abandonar el salón se giró y la miró con intensidad, ella no pudo evitar un ligero aleteo en la boca del estómago. Había sucumbido.

Alan decidió que un pantalón deportivo de algodón con goma elástica en la cintura era más apropiado que el pantalón de un pijama. Antes de salir de la habitación, se miró en el espejo. El reflejo le devolvió un rostro cansado y unas ojeras pronunciadas, poco podía hacer al respecto; así que se limitó a peinarse con los dedos.

«Richard».

El nombre de aquel tipo resonaba en su mente, una y otra vez como si fuese el estribillo de una mala canción. Antes de regresar al salón, se pasó por la habitación de Cody. Como suponía, dormía como un tronco. En una de sus manos aún había un dinosaurio, no pudo evitar esbozar una sonrisa. Estaba claro que su madre había acertado en pleno con el nuevo juguete.

Cuando llegó al salón, Audrey estaba hojeando una de las tantas novelas que descansaban sobre la mesa situada en el centro de la estancia.

—¿Te gusta la historia? —preguntó él intentando suavizar su llegada.

Ella cerró el libro de golpe y lo dejó de nuevo sobre el montón. La Edad Media con sus plagas y poca higiene no era una de sus épocas favoritas.

—Me gusta que la historia no se repita —dijo sin más.

Él pareció comprender el mensaje de la frase.

—Disculpa —dijo retirando del sofá el informe que había estado leyendo antes de ser interrumpido.

Ella se fijó en el nuevo pantalón. Se mordió el labio inferior con los dientes al comprobar que Alan no había recurrido de nuevo a un pijama sino a una ropa menos íntima. Él volvió a inclinarse para recoger unas carpetas que había en el suelo y no pudo evitar fijarse en su culo perfecto y redondo. Dios, era como increíble. Le recordó a un anuncio televisivo, el de una pareja que se encuentra en una solitaria lancha en el azul mar de Capri y, a los pocos segundos, la mano de ella se pierde en el minúsculo bañador de él dejando a la vista el mejor trasero de la historia. Pues bien, ella había encontrado otro trasero que también podría hacer historia, pero no en un plácido y romántico mar del Mediterráneo.

—Parece que tienes mucho trabajo —comentó obligando a sus ojos se dirigieran al enorme ventanal del salón.

—Más de lo que desearía, la verdad —le aseguró incorporándose de nuevo—. Hoy ha sido un día de locos. Laboralmente hablando —añadió de inmediato por miedo a que ella interpretase su visita matinal como una locura. Dejó las carpetas e informes sobre la mesa, al lado de las novelas históricas. Se sentó al otro lado del sofá, a sabiendas de que Audrey necesitaba su propio espacio—. Bueno —continuó—, ¿me vas a decir de una vez por todas quién es Richard?

CAPÍTULO 9

Audrey se removió inquieta en el sillón. Decidió que había llegado el momento de sincerarse, no porque fuera estrictamente necesario sino porque Alan se lo pedía y ella de alguna manera creía debérselo.

—Digamos que Richard —comenzó a decir— fue el hombre que ocupó una buena parte de mi vida. No llegamos a casarnos, la verdad, no sé si ese dato es relevante.

Alan la miró fijamente y pareció comprender. Audrey estaba dolida y él conocía muy bien esa sensación.

—Y, ¿ahora está casado y va a ser padre? —indagó él con la información que ella le había ofrecido.

—Así es. —Ella estaba cansada de luchar contra sus propios sentimientos, de arrastrar una culpa que en realidad no era solo autoría propia. Siempre se había considerado una mujer inteligente y de algún modo, sabía que no debía dar espacio en su mente a un hombre que la dejó a la primera de cambio cuando ella decidió que no era el momento de ser madre, de comprometerse en una relación en la cual aún quedaba mucho por descubrir. Sin embargo, en vez de callar, comenzó a hablar, a farfullar y, como si se tratara de un torbellino, ya nada la pudo parar. Escupió su dolor—: Me siento herida en lo más profundo de mi ego. Fui tonta, rematadamente estúpida cuando creí que él podría cambiar de idea y volvería a por mí porque sencillamente estaba enamorado y no superponía sus intereses sobre los míos —confesó ofuscada—. La vida no es solo casarse y tener hijos. —Levantó los brazos y barrió con las manos el aire, como si así quisiera dar más énfasis a sus palabras—. Hay más, mucho más y no entiendo cómo algunas personas no lo ven. No es que no quiera ser madre, claro que quiero —se reafirmó a sí misma a sabiendas de que sus palabras eran certeras y sinceras —, pero antes necesito encontrar un espacio en este mundo, un lugar donde pueda ser feliz.

De pronto su diatriba llegó a su fin. Calló porque por primera vez en mucho tiempo se sentía más ligera y fue entonces cuando se percató de que

Alan la observaba fijamente mientras esperaba que ella continuara.

Al ver que ella guardaba silencio, Alan intentó recomponer en pocos segundos todos los argumentos de Audrey. La entendía y respetaba.

—Creo que tienes las cosas claras —dijo con suavidad— y eso está bien.

Ella inspiró para soltar después todo el aire de golpe.

—Dios, soy patética. —Se llevó las manos al rostro y lo cubrió con ellas. Se sentía avergonzada y fuera de lugar.

—No, claro que no —alegó Alan—. Tienes todo el derecho a pensar de esa manera. Es más, creo que es lo más sensato. Ojalá algunos de nosotros antes de tener hijos buscáramos ese espacio en el mundo que tú tanto ansías encontrar.

Ella retiró las manos y las dejó caer contra los muslos.

—¿Eso último lo dices por ti, o por la madre de Cody?

«Es preciosa», fue lo único en lo que pudo pensar Alan. Al ver que ella lo miraba con intensidad, rebuscó en su cerebro la pregunta que ella le había formulado.

—Lo digo por ambos.

—¿Cómo os conocisteis?

Alan tragó saliva antes de responder. Había intentado zanjar esa historia un millón de veces sin éxito alguno.

—Primero fue mi clienta y luego la cosa llegó a más.

—¿En serio? —preguntó Audrey sin poder evitar la sorpresa.

Él asintió.

—Se estaba separando de su primer marido, debí darme cuenta por aquel entonces, pero al parecer no lo tenía tan claro como tú —reflexionó él casi en un murmullo.

—¿Te arrepientes?

—Nunca —respondió muy seguro de sí mismo y de forma inmediata—. Cody es mi mayor tesoro y su llegada al mundo transformó mi vida, sin embargo debo confesar que me encanta vivir así, con prisas y ataduras —especificó él respondiendo a la pregunta que pudo leer en los ojos de Audrey—. Mi hijo es mi norte.

Ella recordó el primer día que se conocieron, la verdad es que las prisas y ataduras entraban muy bien en la ecuación de ese día. Audrey apretó los labios y clavó los ojos en él. No le gustaba el derrotero que estaban

tomando sus pensamientos, pero tampoco podía hacer nada para evitarlos.

—¿Se puede decir que has encontrado tu lugar en el mundo?

Alan pareció meditar la respuesta.

—Se puede decir que he encontrado mi rumbo, y ese rumbo lleva por nombre Cody.

Ella se quedó callada, como si estuviese procesando la respuesta.

—¿Su madre no se ha puesto en contacto con él? —En el momento que formuló la pregunta, supo que no había actuado correctamente. La vida y el pasado de Alan le pertenecían a él, solo a él—. Lo siento, no debería hacer preguntas, discúlpame.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Audrey. Ten por seguro que esas mismas preguntas me las he hecho yo un millón de veces. —Le dedicó una mirada que podía encerrar muchos secretos—. Respondiendo a tu pregunta, no se ha puesto en contacto con él, ni lo hará.

—¿Por qué? —preguntó presa de la curiosidad.

—En el instante que decidió marcharse y abandonarle, lo perdió todo —dijo en un tono hosco—. Yo me aseguré de ello. No puedo entender cómo una madre puede abandonar a un hijo, eso es todo. Y no es maldad —añadió, no solo para calmar su conciencia—. Elise solo se quiere a sí misma, lástima que me percatara de ello demasiado tarde.

Ella pensó en sus propios padres. ¿Acaso los suyos no habían abandonado a Angus?

—¿En qué piensas? —quiso saber él.

Ella sonrió de forma tenue y luego soltó el aliento de golpe.

—En mi hermano.

—Vaya, esta noche eres una caja de sorpresas.

Ella sonrió más abiertamente. ¿Cuándo fue la última vez que se había sentido tan a gusto sentada en un sillón?, se preguntó. Hacía demasiado tiempo.

—Anoche, Angus y yo estuvimos hablando de Richard. Es más, fue él quien me dio la noticia —aclaró mientras sus ojos se tornaban a un color chocolate oscuro.

—¿Angus es tu hermano?

—Sí.

—Y, ¿dices que hablaste con él?

—Exacto, le invité a cenar —clarificó ella.

Una enorme sonrisa de oreja a oreja deslumbró en el rostro de Alan.

—¿A qué viene esa sonrisa?

—Tengo que decir que me encanta que invites a cenar a tu hermano.

Ella no supo si Alan había perdido la cabeza. Frunció el ceño, pero la sonrisa de él no desapareció si no todo lo contrario, se intensificó.

Decidió que era el momento de ser sincero con ella.

—Anoche no pude evitar ser un poco cotilla cuando oí voces tras la puerta —comenzó a decir— y miré a través de la mirilla, no me siento orgulloso de ello —aclaró rápidamente—, pero creo que fue algo totalmente inocente e inevitable. Fue cuando descubrí que estabas acompañada.

Las perfectas cejas de ella se unieron en un movimiento molesto.

—¿Me has estado espiando?

—Yo no utilizaría ese verbo exactamente. Se podría decir que sentí curiosidad, que no es lo mismo, pero nada que ver con lo de la señora Harper —aclaró él. Alan se acercó a ella y se sentó a su lado, el hecho de que Audrey no se levantara como un resorte y huyese ya era todo un logro.

—Te pido mi más sinceras disculpas, no volverá a suceder.

Ella asintió y sonrió, como si esa promesa tuviese algún sentido. Bajó la mirada incapaz de mirarlo a los ojos, sin embargo, él no se lo permitió. Le agarró con suavidad la barbilla y se la levantó.

—¿Quieres un café?

—No.

—¿Whisky?

—Tampoco, gracias. —Tenía la impresión de que necesitaba tener la cabeza despejada cuando estaba cerca de él—. Te agradezco enormemente el detalle de esta mañana.

Él se preguntó si quedaría algo de helado en el congelador del apartamento de enfrente. La miró fijamente.

—No tengo ni idea lo que está ocurriendo entre nosotros —musitó muy cerca de los labios de ella—, pero si algo te puedo asegurar es que nos encontramos en una parte del mundo a la que llamamos Europa, para ser más precisos en Escocia, Edimburgo, calle Nelson —dilucidó— y, no tengo ni idea de si es nuestro espacio, nuestro lugar, pero si algo tengo claro es que me muero por besarte. —Le acarició el brazo con la yema de los dedos y ella no pudo evitar sentir el escalofrío que le recorrió toda la extremidad hasta llegar a la nuca.

Ella de haber podido sonreír, lo hubiese hecho.

—Te lo dije esta misma mañana e incluso te lo he reiterado antes: no puede ser.

—¿Por qué?

Ella no encontró una respuesta digna a la pregunta.

—No soy Richard, no te pido un compromiso. Ni conmigo, ni con Cody. Audrey sabía que Alan tenía razón.

—Debo irme —dijo ella al fin, poniéndose de pie y rompiendo el contacto. Tenía la impresión de que podría enamorarse de Alan.

Él dejó caer la cabeza, como un hombre vencido.

—De acuerdo —claudicó él—. No volveré a molestarte. —Se levantó también y no pudo evitar acariciarle el pelo—. Me gusta más suelto.

Audrey no dijo nada, aunque hubiese querido, no hubiese podido. Tenía un enorme nudo en la garganta. Se giró y voló hacia la puerta. Huir siempre era una buena elección, siempre le había dado resultado.

«Es una locura» se repetía una y otra vez mientras el pasillo se le hacía interminable. Abrió la puerta y salió al rellano, fue entonces cuando respiró.

Alan se sintió herido y un poco idiota. No debería haberla presionado, debería haber sido más comprensivo. Colocó ambas manos sobre las caderas, de modo que los brazos quedaron en jarras, dejó caer la cabeza entre los hombros y soltó varios improperios en voz baja. Segundos después cruzó el salón y se dirigió a la cocina. Era un idiota en grado sumo. Fue en ese momento cuando descubrió que la puerta principal no estaba cerrada, una ráfaga de aire la bamboleó ligeramente. Se dirigió hacia ella, pero la imagen de Audrey en el umbral pareció llenarlo todo.

La sensación de que su imaginación le estuviese pasando una mala jugada se esfumó cuando ella se movió. Audrey adelantó un paso y luego otro, después, sin pensar en todas las consecuencias que le habían estado taladrando el cerebro.

—Sigo pensando que no es una buena idea —dijo más nerviosa de lo que estaba dispuesta a confesar.

Él pareció desoír sus palabras.

—Quédate, por favor.

En un primer momento se miraron en silencio, como si ninguno de los dos pudiese pronunciar una sola palabra, la tensión sexual era todo lo que se respiraba. Alan se acercó a ella despacio y tocó su boca con la de Audrey.

Luego ocurrió lo inevitable, no hubo palabras, era casi imposible que las hubiera. Los besos, las caricias lo llenaron todo, cargando el aire de sensualidad. La boca de Audrey era suave y dulce, como recordaba, y eso casi le vuelve loco. El beso de esa misma mañana era una imagen fija en su cerebro, se proyectaba una y otra vez sin poder evitarlo y ahora, casi como si fuera un milagro, la volvía tener entre sus brazos. No, no iba a desaprovechar esta oportunidad que ella le brindaba.

Le quitó la americana y esta cayó al suelo de forma precipitada, luego sin despegar su boca de la de ella comenzó a desatarle los botones con cuidado de no rasgarle la blusa, la necesidad era abrumadora y casi desesperada. Con torpeza, como si se tratase de un adolescente en su primera vez, desabrochó el primer botón y luego el segundo, un pequeño triángulo de la piel de Audrey quedó a la vista y él no pudo más que acariciarla su cuello de forma suave con la yema de los dedos. Era perfecta en todos los sentidos de la palabra. Llevaba demasiado tiempo sin tener relaciones sexuales y su miembro erecto y duro palpitaba ansioso contra los calzoncillos. La erección casi no le dejaba andar.

—Será mejor que cierre la puerta —susurró en el oído de ella.

Audrey ni siquiera se inmutó. No podía respirar. Tenía la sensación de estar en un estado de ingravidez. De pronto sus neuronas parecieron hacer algún tipo de conexión porque preguntó:

—¿Cody?

—Dormido como un tronco.

La levantó en brazos y ella ahogó un grito. El bolso cayó al suelo, pero no pareció importarle a ninguno de los dos. Él la llevó a la cocina. También cerró la puerta. Era cierto que a Cody no le despertaba ni una salva de cien cañones, pero tenía que asegurarse de que no se movería de su cama.

Audrey sintió que flotaba, que ya nada podía parar lo que iba a suceder; estaba claro que ambos lo deseaban. Llevó la mano hasta el cuello de Alan y lo acarició sutilmente. Era fuerte y eso le gustó. La depositó sobre la isla de la cocina mientras él se afanaba por desabrochar el resto de los botones, podría haberle ayudado, pero le gustaba esa torpeza, esas ansias por ir más allá de la

tela.

—Espero que tengas un preservativo a mano.

Él detuvo su tarea, levantó la cabeza, y se le quedó mirando incrédulo. Audrey tuvo que reprimir una carcajada al ver su expresión, le encantaba esa barba de dos días y ese pelo rojo que lo hacía mucho más varonil de lo que él podría imaginar jamás.

—Seré idiota. No, no tengo.

Ella se mordió el labio inferior al ver la aflicción en los ojos de él.

—Eso es un problema, ¿no crees?

—Enorme —confesó él dejando caer con suavidad la frente contra la de ella.

«Soy un idiota integral», pensó mientras los engranajes de su cerebro buscaban de forma desesperada una solución. La verdad es que llevaba tanto tiempo a dique seco que se había olvidado por completo comprar preservativos.

«Gilipollas, eres un capullo y de los grandes».

Ella pasó su mano por el pelo de él.

—En mi bolso.

Él tardó unos segundos en comprender.

—¿En serio?

Audrey como respuesta, sonrió abiertamente.

—Te lo prometo.

Él voló, abrió la puerta y recogió el bolso del suelo. Lo abrió con un nerviosismo impropio de un hombre de casi cuarenta años, y todo su contenido cayó sobre la mesa de forma desordenada. Ignoró deliberadamente los otros enseres, como kleenex, chicles, llaves o maquillaje. ¡Por el amor de Dios cuántas cosas podían llevar las mujeres en un bolso! Parecía un kit de supervivencia. Revolvió con la mano de forma precipitada y en menos de dos segundos tenía localizada ya la pequeña caja de preservativos.

—No tenía muy claro si se iban a cumplir mis expectativas esta noche. Así que opté por una caja de tres.

—Mejor que ninguno —dijo él. Se inclinó hacia delante y le rozó la boca con la suya—. Eres increíblemente maravillosa. —Le desabrochó los pantalones de forma precipitada, bajó la cremallera y se los abrió. Alan le pasó la mano por la espalda, se deshizo de la blusa y la levantó para quitarle los pantalones y la ropa interior de una sola vez. Los zapatos y las medias

cayeron también al suelo.

—Joder, eres perfecta.

Ella sintió que las mejillas le ardían al verse tan expuesta. Se desabrochó el sujetador y los ojos de él se agrandaron.

—Más que perfecta —dijo sin aliento.

Audrey abrió las piernas, como si en sí se tratase de una invitación. Alan no se hizo esperar y deslizó los dedos por el monte de venus para luego perderse entre los pliegues húmedos del sexo de ella. Acarició con cuidado hasta escuchar un gemido de la boca de ella.

No iba a poder aguantar mucho más. Tenía la sensación de que iba a explotar de un momento a otro. Sin dejar de acariciar el clítoris, acercó su boca al pecho tentador; la cabeza de Audrey cayó hacia atrás, lo que permitió darle más accesibilidad al pezón que se abría a él como una cereza sugerente y madura. Lo lamió y succionó con cuidado mientras sus dedos se perdían en su sexo y las oleadas de placer no se hicieron esperar e hicieron su primera aparición. Abandonó sus pechos para volar a su boca, allí rozó el labio superior de Audrey con su lengua mientras sus dedos entraban y salían.

El orgasmo de ella no tardó en llegar mientras percibía su feroz erección contra la prisión de la tela. Se quitó la camiseta de algodón y se bajó los pantalones. Aquellos preliminares ya habían durado demasiado; o se perdía en ella o reventaba y sin lugar a dudas prefería lo primero.

Audrey sintió de nuevo la mano de Alan sobre su vagina, la dura cabeza del pene contra su entrada. Fue entonces cuando él empujó con fuerza y se clavó en ella con un ímpetu que le cortó la respiración.

—Joder —susurró él.

Audrey abrió más las piernas dando cabida al miembro de Alan. Era grande, duro y potente. La sensación era maravillosa, sintió cómo él aumentaba el ritmo y los empellones se hicieron cada vez más salvajes y perseverantes. De pronto, Audrey, sin previo aviso, llegó al clímax, provocándole un orgasmo impresionante e inolvidable.

Alan la escuchó gemir de una forma que le indicaba que había llegado a la cima, al escucharlo se sintió sorprendentemente bien, casi poderoso. Su necesidad se hacía evidente en cada embestida. Audrey se aferró con fuerza a los hombros de él y pensó que nunca en su vida su cuerpo había respondido de forma tan increíble; los músculos de su vagina se aferraron alrededor del pene de él y fue en ese momento cuando se perdió en un mar de placer.

Alan sintió la señal y se dejó ir, eyaculó y luego la besó lentamente, como si intentara mitigar el salvaje polvo.

Sin lugar a dudas, Audrey era especial y no tenía ninguna intención de dejarla marchar.

CAPÍTULO 10

Al día siguiente, Cody le comunicó a su padre la propuesta de quedarse en casa de un amigo a dormir. A Alan, la idea de que su hijo no durmiese en casa no le solía gustar demasiado, pero desde que él y Audrey habían practicado algo más que sexo sobre la isla de la cocina, la idea de que Cody estuviese con un amigo le pareció alentadora.

Habló con la madre del pequeño en cuestión y en pocos segundos todo estaba arreglado. Alan voló hasta su apartamento, se dio una ducha rápida y en menos de media hora ya estaba llamando a la puerta del apartamento de enfrente.

Audrey abrió la puerta y se encontró con esos ojos azules que ya le eran tan familiares.

—No sé si es buena idea.

—¿Has venido?

—He venido.

Ella sonrió, tamborileó los dedos sobre la puerta, como si necesitase pensar algo. Llevaba horas interminables sin poder quitarse a su vecino de la cabeza. Hacer el amor con él había sido como el despertar de una flor de loto.

—¿Champán? —inquirió levantando una botella a la altura de los ojos de ella.

—¿Y Cody? —preguntó aceptando la botella fría.

—En casa de un amigo.

—Entiendo. —Ella abrió un poco más la puerta y lo dejó entrar.

El apartamento aún olía a pintura y cerca de la puerta del salón había varias cajas de cartón apiladas, una sobre otra, formando columnas.

Audrey habló antes de que él preguntase nada.

—Cojines, mantas, jarrones y un largo etcétera de objetos para decorar algunas de las habitaciones.

Él esquivó las cajas y se adentró en el salón. Audrey se fijó en que no llevaba traje sino que iba vestido con pantalones vaqueros y una camisa azul

claro, con las mangas remangadas casi a la altura de los codos. Saltaba a la vista que se había duchado, aunque no afeitado, y a ella le gustó que no lo hubiera hecho; esa barba descuidada y pelirroja le hacía aún más atractivo, como si eso fuera posible. Una mezcla de aroma a champú y perfume llegó a ella.

La noche anterior habían hecho el amor sobre la mesa de la cocina. Repetir entraba dentro de sus planes.

—¿Quieres una copa?

Los ojos de él brillaron con intensidad y no hacia la botella concretamente.

—Llevo mucho tiempo fuera del mercado, no tengo ni idea de cómo se hace esto.

—Hasta ahora vas bien —comentó ella.

Él se relajó al oír aquello.

Audrey no pudo más que sonreír para sus adentros. Estaba nervioso, saltaba a la vista, no sabía qué hacer con las manos, quizá por esa razón decidió introducirlas en los bolsillos. Miraba a todas partes menos a ella. Esa timidez le hacía aún más deseable.

Alan deseó que le tragase la tierra, no tenía ni idea de cómo tomar la iniciativa. Lo de la noche anterior había sido espontáneo, para nada planeado. La deseaba más que nada en el mundo, pero estaba desentrenado, un paso en falso y todo podía darse por perdido.

Debía reconocer que le encantaba el peto desteñido y con manchas de pintura que Audrey solía llevar cuando estaba metida de lleno en su trabajo, incluso esa vieja camiseta la hacía parecer sexy. Su pelo estaba revuelto, la boca entreabierta, como si deseara ser besada, y los ojos brillantes y expectantes.

—Esto está quedando genial —afirmó él mirando a todas partes menos a ella—. Estás haciendo un trabajo magnífico.

—Alan, mírame.

Él se obligó a centrar la mirada en ella.

Audrey alzó una ceja con expresión retadora.

—Saca las manos de los bolsillos.

Él obedeció en el acto.

Audrey no pudo contener una sonrisa. La tensión que sentía en la zona de la pelvis le indicaba que estaba excitada, preparada para él.

—¿Te apetece una copa de champán?

Él no respondió, se limitó a mirarla con un vivo deseo.

—Al parecer no quieres —dijo ella sin poder quitarle los ojos de encima. Dejó la botella sobre una de las cajas. Desató el peto sin dejar de mirarlo y bajó los pantalones, arrastrando con ellos las braguitas, después sacó por la cabeza la vieja camiseta. Le escuchó respirar con dificultad, ella tuvo que ocultar su sonrisa de satisfacción. Se desabrochó el sujetador y sus pechos bailaron en el aire.

Aquello fue más de lo que pudo soportar Alan. Se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla casi con desesperación, profundizó en el beso duro y húmedo. Sus manos, que minutos antes habían estado en el interior de sus bolsillos, ahora no podían estar quietas, recorrieron el costado de sus pechos hasta llegar a sus glúteos y luego volvieron a subir hasta el centro de los omoplatos.

—Joder, eres lo más increíble que he tenido entre mis manos —dijo Alan contra su boca.

Ella se excitó aún más y lo arrastró al sofá, lo empujó hasta tenerlo donde lo quería. Se sentó a horcajadas y comenzó a desatarle los botones de la camisa.

Alan no se hizo esperar, sus manos comenzaron a amasar el trasero de ella, luego el interior de los muslos. Le encantaba la suavidad de su piel. Subió un poco más arriba hasta que sus dedos se encontraron con la humedad que tanto anhelaba y acarició suavemente el clítoris. Audrey soltó un gemido y dejó los botones de la camisa, la tarea le resultaba de lo más complicada mientras él tuviese las manos entre sus piernas.

—Me encantaría besarte aquí.

Ella se mordió el labio inferior y se abrió más para él. Alan introdujo un dedo y luego dos entre los pliegues húmedos, los metió y sacó varias veces hasta llevarla al clímax, que llegó rápido y de forma inesperada.

Alan se afanó por quitarse la camisa, la tiró sobre el sillón y levantó en volandas a Audrey con él. Ella aún estaba consumida por el orgasmo, pero sus piernas se enredaron en las caderas de él para no caer. La llevó hasta la habitación y no pudo evitar fijarse en la cama con dosel que había en ella.

No tenía ni idea de por qué a las mujeres les gustaba una cama de ese tipo, ni siquiera pensó en la respuesta, la tiró sobre el colchón y de forma inmediata, sin poder soportar un segundo más de agonía, le abrió las piernas.

Audrey suspiró y se rindió ante la evidencia cuando él la besó en la parte más íntima de su cuerpo. Se revolvió sobre el colchón y arqueó la espalda cuando comprobó que un nuevo orgasmo estaba a punto de llegar.

—Ahora, Alan —gritó ella.

Él succionó y jugó con su lengua entre los pliegues húmedos del sexo.

—Alan, te quiero dentro de mí.

Él se incorporó, se quitó lo más deprisa que pudo el cinturón y desabrochó el botón de sus vaqueros, los bajó sin perder ni un solo minuto.

El miembro erecto y duro apareció, él lo acarició y, como si eso fuera posible, se puso más rígido.

Alan se dejó caer, su boca se perdió en un pezón de ella y luego en otro, ascendió despacio dejando un reguero de besos sobre su clavícula, su cuello y la línea de su mandíbula. Sacó de unos de los bolsillos de su pantalón un preservativo, rasgó el envoltorio con los dientes y se lo colocó. A continuación, su boca volvió a perderse en la boca de ella mientras el pene chocaba en la suave y húmeda hendidura.

—Ahora —gritó ella, casi con desesperación.

Él se limitó a obedecer. Empujó con fuerza y su sexo duro entró de una sola embestida. Alan gimió con fuerza al sentir las paredes estrechas que lo recibían y Audrey, como respuesta a la invasión, gritó de nuevo. Las embestidas se hicieron más violentas a medida que el sexo de ella se aferraba a él. No había vuelta atrás, imposible. Después de unos minutos todo se nubló y el orgasmo les pilló a los dos bañados en sudor.

—Dime, por favor que entre nosotros puede haber algo más que sexo.

Ella escuchó a Alan perfectamente, cómo no hacerlo si aún estaba sobre su cuerpo con los últimos espasmos de un orgasmo intenso.

Pero decidió no comentar nada al respecto, todo era contradictorio. Se limitó a besarlo y a encenderlo de nuevo. Alan no tardó en satisfacerla porque aún estaba duro dentro de ella.

Alan pensó que si fuese más feliz se rompería todo su cuerpo en cientos de miles de moléculas. Había transcurrido una semana desde de que él había llamado a la puerta del apartamento de Audrey. Después de esa noche se

habían sucedido seis más y cada cual más increíble y maravillosa. Generalmente era Audrey quién cruzaba el pequeño pasillo que separaba ambas puertas. Nunca se quedaba más de lo necesario, que Cody les pillase en la cama juntos podía ser complicado. Despertar sin ella a su lado era como un castigo, pero poco podía hacer al respecto.

Esa misma mañana había llegado tarde al trabajo. Sonrió al recordar el maratón de sexo matinal con Audrey. Después de llevar a Cody al colegio no se había podido resistir y había vuelto al bloque de apartamentos con una sola idea en mente.

Audrey le había abierto la puerta con una enorme sonrisa y una camisola de *Minnie*. Él se la quitó en menos de dos segundos, después se la llevó a la cama. No hubo ningún tipo de preliminares, ambos sabían que el tiempo que compartían era escaso y a contrarreloj. La deseaba de una manera que hasta a él mismo le asustaba. Había inhalado el aroma de su champú mientras deslizaba los dedos en su sedoso cabello sobre la almohada. Fue en ese mismo instante cuando sus bocas hambrientas se encontraron, cuando el contacto se convirtió en un beso lento y húmedo, cuando la colocó de rodillas, le separó los muslos y se deslizó dentro de ella sin poder evitar ese gemido de placer que le producía penetrarla. Audrey era su puerto seguro después de la tempestad que había sacudido su vida tras la marcha de Elise.

Reconocía que no había avanzado con respecto a Audrey. Quizá ninguno de los dos deseaba aún ponerle nombre a lo que estaban viviendo, pero de lo que estaba seguro es que era algo más de sexo. Necesitaba tiempo y tenía el presentimiento de que no le quedaba mucho.

Releyó por enésima vez el informe que tenía entre las manos. La idea de trabajar le pesaba como una losa y las horas parecían conspirar contra él porque no avanzaban tan rápido como él le gustaría.

—Alex está de un humor de perros.

Alan se sobresaltó en su sillón y echó una mirada reprobatoria a Martin.

—¿Nadie te ha enseñado a llamar a la puerta?

Martin levantó ambas manos, como si así pudiera detener las palabras de su amigo.

—¿Tú también?

Alan dejó caer de mala manera el informe sobre la mesa.

—¿Yo también, qué?

Martin se sentó en una de las sillas frente a Alan, solo la mesa les

separaba.

—Martin, tengo mucho trabajo —intervino con un tono de reproche e invitándole a que se largara, pero el susodicho no se movió para fastidio de Alan—. Está bien, ¿qué ocurre? —claudicó sin demasiadas ganas y a sabiendas de que Martin no saldría de su despacho así sin más.

—Tío, ¿en serio has rechazado a Alex?

Alan se levantó del sillón y sus hombros adoptaron una postura defensiva.

—¿Es el nuevo rumor de la oficina?

—No, es el nuevo rumor de todo Edimburgo, de Escocia, diría yo — señaló con un tono de lo más sarcástico—. Pero tío, ¿en qué coño piensas?

Martin no le dejó responder. Arqueó sus cejas y luego abrió la boca para cerrarla un segundo después, Alan no pudo evitar compararlo con un pez boqueando fuera del agua.

—Es por ella, ¿no? Por esa mujer con la que te interrumpí el rollo la semana pasada.

Alan había sido muy cuidadoso. No había mencionado a Audrey en la oficina, solo se permitía pensar en ella miles de veces al día.

—Alex es maravillosa —comenzó a decir—, pero no quiero rollos en el trabajo, eso complica las cosas.

Martin carraspeó y se levantó de su asiento.

—Déjame que te lo explique porque creo que estás muy oxidado. —La expresión de su amigo era seria y Alan tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír—. Es cierto que un hombre —aclaró— no tiene porqué empezar nada, pero si una mujer te busca, Alan —recalcó su nombre y le señaló con el índice—, si te busca, no puedes rechazarla así como así.

—Por el amor de Dios, Martin, estamos en el siglo veintiuno, no en el diecinueve. Claro que se puede rechazar a una mujer y decirle que no estás interesado en ella. Te recuerdo que no tienen nada de sexo débil —le increpó—. Alex no es una damisela en apuros, simplemente no es mi tipo —subrayó—. No es la mujer que quiero en mi vida.

—Vaya, vaya... por primera vez muestras interés por alguien. Tengo la impresión de que tu polla ha vuelto al mundo de los vivos.

—¡No te pases!

—Esto va mejorando por momentos.

Alan intentó calmarse. Nunca bebía en horas de trabajo, pero esa

conversación lo estaba sacando de sus casillas. Abrió uno de los armarios y sacó una botella de whisky que le había regalado un cliente hacía casi medio año.

—¿Quieres?

—Uno doble —respondió Martin.

Alan ignoró la petición y le sirvió un dedo de licor.

—No tengo hielo, lo siento.

Martin aceptó el vaso.

—¿Desde cuándo bebes en horas de oficina?

—Desde hoy.

Martin silbó con fuerza, luego bebió un trago.

—Joder... —exclamó—. Esto te puede hacer un agujero en la garganta —. No puede ser whisky escocés.

Alan bebió de su vaso. Martin tenía razón, el whisky no era para nada escocés. Lo comprobó mirando la etiqueta. Sin hielo era aún más duro de tragar.

—¿Me vas a decir al menos quién es ella?

Martin se fijó en su amigo. No era propio de Alan esa actitud reservada. Se fijó en su mirada, tenía la impresión que encerraba mil secretos.

—Al menos dime si es algo serio.

—Aún no lo sé —fue la escueta respuesta de Alan.

—Somos amigos, me debes algo más que *aún no lo sé* —comentó Martin, como si la frase en sí misma pudiese derrumbar los pilares en los que sostenía su secreto.

Alan dejó su vaso sobre la mesa. Si daba un trago más, seguramente le tendrían que hacer un injerto. Dar información a Martin era una mala idea, lo sabía, pero en el fondo era un buen tipo, una de las personas que había estado a su lado cuando Elise lo abandonó.

—¿Me prometes que tendrás la boca cerrada?

—Seré una tumba. —Retrocedió unos pasos y abandonó el vaso junto al de Alan.

—Es decoradora.

Martin entrecerró los ojos, como si esperase algo más.

—Y, ¿qué más?

Alan sabía que debía ser escueto en la información que daba. Es más, debería echar a Martin de su despacho, pero en el fondo de su ser, necesitaba

hablar con alguien de Audrey.

—Ahora vive en el apartamento que hay frente al mío.

Martin agitó una mano al aire y le animó a proseguir.

—Tiene veintiocho años, ojos oscuros, morena, cabello largo, preciosa en definitiva. —Aspiró una bocanada de aire y luego la soltó—. Bajo esa preciosa melena hay un cerebro con mil ideas y un gusto increíble. Es inteligente y bella.

—¡Wow!, inteligente y explosiva, una combinación letal. Por tu manera de hablar de ella, tengo la impresión que hay algo más que sexo.

La idea de que Martin tuviera razón le sedujo y le dio miedo al mismo tiempo.

—Poco más te puedo decir. Pero no te voy a engañar, quiero algo más.

—¿Es la razón por la que has rechazado a Alex?

—Una de ellas.

A Martin se le dibujó un rictus amargo en la boca.

—¿Qué ocurre?

—Todo lo que me cuentas de esa misteriosa mujer es fantástico, créeme, y no sabes hasta que punto me alegro por ti, pero tengo la impresión que no fuiste muy caballeroso con Alex.

Alan recordó el momento exacto en el que había rechazado a Alex. Quizá Martin tuviera razón, pero en aquel preciso momento estaba agotado, las consecutivas reuniones y presiones de aquella tarde, no habían ayudado en absoluto. Charles Hole estaba detenido y esperaba que sus abogados, a los que pagaba muy bien, le sacasen de aquel marrón. La presión llegó a ser máxima.

—Es posible —fue su respuesta.

—Quizá si le enviases unas flores con una disculpa...

—Eso avivaría el fuego —le interrumpió—. No le voy a enviar nada. No quiero nada con ella y Alex debe entender el mensaje, no es complicado para una mujer tan inteligente como ella. Y ahora... tengo trabajo, Martin. He de volver a él.

—Bonita forma de echarme de tu despacho. Al menos dime su nombre.

Alan se sentó, luego se desabrochó el primer botón de su americana y dejó caer la cabeza contra el respaldo del sillón, de pronto se sentía agotado.

—Audrey. Y ahora, lárgate.

—Audrey, bonito nombre.

—¡Lárgate de una vez! —exclamó Alan.

—Echarme así de tu despacho no es nada cortés por tu parte.
—Conozco otras formas, pero no son tan educadas —le dijo sin perder la sonrisa.

Audrey observó cada detalle, cortinas, lámparas, cuadros... todo parecía ir en sintonía. Su trabajo en el apartamento tenía los días contados. Si fueran otras las circunstancias lo estaría celebrando con una copa de vino, pero en esta ocasión, no. No dejaría atrás solo un trabajo bien hecho sino también a Cody y a Alan. La sola idea le produjo un escalofrío, pero sabía que no había vuelta atrás. El sexo con Alan era increíblemente bueno, pero no tanto como para que ella renunciase a su sueño. Además ellos eran una familia bien avenida y no deseaba interferir.

Hacía media hora escasa que un nuevo cliente la había llamado. En esta ocasión se trataba un pequeño hotel en Trosa, Suecia. Sin duda era una oferta que no quería ni debía rechazar.

Se recostó contra el marco de la puerta y se humedeció los labios. La sola idea de partir ya era dolorosa, pero cuanto más tiempo transcurriera allí, en Edimburgo, más amarga y dolorosa sería su marcha.

El sonido de su móvil la sacó de sus cavilaciones. Leyó el nombre de su hermano en la pantalla y no pudo evitar sonreír. Descolgó.

—¿Cómo está mi hermano favorito?

—No tienes otro; así que no me hagas la pelota, por favor.

Ella no pudo más que ampliar su sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó mientras observaba el color rosa de las uñas de sus pies. Ese era otro de sus defectos, la encantaba andar descalza.

—Sí. Brian y yo queremos invitarte a almorzar, si no tienes planes.

—Suená bien.

—Te aseguro que sabrá mejor. Brian preparará tortellini al pesto y cuatro quesos, no te arrepentirás.

A ella le gustó la idea. Les podría hablar de su próximo proyecto.

—Suená demasiado bien como para dejarlo pasar. ¿A qué hora?

Audrey asintió cuando su hermano le indicó la dirección y la hora. Miró el imponente reloj que presidía el salón con la elegancia y el toque clásico que solían dar los números romanos. Pensó que aún le quedaba tiempo para una

ducha relajante.

—¿Así que Suecia?

Audrey se relamió los labios, Angus tenía razón, los tortellini al pesto con cuatro quesos estaban endemoniadamente buenos.

—Este plato es exquisito —comentó, eludiendo así, de forma deliberada, la pregunta de su hermano.

Brian sonrió y le dio las gracias.

—Los prepararé todas las veces que vengas a vernos, que espero que sean muchas.

Audrey pensó que volver a Edimburgo era regresar de nuevo a Alan y Cody y ella necesitaba una despedida antes de que las cosas entre ellos se complicasen más.

—No te vayas por las ramas, Audrey. Cuéntanos más sobre ese nuevo proyecto —presionó su hermano.

La aludida dejó el tenedor apoyado en el borde del plato, a continuación se pasó una bonita servilleta de lino por los labios. Nunca imaginó que su hermano se decantaría por el lino en vez del rollo de papel de cocina en la mesa. Estaba claro que había cosas que podían cambiar con el paso de los años.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Todo —respondieron los dos anfitriones al mismo tiempo.

Ella no pudo más que esbozar una sonrisa. Cogió su copa de vino y bebió un trago largo. Le gustaba organizar sus pensamientos antes de hablar, era algo que había aprendido mientras trabajaba y casi sin pretenderlo lo había extrapolado a su vida privada.

—Mis trabajos suelen ser así —comenzó a decir—, el boca a boca es la mejor publicidad que existe. Un cliente queda satisfecho con mi trabajo y se lo dice a otro empresario y así sucesivamente.

—Lo que te lleva a viajar por todo el mundo.

Audrey observó a Brian que era el que había realizado la pregunta, parecía interesado en su ocupación. Tenía los antebrazos apoyados sobre la mesa y la miraba con expectación. Su hermano, a su lado, parecía tener el mismo interés.

—No todo el mundo —aclaró—. Estados Unidos, parte de Sudamérica... Argentina o Chile, generalmente. Y Europa.

—No está mal —señaló Brian con la mirada fija en ella.

—Supongo que no —comentó Audrey, dando de nuevo otro sorbo de vino.

—¿Siempre son empresarios los que acuden a ti? —preguntó Brian interesado.

—Sí —respondió ella. Los bonitos ojos de Audrey parecieron sonreír—. Son los que tienen dinero para más excentricidades. El apartamento en el que estoy trabajando ahora —explicó— es de un importante empresario de Edimburgo que quiere alquilarlo. En este caso se podría decir que es más un favor personal, porque mis encargos suelen ser mucho más grandes.

—Como es el caso de ese hotel en Suecia —añadió Brian.

—En Trosa —precisó Audrey—, me espera un pequeño y encantador hotel, pero he trabajado en hoteles increíbles que serían el sueño de muchos, en los que pasar una noche en algunas de sus suites bien podrían costar el sueldo de una persona de clase media.

—Sin duda es impresionante, se podría decir que preparas la cama a los cantantes de rock, políticos y millonarios.

Los tres se echaron a reír ante la ocurrencia de Brian.

—Estoy orgulloso de ti.

Audrey inspiró hondo ante las palabras de su hermano.

—Gracias, Angus.

—Será mejor que recoja la mesa; así vosotros podréis hablar de vuestras cosas —sugirió Brian a la vez que guiñaba un ojo con un gesto de lo más cómplice.

Angus se limitó a mirarlo con cariño. Cuando fue a recoger su plato, su hermano le acarició la mano.

«Eso es amor», pensó Audrey. No pudo evitar sentir cierta envidia sana, si es que en realidad se pudiese sobrellevar ese tipo de sentimiento o enojo de forma saludable.

Cuando Brian se colocó a su espalda para recoger sus cubiertos y plato, Audrey le regaló una sonrisa.

—Muchas gracias.

—Estoy feliz y encantado de que hoy estés aquí, Audrey.

Ella no supo qué responder. Las palabras de Brian le habían

emocionado.

Brian se retiró y los dos hermanos se quedaron solos.

—Tenéis un piso muy bonito.

Angus asintió mientras jugaba con un corcho, exactamente el de la botella de vino.

—Es una combinación de ambos —dijo al fin—. Brian es más exótico, le encanta todo lo relacionado con África, yo soy más europeo —sonrió—, pero los dos estilos congenian a la perfección.

Audrey supo que su hermano no hablaba solo de la decoración.

—Ahora, háblame de eso que te preocupa.

Audrey se hizo la desentendida.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes de sobra.

Ella se fijó en algunos de los muebles artesanales de madera oscura que decoraban el salón, dos de las paredes estaban pintadas en tonos ocres que le recordaron a la tierra quemada por el sol y las otras dos, en naranjas, sin duda un homenaje a los atardeceres de África.

Algunas de las figuras y piezas de artesanía que adornaban el salón eran pura admiración al continente que algunos se afanaban en denominar como la cuna de la humanidad.

—Audrey —instó su hermano preocupado.

—Brian no debería haberte comentado nada —repuso con voz sombría.

—Brian me quiere y se preocupa por mí y, por extensión, por ti. ¿Te ha llamado Richard? ¿Es eso?

Ella parpadeó sorprendida. Llevaba días sin acordarse de su antiguo novio y eso le dio que pensar. Alan había conquistado en muy poco tiempo su mundo, sus pensamientos.

—No se trata de Richard.

Esta vez fue su hermano quien la observó con asombro. Él pareció removerse incómodo en su silla.

—¿Estás saliendo con alguien?

Audrey suspiró y deseó que hubiese quedado algo más de vino en la botella.

—Yo no lo llamaría salir.

Angus se dejó caer en el respaldo de su asiento.

—¿Cómo lo llamarías, entonces? —quiso saber su hermano.

—Se podría decir que ambos nos estamos divirtiendo. —Mentir no era lo mejor que sabía hacer, pero al parecer en esta ocasión, la fortuna estaba de su lado.

Su hermano se inclinó hacia adelante y seguidamente, apoyó las manos sobre la mesa.

—Ese tipo de relaciones pueden llegar a resultar peligrosas.

—No sé por qué. —Audrey le desafió con la mirada.

—¿Le conocías con anterioridad?

Ella se limitó a mover la cabeza de un lado para otro.

—Y, ¿se puede saber a qué se dedica?

—Es abogado.

—Abogado —repitió Angus más para sí mismo que para Audrey.

—No te voy a contar más, Angus. —dijo con determinación.

—¿Por qué no?

—Porque muy pronto será agua pasada.

—Audrey, te recuerdo que conozco cada uno de tus gestos, de pequeño me prometí a mí mismo que debía memorizarlos todos para saber cuándo mentías o cuándo decías la verdad.

Ella bajó la mirada, incómoda, hacia el mantel. Al parecer estaba equivocada, la diosa Fortuna se había esfumado como por arte de magia.

—Han pasado muchos años, Angus.

—Mamá decía que nunca podrías deshacerte de la niña que habitaba en ti. —Audrey levantó la cabeza y fijó su mirada en su hermano. Era extraño que sacase a colación a la madre de ambos. La relación con ella no era excesivamente buena que digamos—. Te pasabas horas delante de aquella casa de muñecas, te encantaba coser y canturreabas cuando lo hacías.

—Sigo haciéndolo.

—Me lo imaginaba —comentó Angus con una sonrisa de oreja a oreja.

—El pasado debe quedar atrás, removerlo significa que no estás implicado con el presente.

—En cierta medida tienes razón, pero no olvides, Audrey, que los sentimientos no saben de temporalidad. Pueden ser intensos y hay que saber controlarlos o podrías salir herida. Te conozco bien, no eres de las que se lo juegan todo a una carta —concretó—. El sexo nunca podrá remplazar ese hueco vacío en el estómago, ese que en numerosas ocasiones uno no encuentra con qué tapanlo.

—¿Lo dices por experiencia?

—Tú lo sabes mejor que nadie.

Ella aspiró con fuerza. Era muy consciente de quién había creado ese hueco vacío al que hacía referencia Angus, no eran otros que sus padres al negarse a aceptar a Brian. Pero por otro lado la conversación con Angus la agobiaba, no quería ver la realidad, solo deseaba vivir el momento, sentirse deseada y abrumada por un hombre guapo. ¿Era tanto pedir?

—Será mejor que me vaya —comentó sin más.

—Audrey...—le advirtió su hermano—. No hagas eso por favor.

—¿Que no haga qué? —preguntó ella ya de pie.

—Huir.

—Yo no huyo ni busco la aceptación de nadie, solo sueño con una vida mejor. —Dejó caer la servilleta sobre la mesa. Sintió una poderosa mariposa revolotear por su estómago, síntoma de que estaba nerviosa, de que no debía enfrentarse a su hermano, el único ser humano que la quería de verdad. Pero ya era demasiado tarde, siempre lo estropeaba todo—. Será mejor que me vaya.

Estaba demasiado enfadada como para disculparse. Se dirigió a la puerta y casi se tropezó con Brian, que llevaba una enorme tarta de chocolate entre las manos.

—¿No quieres el postre? —preguntó inseguro sin poder evitar echar una mirada de soslayo a Angus.

—El postre ya me lo he tragado, gracias —apuntó de mala gana—. Lo siento mucho, Brian.

La puerta se cerró después de que ella saliera.

CAPÍTULO 11

No tenía ni idea de lo que hacía allí, en el salón de Alan y Cody. Miró al televisor y no pudo evitar sentir cierta empatía con el ratón Jerry que huía velozmente de Tom, un gato tonto y torpe.

Cody, sentado a su lado, volvió la cabeza y la observó con precaución.

—Puedo cambiar de canal, si quieres.

La culpabilidad la golpeó con fuerza. Debería volver al apartamento y hacer las maletas en vez de estar sentada en un sofá que no le pertenecía ni nunca lo haría, pero no, allí estaba porque el niño había llamado a su puerta y le había mostrado una de sus mejores sonrisas que no pudo evitar comparar con un rostro angelical. Le había invitado a comer palomitas y ver una película de dinosaurios, estaba claro que el regalo de su abuela había hecho mella en él. Ahora se le ocurrían decenas de disculpas diferentes, cada cual más buena. Sin embargo en aquel instante, su mente se quedó bloqueada, en blanco.

Además había otro motivo para aceptar la invitación, no deseaba pensar en la conversación que había mantenido con Angus horas antes. Su hermano no se había puesto en contacto con ella, aunque tampoco lo esperaba porque el mayor defecto de Angus era el orgullo, algo que ambos habían heredado de su padre.

—No, Cody, no es necesario.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el niño sin poder evitar un gesto de aversión. La idea de que Audrey vomitase sobre él no le hacía ninguna gracia.

—Estoy segura de que mañana me encontraré mejor. —Se levantó del sofá con una única idea en mente: largarse.

En ese instante apareció un sonriente Alan con un enorme bol de palomitas entre las manos. Ella bajó la mirada, claramente incómoda.

—Me tengo que ir.

Alan abrió la boca y la cerró inmediatamente sin saber muy bien qué decir. Frunció el ceño cuando Audrey pasó a su lado. Él reaccionó de forma automática, se acercó a su hijo y le entregó el bol.

—Vengo en un minuto.

—Y, ¿la película? —preguntó el niño.

—Un minuto, Cody, por favor. —Alan levantó el índice para dar más énfasis a su respuesta.

—Eyyy...—Alan la alcanzó en el último segundo, colocó su mano sobre la de Audrey antes de que ella abriese la puerta.

—¿Qué sucede?

Ella no se dejó intimidar. Estaba enfadada con el mundo, y aunque supiera que era un horror sentirse así, no podía hacer nada para evitarlo..., por ahora. ¿Por qué las cosas se tornaban tan difíciles?

—No sucede nada, Alan. Me tengo que ir, eso es todo.

Él no creyó ni una sola palabra.

—¿Podemos hablar...?

—Alan, por favor —le suplicó ella, deseando desaparecer y olvidarse de ellos, aunque sabía que eso iba a resultar imposible. Alan y Cody, en muy poco tiempo, se habían colado en su corazón. No tenía ni idea de cómo había podido suceder, pero esa sensación ahí estaba, germinando—. No deberíamos complicar más la situación.

—Está bien —claudicó él, intentando ganar tiempo. No tenía ni idea de cómo manejar la situación. Lo único que tenía claro era que Audrey se alejaba a pasos agigantados y esa sensación no le gustaba en absoluto—. Dame una razón para que pueda entenderlo.

—Hace falta más valor para quedarse que para marcharse.

Alan sintió la necesidad de acercarse más a ella, pero no se movió de su posición.

—Necesito que seas más precisa, Audrey.

—Toda la vida he querido ser independiente, ser libre, autónoma, no tener que deber nada a nadie. —hizo una pausa que Alan respetó pacientemente—. Quizá para demostrarle a mi padre que puedo valerme sola. La relación entre nosotros últimamente no es muy buena, que digamos. —Miró hacia el suelo para ocultar su tristeza, ese sentimiento que parecía no querer abandonarla. Levantó de nuevo la mirada. —Y aquí estoy, confusa y sin saber muy bien qué hacer.

—Audrey...—comenzó a decir él.

—Eres maravilloso, ¿lo sabes? —le interrumpió ella a la vez que le acariciaba la mejilla, un segundo después, dejó caer la mano.

Alan no supo cómo tomarse el cumplido. No tenía ni idea de cómo gestionar toda esa información.

—Bien, gracias, creo —dijo con tacto—. ¿Ese es el motivo por el que te quieres ir? ¿Porque soy maravilloso o porque te confundo? Podemos hablar, Audrey.

Ella lo miró fijamente a los ojos. Eran de un azul diferente, hipnótico, que se clavaron en su pupila con intensidad. Quizá fuese en ese momento cuando se percató de lo que estaba sucediendo, cuando se confirmó su sospecha: lo quería todo. Estaba enamorada. Deseaba ser parte de la familia Reig. La idea la pilló desprevenida y eso la inquietó. Había dejado a Richard porque no deseaba formar una familia con él, pero sí anhelaba formar parte de Cody y Alan.

Estaba claro que se estaba volviendo loca, la idea en sí era descabellada, sin sentido alguno. Solo era sexo, pensó, pero en el fondo sabía que se equivocaba.

—No podemos implicar a Cody en esto.

Alan suspiró profundamente, dejó caer la mano y la colocó en la cadera.

Ella sintió la necesidad de su contacto, pero no hizo nada al respecto.

—No te lo tomes a mal, Audrey, pero creo que eres tú quien implica a Cody —comenzó a decir con cautela—. No nos ha visto ni darnos un beso, hemos sido muy cuidadosos al respecto. Él piensa como un niño de siete años, que eres nuestra amiga y eso le basta por ahora.

Audrey tragó saliva con dificultad. Alan estaba en lo cierto, era ella quien estaba complicando las cosas porque deseaba más cosas de las que algún día podría tener.

—He discutido con mi hermano y sin pretenderlo he metido a Brian en el mismo saco, lo estropeo todo —se quejó.

Alan arqueó ambas cejas. Se armó de paciencia antes de preguntar:

—¿Quién es Brian? —Se pasó la mano por el pelo con una frustración evidente. Estaba claro que sabía muy poco de Audrey, era como un cofre cerrado bajo siete llaves, pero en el fondo le gustaba ir quitando cada capa de su coraza. Había algo en ella que le atraía, que le volvía loco, y no solo en la cama—. Audrey, no te voy a juzgar.

Ella se sintió como una estúpida, no le había hablado casi de su familia ni de ella misma porque había estado muy ocupada perfeccionando la coraza que la protegía del resto del mundo.

—La persona de la que está enamorado mi hermano, su pareja.

—Bien —dijo—. ¿Quieres comentarme lo ocurrido?

A ella le gustó que aceptase a Brian sin preguntas comprometedoras ni dudas; eso significaba que también aceptaba a Angus. Sopesó la respuesta que debía dar. Si lo hacía, era dar un paso más al abismo. No podía encariñarse más con ellos.

—Papá, la película va a comenzar ya, ¿vienes?

Alan suspiró resignado.

—Enseguida voy, hijo.

—Me estoy comiendo todas las palomitas...y ya ha pasado un minuto.

La voz de Cody fue como un jarro de agua fría para ella.

Alan se pellizó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—Por el amor de Dios, no tiene ni idea de cómo se mide el tiempo y menos de lo que es un minuto —se quejó.

Él reparó en que ella sonreía.

—Será mejor que vayas, te necesita.

Alan empezó a fruncir poco a poco el entrecejo.

—Y yo a ti. —La sujetó con suavidad por el antebrazo—. Quédate, por favor.

—Papá... —Sin duda Cody parecía perder la paciencia—. ¿Vienes o no?

—Alan, por favor. No lo hagamos más difícil, ¿de acuerdo?

Él, resignado, la soltó. Tenía la impresión de estar perdiendo algo bueno.

—Hagamos una cosa —improvisó—, Cody se quedará a dormir mañana en casa de mi madre, salgamos a cenar y hablemos.

No habían tenido una sola cita y quizá ese fuera el problema, pensó Alan. Su relación hasta ahora se había basado en el sexo, en un sexo fantástico y maravilloso, no obstante, ambos necesitaban más, eso estaba claro.

Ella se humedeció los labios y tomó aire antes de contestar.

—Está bien —cedió—. Salgamos a cenar y te hablaré de mis meteduras de pata y mis proezas.

—¿Eso es una promesa?

Ella deseó besarle, perderse en sus brazos, sin embargo, no se movió, no quería complicar las cosas.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? Soy una mujer de palabra.

—¿A las ocho?

—De acuerdo.

—Te llamo y te confirmo el restaurante.

Fue él quien se acercó a su boca y le dio un beso lento y sensual. Ella deseó más, algo que no estaba al alcance de su mano. Pensó en su próximo trabajo en Suecia y se le cayó el alma a los pies.

Cuando se separaron, Audrey lo observó casi con fascinación. ¿Cómo podía ser tan atractivo, cariñoso, buen padre...? El sueño de cualquier mujer.

—Cody es un niño fantástico, muy inteligente y hace muchas preguntas. —Se vio en la necesidad de decir con el fin de ensalzar las virtudes del pequeño.

—Lo sé, tiene mis genes.

Ella no pudo más que reír ante el comentario.

—¿De verdad que no te apetece ver una película de dinosaurios?

—Estoy muy cansada, Alan. Lo mejor será que vuelva al apartamento.

—De acuerdo —admitió, sintiéndose derrotado—. Entonces, ¿mañana tenemos una cita para cenar?

—Sí.

Él se acercó y depositó un beso suave sobre los labios de ella.

—Papá...

Alan dejó caer la cabeza.

—Lo siento —dijo más resignado que enfadado—. El deber me llama.

Audrey reprimió las lágrimas.

—Lo mejor es que vayas. —Abrió la puerta y la cerró a su espalda. Se sintió más sola que nunca.

¿Qué narices estaba haciendo?, se preguntó mientras buscaba la llave en el interior del bolsillo de su pantalón. Debía asumir su parte de responsabilidad y era mucha, los demás no tenían la culpa de que fuese como una brújula imantada. Metió la llave en la cerradura.

Escuchó unos pasos.

—Buenas noches, señora Harper.

Audrey sonrió al escuchar cerrarse la puerta del piso inferior. Estaba claro que no era la única mujer del edificio que tenía problemas para relacionarse.

Edimburgo, capital de Escocia, una de las ciudades con más encanto y más lluviosas del mundo que atrae a millones de turistas, eso es lo que pensó Audrey bajo su paraguas. El aguacero parecía no tener fin. No pensó cuál iba a ser su siguiente paso, solo corrió sobre el resbaladizo adoquinado hasta encontrar un pequeño saliente que le diese un respiro y cobijo. Había sido un día de lo más extraño y de sentimientos contradictorios. El apartamento ya estaba preparado para recibir nuevos inquilinos, entonces, ¿a qué estaba esperando? Conocía de sobra la respuesta, quizá esa fuese la razón de su tristeza. Observó la calle a través de la cortina de agua y no pudo evitar sentir cierta desazón.

Alan y Cody eran increíblemente maravillosos, sin embargo, ella no podía ser parte de la ecuación. Aspiró con fuerza y percibió el olor a lluvia, ese olor le recordó a su niñez, cuando aún eran una familia feliz.

Volvió a conectar con la realidad, el pasado era mejor dejarlo atrás, nunca traía nada bueno. Respiró hondo el ambiente húmedo que la envolvía, estaba calada hasta los huesos, pero no le importaba. Debía reconocer que le gustaba el aire tenebroso y misterioso que emanaba la ciudad. Era cierto lo que se decía de Edimburgo, que era la ciudad humeante por la cantidad de chimeneas que coronaban los tejados sus viejos edificios. Aquellas calles guardaban celosamente historias, unas más conocidas, otras que jamás saldrían a la luz. Ante ese pensamiento no pudo evitar sentir cierta nostalgia. Decidió que era el momento de salir y encontrarse de nuevo con la lluvia. Bajo el amparo de un pequeño y plegable paraguas se impregnó una vez más de humedad y llovizna.

Siguió caminando sin un destino predeterminado, solo necesitaba perderse unos minutos más. En unos veinte pasos ya había oído hablar castellano, francés e italiano, no pudo evitar comparar Edimburgo a una torre de Babel de aire medieval. Esa misma tarde había visitado la parte que comprendía a la Ciudad Vieja envuelta en un sinfín de callejones y callejuelas que transcurrían de norte a sur y que todas ellas desembocaban en la archiconocida *Royal Mile*, la calle principal y más visitada por los turistas, sin olvidar el maravilloso Castillo de Edimburgo que aún conserva la estructura de los siglos anteriores.

Edimburgo era una ciudad mágica, rincones increíbles y secretos aún por descubrir. Por primera vez en muchos años sentía que encajaba en una

ciudad que parecía acogerla con los brazos abiertos. Eso le dio que pensar.

Miró por enésima vez el reloj en el tiempo que llevaba paseando, aún faltaban un par de horas para su cita con Alan. Ni tan siquiera recordaba cuándo fue la última vez que había ido a cenar con un hombre y por primera vez en meses, pensó que estaba malgastando su vida en su zona de confort. La vida era algo más que trabajar y pasar desapercibida incluso para una misma. La soledad comenzó a ahogarla, pero no deseaba volver al apartamento, después de todo no era su hogar. Decidió que era el momento ideal para visitar a Angus y Brian y disculparse. Con esa idea, y con el paraguas resguardándola de la lluvia se dirigió al pub.

El pub era un hervidero de gente. Audrey tuvo casi que deslizarse entre cuerpos que ocupaban un ínfimo espacio para poder llegar a la barra. Cuando lo hizo, respiró. Había pasado de la soledad más absoluta a un ambiente cargado de murmullos, risas y alcohol. Estaba claro que todos habían parecido tener la misma idea, resguardarse de la llovizna primaveral.

Brian fue el primero que la vio. En cuanto pudo, se acercó a ella.

—Me alegro de verte. Estás empapada —le dijo mientras la miraba con una expresión seria—. ¿Todo bien?

—Necesitaba remojar las ideas, eso es todo.

Brian demudó su gesto de preocupación y le regaló una enorme sonrisa.

Ella sintió un profundo nudo de culpabilidad en el estómago.

—Lo siento.

Brian dejó a un lado la botella que en ese mismo momento sostenía entre las manos.

—Disculpa aceptada.

Audrey pensó que si Brian fuese hetero, seguramente le daría una oportunidad. La sola idea la hizo sonreír.

—¿Cómo está? —preguntó mirando a su hermano, que aún no se había percatado de su presencia.

—Tocado, pero no hundido.

Ella sabía muy bien lo que era esa sensación. Miró a su alrededor.

—¿Qué pasa hoy? —quiso saber haciendo referencia a la gran cantidad de gente que poblaba el local, apiñándose en pequeños grupos.

—Dos cervezas —dijo uno de los clientes que se apostó al lado de Audrey. El hombre la miró de arriba abajo con todo descaro y sonrió

seductoramente. Estaba claro que la camisa húmeda no ayudaba, ya que le marcaba los senos de manera provocativa. Audrey intentó cerrarse el chaquetón, pero sus dedos amoratados y torpes por la humedad no le facilitaban la tarea. Se removió intranquila en el pequeño espacio del que disponía, conocía perfectamente el significado de esa sonrisa y la ignoró deliberadamente.

Brian sirvió el par de consumiciones en un tiempo récord. El cliente pagó sin prisa.

—No sabes lo que te pierdes —le dijo a Audrey.

Ella tuvo que aclararse la garganta.

—¿Por qué no te pones detrás de la barra y nos echas una mano? En aquel extremo encontrarás una toalla limpia con la que podrás secarte —le sugirió Brian.

La petición pilló por sorpresa a Audrey.

—¿Hablas en serio?

Brian rió con ganas.

—Tengo entendido que tienes experiencia.

—Mi hermano es un bocazas.

—Entre otras cosas —comentó un divertido Brian—. Te sentará bien estar ocupada.

No se lo pensó dos veces, se coló y pensó que aquello era como montar en bicicleta, una vez que aprendías nunca lo olvidabas. Estar en el otro extremo de la barra te permitía observar de otra manera a la gente, no tenía ni idea del por qué, pero así era. Las horas que había pasado trabajando de camarera cuando estudiaba en la universidad bien habían merecido la pena. Lo que aprendías tras una barra nunca lo olvidabas.

—Me caes bien, Brian.

—Me alegra saberlo —le dijo él—. Después de todo soy tu cuñado, parte de la familia.

«Familia».

Audrey enderezó los hombros.

—Tienes más razón que un santo.

—Allí está la toalla. Pero si lo prefieres, ve al baño.

—La toalla estará bien, gracias.

—De acuerdo. —Brian le frotó el brazo—. A trabajar.

Audrey se quitó el abrigo y lo dejó sobre unos bidones. La vista desde

allí daba vértigo. Supo antes de comenzar que la experiencia le iba a gustar. Se giró con la toalla en la mano y tropezó con alguien, era Angus. Él la observó sin pestañear, con intensidad, y ella distinguió de inmediato esa expresión de desdén que solo una hermana reconoce.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Brian me ha invitado.

Los dos hermanos dirigieron la mirada a Brian. Este pareció darse cuenta porque mientras servía una copa de vino tinto, se llevó la mano, con los dedos juntos, a la sien, como si de un saludo militar se tratase.

Angus se volvió a ella, como si hubiese entendido perfectamente el mensaje.

—Espero que puedas perdonarme —dijo ella antes de que su hermano la echase a patadas de allí. Por primera vez en mucho tiempo parecía sentirse parte de algo. Alan, Cody, Angus, Brian.

El murmullo de las voces pululaba por el aire mientras la extraordinaria voz de Sira se entremezclaba con las conversaciones. La tensión entre los hermanos era más que evidente. Al fin, Angus habló.

—¿Tengo opción?

Ella dejó escapar un gemido de sorpresa y luego le golpeó con la palma de la mano en el hombro. La expresiva boca de Angus se curvó en una gran sonrisa.

—No, no la tienes —dijo ella sintiendo un gran alivio.

—Solo porque eres mi hermana, te perdono. Por cierto, ¿estás segura que quieres estar a este lado de la barra?

—Me encantaría echar una mano. —Ella le devolvió la sonrisa.

—Bienvenida. —Angus le pasó la mano por el pelo de forma deliberada y la despeinó, como cuando era niña. Sabía de sobra que su hermana odiaba que él lo hiciera.

Audrey se alejó de él con el ceño fruncido, pero se volvió a tiempo para guiñar un ojo a su hermano, el mejor hombre sobre la faz de la tierra.

—No puedes estar hablando en serio.

—Hay dos montañas más de papeleo y no, no se pueden dejar para

mañana —comentó Martin al leer la pregunta velada en la mirada de Alan—. Son dos casos importantes que han llegado al bufete hace un par de días. Hóle quiere que te pongas con uno de ellos, el otro es para Alex.

—¿Así me agradece que le saque de chirona?

—Venga, Alan, nunca te había visto quejarte por el trabajo. ¿Qué ocurre?

Alan miró la columna de carpetas con cierta resignación. Ya podía despedirse de la cita con Audrey.

—Tengo una cita importante, eso es lo que ocurre.

Martin se sentó en una de las esquinas de la mesa de Alan.

—¿Con algún cliente?

Alan se pasó la mano pesarosa por el rostro.

—No —respondió.

—¿Con la decoradora?

—Se llama Audrey.

—Me gusta su nombre. —Martin sonrió de oreja a oreja.

Alan pensó que Audrey tenía algo más bonito que el nombre. La noche anterior no había disfrutado de la película, ni tan siquiera había seguido el hilo argumental. Tuvo la impresión de que ella tenía una expresión asustadiza, indefensa, y él poco había podido hacer al respecto. Necesitaba ahondar en ella, saber lo que pensaba, lo que quería, de esta forma quizá podría lograr que lo poco que habían creado no se desmoronase como un castillo de naipes.

—¿En qué piensas?

Alan dejó caer la mano y se apoyó en el respaldo de su sillón con expresión pensativa.

—¿Es muy urgente?

—Supongo que no, pero te advierto que Alex ya está con ello.

Alan chaqueó la lengua. Eso solo podía significar una cosa: una competitividad brutal. Alex había dado comienzo a una guerra. Trató de inspirar aire, pero no le llegó a los pulmones. Tiró de la corbata porque le estaba asfixiando.

—¿Vas a anular la cita?

—Supongo que tendré que hacerlo —dijo de un humor de perros. Odiaba dejar a Audrey tirada, pero necesitaba ponerse al día con el caso o las consecuencias podrían ser brutales.

—¿Tú no tienes trabajo?

—Más de lo que quisiera.

—Y, ¿se puede saber qué demonios haces todavía aquí?

La radiante sonrisa de Martin se extinguió por arte de magia.

—Aparte de la documentación, quería entregarte los primeros balances del caso.

—Hay gente que se encarga de eso, Martin.

—Por supuesto que la hay, pero quería pasar a ver a un amigo, imagino que eso no es un delito.

Alan soltó el aliento de golpe, no iba a entrar a la pulla de Martin; así que decidió preguntar:

—¿Podremos impedir que haya juicio?

En esta ocasión fue Martin quien suspiró.

—Hay demasiado dinero en juego, no lo creo, pero tú eres el experto.

—¿De qué se trata?

—Conoces el juego de sobra, Alan. Empresas que compran otras con numerosas y millonarias deudas, luego las desmenuzan y las van vendiendo al mejor postor.

Alan, como bien decía Martin, conocía muy bien ese tipo de engranaje, pero el problema eran los empleados: familias con hijos que perderían su trabajo y la esperanza. Sin duda eran la diana perfecta para que todos los dardos se dirigiesen a ellos, eran los perdedores.

Se adelantó hacia la mesa y apoyó los brazos en ella. Cogió una de las carpetas y la abrió. Estudió el documento antes de hablar.

—Pues sí que corre prisa —comentó con desazón—. ¿Qué ocurrirá con toda esta gente? —preguntó señalando la columna de nombres que estaba dispuesta en la derecha.

Martin estiró el cuello y observó el lugar donde Alan tenía apostado el dedo índice.

—Creí que hacía tiempo que habías dejado de creer en los cuentos de hadas.

Alan cerró de mala gana la carpeta y la tiró sobre la mesa.

—Este mundo se ha vuelto loco.

Martin se incorporó y luego se estiró la americana.

—El mundo es una locura desde que el primer hombre posó un pie en él.

Alan soltó un improperio.

¿Por qué todo se complicaba?

La pregunta quedó suspendida en su mente cuando observó a Alex apostada en el umbral de la puerta de su despacho que, como de costumbre, Martin había dejado entreabierta.

Resopló con fuerza antes de moverse en un terreno cubierto de arenas movedizas.

—Eres buena.

—Lo sé —dijo Audrey con una enorme sonrisa iluminando su rostro.

—Y tu ego también —apuntó Brian. El momento álgido había parecido disminuir y la barra ya no estaba repleta de clientes sedientos que morirían por una cerveza. Ser escocés tenía sus riesgos.

Audrey pasó un paño por la barra, era curioso cómo una persona podía sentirse unida a un espacio en tan poco tiempo; se había movido rápido, escuchando atentamente y memorizando cada comanda y luego había llevado su trabajo a cabo como si nunca se hubiera alejado de una barra. Algunos músculos parecían querer quejarse, pero ella los obvió de inmediato. Se percató de que el éxito no estaba en sí en el local sino en los clientes, y en especial en Brian y Angus, quienes hacían que el pub fuese un lugar cómodo, con excelente ambiente musical. Miró el reloj que estaba situado sobre la caja registradora. ¿Qué había ocurrido? El tiempo se había esfumado como por arte de magia. Aún debía ir al apartamento, ducharse y vestirse para la ocasión. Faltaba menos de media hora para su cita con Alan. Dejó el paño y voló hasta su chaquetón, dentro del bolsillo derecho estaba su móvil.

Encontró lo que buscaba. Era un whastapp de Alan, por algún motivo sin saber muy bien por qué, lo esperaba. El mensaje había sido enviado hacía casi una hora. No pudo evitar sentir exaltación, una sensación que creyó que había desaparecido con Richard.

Pero cuando leyó el mensaje llegó la decepción.

Alan anulaba la cita por motivos de trabajo. Según él tenía un nuevo caso y una montaña de papeles sobre su mesa. El emoticono de corazón al final de la última frase no hizo que el mensaje fuese menos frío.

Estaba harta de la situación, hasta de sí misma.

¿Qué esperaba? Por supuesto, lo de siempre. Cero cariño.

Volvería a casa, recogería sus maletas y se marcharía lejos de

Edimburgo.

Las ganas de llorar se hicieron más evidentes cuando guardó de nuevo el teléfono en el bolsillo. Miró hacia atrás, la barra estaba despejada y Angus y Brian hablaban animadamente en un extremo, como si solo existieran ellos. De pronto se sintió fuera de lugar, desplazada. La increíble voz de Sira, la cantante, no contribuyó a encontrarse mejor.

Todo aquello era una mierda. Lo mejor era poner rumbo a Suecia y olvidarse de Edimburgo, de sus preciosas calles, de su historia y de lo gilipollas que podían ser algunos escoceses.

Por algún motivo que no supo descifrar, su mirada voló a una de las mesas, ocupada por tres personas, dos hombres y una mujer. Su atención se centró en uno de los hombres, un tipo atractivo que dejaba su asiento y que se acercaba al escenario. Sira le recibió con una sonrisa. Él parecía fascinado ante la cantante.

La pareja que había dejado atrás se había quedado en la mesa. La mujer derrochaba cariño y señales sensuales por los cuatro costados, su acompañante, en cambio, parecía reticente a las caricias, más alerta, pero en un descuido del hombre, ella pareció armarse de valor y le plantó un beso en los labios, lento y provocador. Él no supo o no quiso reaccionar. Aquel tipo era un gilipollas de cuidado, no tenía ni idea de leer entre líneas. Al parecer, la mujer debería contraatacar con más fuerza si se lo quería llevar a la cama.

Audrey decidió olvidarse del mensaje y de Alan, pero aún así no pudo más que sonreír ante la escena.

«Cazado, amigo», pensó.

El hombre parecía algo inseguro y nervioso. Se levantó y la silla estuvo a punto de caer al suelo. Se encaminó hacia la barra y Audrey contuvo la respiración unos segundos interminables. El castillo de naipes que ella misma se había esmerado en construir cayó de forma atroz. Ahogó un grito, su corazón se desbocó y las mariposas, que siempre parecían encontrarse a buen resguardo en su estómago, chocaron unas contra otras. Alan Reig la miraba como si se tratase de un fantasma de otra dimensión.

Era una clase de dolor que sabía distinguir, que conocía bien y del que pensó que podría recuperarse, sin embargo, se mentía a sí misma. Los hombres en los que estaba interesada parecían buscar siempre otras mujeres porque ella no estaba preparada para dar el siguiente paso. Se sintió fatal. Impotencia, traición y decepción, todo al mismo tiempo.

Observó por el rabillo del ojo como Angus se acercaba velozmente hasta ella.

—Audrey, ¿estás bien?

Ella no pudo responder porque su mirada seguía fija en la pareja. Alan aumentó el paso y la mujer que le acompañaba, por cierto, bellísima, buscaba con una necesidad imperiosa el motivo por el cual su acompañante se distanciaba de la mesa.

—Estás blanca como esa pared.

Angus señaló una de las paredes del establecimiento, justo la que daba acceso a los lavabos, quizá por esa razón a Audrey le entraron ganas de vomitar.

—Tengo que irme.

—¿Irte, a dónde? —preguntó preocupado su hermano. Brian se había unido a ellos y la observaba con cierta cautela, como si intentara descifrar lo que estaba ocurriendo, pero los dos parecían más perdidos que ella misma.

—Alan está aquí —dijo al fin, casi en un murmullo.

Su hermano ató cabos y preguntó:

—¿El abogado?

Ella asintió como pudo. El nudo que tenía en la garganta la estaba estrangulando.

Era una estúpida, era gilipollas. ¿Cómo había podido creer que entre Alan y ella pudiera haber algo más que sexo? Por el amor de Dios, él debía estar trabajando. De pronto sintió que sus propios pensamientos la ahogaban.

Audrey no se permitió pensar más, salió de la barra, como una automática, y corrió hacia la salida. Escuchó pasos largos detrás de ella, pero no se detuvo, continuó corriendo para asombro de clientes y viandantes.

Huir se había convertido en una necesidad imperiosa. Necesitaba maldecir mil veces a Alan y enviarle directamente al infierno.

—¡Audrey!

Ella escuchó su nombre y a punto estuvo de detenerse, pero en el último segundo, se lo pensó mejor y echó a correr de nuevo. Desoyó a propósito su nombre cuando él la volvió a llamar.

La voz de Alan se hizo más apremiante, sin embargo, se obligó a no sentir, a no pensar. Las lágrimas ya bañaban su rostro y la asfixia de la decepción se hizo más que evidente cuando su respiración se agitó más, tenía la impresión de que los pulmones le habían dejado de funcionar. Aún llovía,

cómo no. En Edimburgo siempre llueve, pensó.

Levantó de forma mecánica el brazo y un taxi se detuvo ante ella. Los milagros a veces existen. Abrió la puerta, se subió al coche y deseó con toda su alma haber salido de la vida de Alan.

—Joder, joder, joder...

La había jodido, pero bien. Volvió a entrar en el pub con un humor de mil demonios. ¿Pero en qué había estado pensando cuándo Alex le sugirió hablar de los casos que tenían entre manos en un pub?!

Se frotó con fuerza la frente con la yema de los dedos y con la respiración agitada. Era un reunión de trabajo, joder, lo era. Había sido un estúpido al creer que si tomaban algo mientras hablaban y se ponían al día, Alex no avanzaría más en el caso y podría escabullirse para poder estar con Audrey.

¿Pero qué cojones hacía ella allí? Detrás de una barra.

Maldito destino.

La frustración lo invadió de tal forma que quería golpear cualquier cosa que se interpusiera a su paso.

Alex lo había pillado desprevenido, no la había visto venir. Había aprovechado el momento en el que Martin abandonó la mesa para hablar con Sira para besarlo.

¿Cuánto había tardado él en reaccionar?

Uno, dos segundos a lo sumo, pero no había sido suficiente porque el daño ya estaba hecho. El rostro de ella le vino a la mente, le había hecho daño y eso no podría perdonárselo nunca.

—¿Pero qué coño ha pasado? —preguntó Martin cuando lo vio entrar de nuevo en el pub.

Alan, que hasta ahora había mirado en todo momento hacía el suelo, levantó la mirada. Al parecer debía de tratarse de una mirada asesina porque Martin dio un paso atrás.

—Me voy a casa. —Eso fue lo único que pudo decir—. Necesito mi americana.

Miró en dirección a la mesa donde había estado sentado. Alex seguía allí, de pie, expectante, como si no tuviera ni idea de cuál debía ser su siguiente paso.

—¿Quién narices eres tú?

Alan no estaba seguro de haber entendido bien. Se volvió y vio a dos hombres, uno de ellos tenía una expresión retadora, como si quisiera destrozarle la cara a puñetazos.

Alan no entendía ni una palabra.

—Mi hermana ha salido destrozada del local —vociferó Angus. La música había cesado hacía un buen rato y los clientes se volvieron de repente, meros espectadores—. ¿Tú eres el abogado?

Alan aspiró el aire viciado del pub.

—Soy Alan Reig y he de suponer que tú eres Angus, el hermano de Audrey.

Angus acortó distancias, ni tan siquiera la mano de Brian lo pudo detener.

—Espero por tu bien que no hagas sufrir a mi hermana porque te juro por lo más sagrado que te romperé la cara en dos.

Alan no se amedrantó, es más deseaba que le rompiese la cara por estúpido.

—Quiero a tu hermana. —Fue lo único que se le ocurrió decir en su defensa ya que todos los demás cargos apuntaban a él.

—Bonita manera de demostrarlo. —La altivez de Angus no pasó desapercibida para Alan. No se movió del sitio. Sintió una punzada de ira, pero no lo dio a mostrar—. ¿Estás interesado por una mujer y besas a otra?

En ese momento, Martin se acercó con la americana de Alan.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió en voz baja—. Esto se está poniendo feo.

Pero Alan no se movió; es más desafió a Angus con la mirada. Sus ojos estaban inyectados de furia y dolor.

—Aunque no lo creas, la quiero.

Angus abrió mucho los ojos.

—¿Dices que la quieres y permites que otra mujer te meta la lengua en la boca?

Aquellas palabras fueron el detonante, más de lo que podía aguantar Alan. Levantó el brazo con el puño cerrado, pero Brian se le adelantó y

estampó el suyo contra la mejilla izquierda del abogado.

Alan se tambaleó, pero no cayó al suelo. Se llevó la mano a la dolorida mejilla. Se lo tenía merecido, pero quería desahogarse, necesitaba la revancha y lo habría logrado, si Martin no hubiese tirado de él y lo hubiese sacado a la fuerza fuera del local.

—¿Qué cojones haces? —gritó Alan con la única intención de volver dentro.

—Salvar tu bonita cara, eso es lo que hago.

Fue en ese momento cuando Alan comprobó que había perdido más que la dignidad, también había perdido a Audrey.

Se dejó arrastrar por su amigo hasta un taxi. El dolor del golpe se unió al del corazón.

La había jodido. A su mente regresó la mirada de decepción de Audrey, ese fue el peor de sus castigos.

CAPÍTULO 12

No tenía ni idea de qué hacía allí. Debería estar ya en Trosa, Suecia. Dejó la maleta en el suelo y observó la casa de su niñez, la casa donde había crecido, donde se había hecho mujer y donde sus sueños habían comenzado a crecer.

Cerró los ojos durante un par de segundos. La idea de volar a Irlanda la había tomado en el último minuto, antes de subirse al taxi que la llevaría al aeropuerto.

No había encontrado vuelo para Cork; así que se tuvo que conformar con volar hasta Dublín. Una vez allí, alquiló un coche para llegar a Kinsale casi tres horas más tarde.

El atardecer imprimía carácter a la casa. La vivienda seguía teniendo ese encanto especial que a ella tanto le gustaba y admiraba a pesar del paso de los años. Fue una herencia de sus abuelos a su padre cuando estos murieron. Necesitaba una mano de pintura, pero poco más. Las macetas con flores en el alféizar que decoraban las ventanas eran cosa de su madre, estaba segura.

Tuvo sentimientos enfrentados, sin embargo ya era demasiado tarde para volver atrás. Angus tenía razón, siempre huía, se alejaba de lo que le hacía daño. Hasta ahora.

En ese momento, las cortinas de una de las ventanas se movieron para caer a una velocidad pasmosa un instante después. La puerta se abrió de repente y Audrey pudo apreciar la enjuta figura de su madre en el porche.

—Audrey, ¿eres tú?

Audrey logró esbozar una sonrisa, la emoción en su voz era más que evidente. El tiempo no había pasado en balde, había envejecido demasiado deprisa. Recogió la maleta y despegó los pies del suelo, comenzó a andar hacia la casa.

—Hola, mamá.

Su madre retorció el delantal que tenía sujeto a la cintura con las manos. Al parecer no se atrevía a abrazarla. Audrey posó de nuevo la maleta en el

suelo y acortó la distancia que las separaba.

Aunque Laura Hayes cerró los ojos para detener las lágrimas, no lo consiguió. Audrey la estrechó entre sus brazos, tenía la impresión de que su madre había encogido a lo largo de los años. Parecía más frágil que lo que recordaba.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas venido —dijo la mujer respondiendo al abrazo—. Año y medio es mucho tiempo para que una hija y una madre no se vean.

Audrey acarició la espalda de su madre. Tenía razón, era demasiado tiempo, aunque hubiesen hablado por teléfono en alguna ocasión.

Laura se separó, pero no lo hizo del todo. Alargó las manos y cogió a su hija de las muñecas, se las apretó con suavidad; como respuesta, Audrey sonrió.

—Me alegro de verte, mamá.

—Más me alegro yo, créeme, pero entra en casa. —La mujer hizo ademán de coger la maleta, pero Audrey se lo impidió.

—¿Está papá?

Laura volvió a poner cara de preocupación. Audrey se fijó en que sus ojos ya no brillaban y su sonrisa parecía haber desaparecido.

—Ha ido a dar un paseo, no tardará en volver a casa. Se alegrará de verte.

Audrey lo dudó, pero no dijo nada al respecto. Alzó la maleta y entró.

Pudo oler el guiso que seguramente se estaría cocinando a fuego lento, como de costumbre. El estómago protestó, pero en esta ocasión de hambre. Llevaba muchas horas sin probar bocado.

—De saber que ibas a venir...

—No importa, mamá —la interrumpió Audrey—. Huele de maravilla.

Su madre cerró la puerta con un movimiento calmado.

—Tu habitación está preparada.

—¿En serio?

La mujer, insegura, volvió a retorcer con las manos el delantal.

—Ya sabes que me gusta mantener la casa limpia.

Audrey lo sabía. Observó a su alrededor, no había ningún cambio significativo y eso, de algún modo, le gustó. Los recuerdos se agolparon de repente y la dejaron sin aire en los pulmones. Demasiado tiempo viajando, lejos de casa. Agradeció que su madre no hiciese preguntas.

—Sube y deja la maleta. Te prepararé una limonada y algo para comer.

—No hace falta, mamá.

—Quiero hacerlo.

Audrey asintió. Tenía la impresión de que su madre deseaba estar ocupada.

—Está bien.

Subió las escaleras a sabiendas que los ojos de su madre estaban clavados en su espalda. En ese instante, la puerta principal se abrió. Audrey, con la maleta en la mano, se giró sobre el escalón.

—Hola, papá.

El hombre, alto y fornido, se quedó muy quieto, entró en la casa con paso vacilante.

—Audrey —saludó sin más.

No hubo un recibimiento más cariñoso ni efusivo. Su padre movió los pies solo para alejarse de ella; su madre la miró con tristeza, sin embargo no emitió ni una sola palabra. Como solía hacer, corrió tras él.

Audrey tomó una respiración profunda antes de alcanzar el siguiente escalón, nadie le dijo que iba a ser fácil romper con las malas costumbres. Abrió la puerta de su habitación y fue como viajar al pasado. Todo seguía igual que la última vez que había estado allí. Cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella, echaba de menos a alguien y no pudo más que reprenderse a sí misma por ello.

—Alan —murmuró.

—¿Quieres tranquilizarte?

—Ojalá pudiera, pero saber que soy el tipo más gilipollas del planeta, no ayuda.

Martin observó a su amigo. La verdad es que la situación se había tergiversado de tal manera que parecía no llevar a solución alguna. Audrey había desaparecido hacía tres días sin dejar rastro, cada vez que Alan intentaba ponerse en contacto con ella, saltaba el buzón de voz de su teléfono.

—Aunque no lo creas, no eres el tío más gilipollas del planeta. Los hay que te ganan.

Alan recogió los últimos informes de su mesa antes de mirar a Martin.

—¿Eso lo dices por ti?

Martin sonrió con sarcasmo.

—Muy gracioso. Solo intento ayudar.

Alan volvió a poner cara de preocupación. Miró en dirección a la ventana, ya había anochecido y eso le angustió más. Se pasaba doce horas en ese aburrido despacho con la única obsesión de poder localizar a Audrey, pero sin resultado alguno. Necesitaba explicarle que lo que vio, había sido un gran error.

—¿Dónde está Cody?

—Con mi madre.

—¿No hay canguro?

Alan metió los últimos informes que le quedaban por leer en el maletín y luego lo cerró. La sola idea de que se pasaría buena parte de la noche trabajando, le hacía enfurecer, pero poco podía hacer al respecto. Miró a Martin antes de hablar.

—No quiere oír hablar de canguros —dijo con tono lastimero—. Me hace responsable de lo de Audrey, y no le falta razón.

Martin volvió a sentarse y soltó una especie de bufido.

—Lo siento, de verdad.

—Gracias. —Alan cogió su maletín y rodeó la mesa—. Tengo que irme.

—¿A dónde? —Martin se levantó como un resorte del sillón.

—No tengo ni idea, lejos de aquí.

—¿No quieres saber cómo lleva Alex el caso?

Alan soltó un improperio antes de abrir la puerta.

—No quiero saber nada de ella.

Y era verdad, lo único que deseaba es que desapareciera esa desazón que no le dejaba respirar, esa culpabilidad que crecía cada día más en lugar de disiparse.

—Reconozco que no actuó bien —comenzó a decir Martin, pero Alan lo interrumpió.

—Yo fui el que actuó mal, no ella. Debí negarme en rotundo a la absurda idea de tomar una cerveza mientras hablábamos de trabajo.

Martin soltó un bufido. Observó que en el rostro de Alan aún quedaba un rastro visible del puñetazo recibido en el pub.

—¿Te duele? —preguntó llevando la mano a su propia cara.

—Menos de lo que me debería doler —dijo Alan en voz baja y tensa.

—Creo que puedo ayudarte. —Martin tuvo que reprimir una sonrisa al ver como Alan se detenía con la mano ya en el pomo de la puerta—. ¿Recuerdas a Sira? —No esperó respuesta—. Le dije que indagase un poco.

—¿Y...?

Alan agarró con fuerza el pomo, le hubiese gustado romperle en mil pedazos. A decir verdad, paciencia le quedaba poca.

—Angus, el hermano de Audrey sabe algo, pero dice Sira que es como una tumba, no suelta prenda.

—¿Estás seguro de que sabe dónde está Audrey?

Martin se medio encogió de hombros.

—Al cien por cien, no, pero...—Se detuvo cuando Alan desapareció de su campo de visión.

—Ey, un momento, ¿a dónde vas? —preguntó corriendo hacia la puerta.

—A tomar una cerveza —respondió Alan camino al ascensor.

—Yo fregaré el desayuno, mamá.

—No me importa hacerlo a mí —repuso su madre sin saber muy bien cómo actuar. Tener a Audrey en casa implicaba compartir el tiempo con otra persona y conversar de lo importante y de lo que no lo era tanto. No estaba acostumbrada, quizás porque había hecho de su soledad su mejor aliada—. Estoy acostumbrada a cuidaros.

Su hija le dirigió una mirada que podría interpretarse como cariñosa. No sabía cómo actuar, parecía estar fuera de lugar en su propio hogar.

—Sé que no te importa fregar, pero deberías dedicar más tiempo a ti misma. —Audrey llevó las tazas del desayuno al fregadero y recogió la mesa. Observó a su madre, parecía perdida en su propia cocina.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, supongo que sí. Me gusta que estés en casa, aunque aún me estoy acostumbrando a tu presencia. Espero que no me lo tomes en cuenta —pidió ella cabizbaja.

No había cambiado nada, pensó Audrey. Su madre seguía bajo el influjo de su padre.

—Eres libre de hacer y pensar lo que quieras, mamá. —Se acercó a ella y le pasó un brazo por encima de los hombros. Eran tan delicada, tenía la

impresión de que se iba a romper de un momento a otro. La abrazó y no pudo evitar sentirse un poco culpable por dejarla sola.

—Debería venir más a menudo.

—Eso me gustaría. —Laura levantó la mirada y se enfrentó a los ojos de su hija—. Soy consciente de que vuestro padre no os lo pone fácil.

—Tres días es mucho tiempo para ignorar a una hija, ¿no crees?

Laura tragó con dificultad antes de responder.

—Dale tiempo, Audrey.

—¿Tiempo? Lleva sin verme un año y medio. Ha tenido más que tiempo para recolocar esa cabeza suya —protestó. Se separó de su madre y tuvo la impresión de no estar actuando correctamente.

—Ya le conoces...

—La cuestión es que no quiere conocernos a nosotros, a sus propios hijos.

Laura de pronto se sintió fatigada; así que buscó asiento.

—¿Cómo está Angus?

Audrey sintió verdadera lástima por ella, era una víctima más.

—Es feliz, mamá. Deberías llamarle y hablar con él —sugirió acortando de nuevo las distancias. Se puso de cuclillas y posó los brazos sobre las rodillas de su madre—. Él te quiere y solo necesita vuestra aprobación para sentirse pleno.

Su madre se removió inquieta en la silla.

—No es fácil, ya conoces a tu padre.

Audrey alzó los ojos al techo.

—Claro que le conozco. Es demasiado testarudo para dar su brazo a torcer. Pero, ¿qué me dices de ti, mamá? —preguntó con la única intención de llegar al corazón de su madre—. Angus es también tu hijo.

Laura se frotó los ojos brillosos, quizá a causa de la fatiga.

—Tu padre es muy obstinado.

Audrey dejó caer la cabeza. Tenía la impresión de estar tropezando, una y otra vez, contra el mismo muro.

De pronto su madre la sorprendió con una pregunta:

—¿Cómo es él?

Audrey levantó la cabeza y miró directamente a los ojos tristes y apagados de su madre.

—¿Te refieres a Brian?

—¿Se llama Brian?

—Sí. Así es y es un tipo estupendo, mamá. Quiere mucho a Angus, no te imaginas cuánto.

Laura sonrió a pesar de los nervios que no la dejaban vivir.

—Eso es lo importante, que sea buen chico para mi Angus.

Audrey depositó un cálido beso en la fría mejilla de su madre. Tenía la impresión de que se iba a romper de un momento a otro.

—Y, ¿qué me cuentas de ti, Audrey? ¿Tú eres feliz?

Audrey se incorporó y terminó de recoger las tazas del desayuno.

—Digamos que estoy en ello.

—Conozco esa mirada y sé que no estás siendo sincera del todo.

Estaba claro que como actriz se moriría de hambre.

—Hay un hombre —dijo al fin, sin saber qué decir a continuación. No había dejado de pensar en Alan. Por más que lo intentaba no lograba pasar página.

Laura deseaba hacerle mil preguntas a su hija, pero se mantuvo en silencio.

—Tiene un hijo —continuó Audrey—, se llama Cody y es fantástico.

Laura observó a su hija con atención.

—Y, ¿Por qué razón no estás con ellos?

Audrey se medio sonrió.

—Es una historia muy larga.

—Si algo tenemos en Irlanda es tiempo. Ven, siéntate y cuéntame.

Audrey dejó el paño que tenía entre manos sobre la encimera y a seguidamente, se sentó al lado de su madre.

—¿Qué quieres saber exactamente?

Por primera vez en los tres días que llevaba en casa, Laura sonrió abiertamente.

—Todo —dijo acariciando a su hija.

Alan se armó de paciencia.

—Necesito hablar con ella, eso es todo —le rogó a Angus.

El aludido le miró con cara de pocos amigos.

—¿Para qué? Al parecer compañía femenina no te falta.

Alan soltó un improperio entre dientes.

—Aquello fue un error, te lo he repetido hasta la saciedad durante la última hora.

Angus dejó la botella que tenía entre las manos sobre la barra. Después de todo, Alan Reig no parecía mal tipo. Tenía la impresión de que hablaba en serio. Audrey no se podía haber equivocado con él. Sopesó la situación varios segundos más antes de rendirse a la evidencia. Tenía que asegurarse.

—Los errores se pagan, amigo.

Alan soltó una especie de bufido. Miró en dirección al escenario y allí estaba Martin embelesado con la cantante. Vaya ayuda la suya.

—Escucha, la necesito, ¿de acuerdo? —instó, intentando ablandar el corazón del hermano de Audrey. No se lo estaba poniendo fácil, pero él en su lugar tampoco lo haría. Así que no iba a rendirse.

—¿Por qué?

Era casi medianoche, no había clientes en el pub. Brian recogía algunas de las mesas en el otro extremo del local, pero no perdía detalle de lo que ocurría en la barra.

—Necesito saber que está bien, eso es todo.

—Eso te lo puedo decir yo, se encuentra perfectamente.

La esperanza se abrió paso entre los dos hombres.

—¿Eso significa que has hablado con ella?

—Así es. —Angus pasó un paño húmedo por la barra, intentando ignorar la mirada devastadora de Alan.

—¿Dónde está ahora?

Angus dejó de hacer movimientos circulares con el brazo.

—No te lo puedo decir.

—Maldita sea...¿por qué? —inquirió de mala gana Alan, a punto de perder la paciencia.

—Porque no lo sé.

—Pero me has dicho hace un momento que has hablado con ella.

Angus decidió ser sincero por primera vez con Alan Reig.

—Mi hermana es una mujer muy inteligente, imagino que ya te has percatado de ello. —Hizo una pausa para ver la expresión del hombre compungido que llevaba la última hora intentando sonsacarle información—. Audrey se ha puesto en contacto conmigo, pero no me ha dicho dónde se encuentra ahora.

Alan empujó la jarra de cerveza a un lado, con cierto pesar. Tenía la impresión de estar en un laberinto sin salida.

—Lo último que supimos era que se dirigía a Trosa. —Alan se giró. Brian era el que había hablado en esta ocasión—. Pero al parecer ha retrasado su vuelo una semana más.

—¿Trosa? —inquirió Alan intentando ubicar en el mapa esa ciudad de la que jamás había oído hablar.

—Suecia —le aclaró Brian con varias jarras sujetas por los dedos de ambas manos.

Alan se esforzó por no perder los nervios.

—¿Por trabajo?

Brian dejó las jarras sobre la barra y se volvió.

—Eso es.

—Brian... —le advirtió Angus.

Brian no se dejó amilanar.

—Salta a la vista que está enamorado, Angus.

«Enamorado».

La conclusión de Brian lo dejó desconcertado, fuera de lugar. Algo se rompió en su interior, dando por fin con la respuesta. Eso era, estaba loco por Audrey.

—¿De verdad no sabéis dónde está ahora?

Brian negó con la cabeza.

—Tiene el móvil apagado. Está claro que necesita unos días en soledad.

Alan suspiró. Se le dibujó un rictus amargo en la boca.

—Está bien —aceptó—. Es lo que hay. —Rebuscó en el interior de uno de los bolsillos de su americana—. Aquí os dejo mi tarjeta, en ella está impreso mi número de teléfono y lugar donde trabajo. Os rogaría que cualquier noticia sobre ella, me la comentaseis. Es importante para mí. — Sobre la tarjeta depositó un billete de veinte euros.

—Descuida —fue la respuesta de Brian—. Me ocuparé personalmente de ello.

Alan dirigió su mirada a Angus, saltaba a la vista que no estaba de acuerdo con nada de lo que se había hablado allí, pero no dijo nada al respecto.

Eso era mejor que nada.

CAPÍTULO 13

La primavera no había sucumbido aún al verano.

Audrey se había levantado esa mañana con energías renovadas, aunque su padre siguiese en sus trece, sin dirigirle la palabra. Era como si se tratase de un fantasma molesto e inoportuno que formaba parte de la casa. Suponía que no iba a ser fácil, pero estaba resultando muy duro. Pronto pondría rumbo a Trosa, seguramente en un par de días. Kinsale quedaría atrás, relegada en el pasado. Su padre también.

Paseó tranquilamente y en soledad por las calles de su pequeño y activo pueblo. La actividad en el puerto a primera hora de la mañana se podía decir que era frenética. Los pescadores se mantenían ocupados descargando las cajas de captura de la noche anterior de sus barcazas para vender el fruto de su trabajo en la lonja poco después.

El estuario del río Bandon era un lugar propicio e ideal para la pesca, labor a la que se dedicaba una buena parte de la pequeña población de Kinsale. Una actividad que se heredaba de padres a hijos, que mantenía con vida al pueblo y le aseguraba un futuro.

La brisa de la mañana llenó sus pulmones, así como el olor a pescado fresco. Se envolvió en su chaqueta de lana gruesa con la única intención de preservar su propio calor corporal. Las gaviotas, aves de por sí ya inteligentes, sobrevolaban sobre su cabeza y sobre las barcazas en busca de alimento fresco, sus graznidos rompían el silencio que traía consigo el amanecer. Audrey miró hacia el cielo en busca de las ruidosas aves, con su pico en forma de gancho y plumaje blanco, gris y negro, muy parecidas a las nubes plomizas y densas que cubrían el sol.

Prosiguió su camino hasta la plaza del mercado, lugar donde se concentraba el mayor número de restaurantes, *bed and breakfast*, tiendas y pubs, estos últimos le hicieron recordar a Angus y Brian. Debería volver a llamarlos por teléfono antes de su marcha. Con esa idea se adentró en las callejuelas adoquinadas y de casas pintadas de vivos colores que levantaban

el alma de sus habitantes y los días grises tan característicos ya de Irlanda.

Kinsale era una parte de historia de la isla, el edificio del Antiguo Mercado que databa del año 1600 o el Castillo Desmond construido como aduana en el 1500 por el noveno conde de Kinsale y que cien años más tarde se utilizaría como almacén de artillería. En el siglo dieciocho se convertiría en una prisión y hoy en día albergaba el Museo Internacional del Vino. Así era Irlanda, se transformaba con los tiempos para sobrevivir al presente.

Amaba cada rincón su pueblo, cada calle, cada edificio emblemático. Algún día volvería definitivamente, quizás en su vejez. Cuando la vida le hubiese ofrecido todo lo que creía necesitar. Se negó pensar en Alan o en Cody.

Se obligó a sí misma a pensar en el presente, a inyectar toda su energía en su día a día.

—¡Audrey!

Su nombre resonó un par de veces más por las angostas callejuelas. Audrey se giró sorprendida y observó cómo una mujer, joven y en avanzado estado de gestación, levantaba la mano en señal de saludo.

No la reconoció en el acto, tuvo que sacudir su memoria para ponerle nombre a aquella mujer que la saludaba alegremente.

—¿Maeve? —preguntó insegura—. ¿Maeve Lyons?

—La misma, aunque ahora no soy Lyons, sino Foley —saludó Maeve al llegar a su altura—. Había oído que estabas en Kinsale, pero me negaba a creerlo —sonrió llevándose una mano a su abultado vientre—. Nunca imaginé que volvieras.

El comentario dibujó una tenue sonrisa en el rostro de Audrey. Recordaba a Maeve Lyons, ahora Foley, perfectamente. En el instituto habían sido amigas, pero la universidad terminó separándolas para siempre.

—Disculpa, no te había reconocido.

—No me extraña —dijo riendo—. Debo pesar una tonelada más que la última vez que me viste y mis andares de pato son ya famosos en el pueblo.

—No es eso, es que...

—No busques una disculpa, Audrey. Hay que rendirse a la evidencia —repuso en un tono suave y con ademán de la mano para restarle importancia al comentario—. ¿Te apetece un té?, mi casa no está lejos.

Audrey pareció dudar durante una milésima de segundo, pero al parecer ya era tarde para negarse. Maeve había enhebrado su brazo con el de ella y la

arrastraba ya al final de la calle.

La casa de Maeve era preciosa, acogedora y tenía ese algo que hacía sentir cómodos a los invitados. Ser diseñadora de interiores tenía sus pros y sus contras, era algo que se llevaba siempre consigo y debía de reconocer que Maeve tenía un gusto exquisito para la decoración. El salón luminoso en tonos blanco y plata era una buena muestra de ello.

En Maeve seguía habitando esa adolescente alegre y responsable que conoció en el instituto. Audrey pensó que esos kilos de más, hacían de Maeve una mujer mucho más atractiva y rebosante de energía. Envidió sus hormonas, esa nube rosa en la que parecían vivir todas las embarazadas hasta que llegaba la hora del parto.

Su aspecto no había cambiado significativamente, seguía siendo morena, de ojos grandes y expresivos.

—¿Recuerdas al señor O'Keefe?

—¿El profesor de literatura? —preguntó Audrey con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, Dios. Aún recuerdo cuando te levantaste de tu silla en mitad de la clase y le recitaste de memoria buena parte de un fragmento de Hamlet. ¿Lo recuerdas?

Audrey estiró el brazo y alcanzó una de las galletas caseras que descansaban en un precioso plato ribeteado de flores. Maeve, seguramente, las habría horneado para acompañar el té de la tarde.

Otra de las cosas que Audrey añoraba: cocinar, hornear galletas para la gente que quería... Volvió al presente a sabiendas que eso no iba a suceder. Se pasaría la vida de ciudad en ciudad por su trabajo.

—¡Cómo no recordarlo! —exclamó, intentando que la realidad no la agobiase más de la cuenta—. Creí que el señor O'Keefe se había convertido en muñeco de cera cuando terminé.

Ambas no pudieron reprimir la risa.

—¿Cómo era?

Audrey se aclaró la garganta.

—Solo recuerdo las primeras líneas. Allá voy.

*Ser o no ser... He ahí el dilema.
¿Qué es mejor para el alma,
sufrir insultos de Fortuna, golpes, dardos,
o levantarse en armas contra el océano del mal,
y oponerse a él y que así cesen? Morir, dormir...*

Al terminar, Maeve aplaudió con efusión.

—Eso es. Recuerdo ese día como si fuese ayer. Tu proeza se convirtió en leyenda.

—No fue para tanto.

—Siempre supe que eras especial, Audrey.

Audrey se sintió violenta. Al parecer, Maeve la tenía en muy alta estima.

—¿Otro té? — Le ofreció Maeve.

Audrey se negó con una sonrisa en los labios.

—Uno es más que suficiente, Maeve. Gracias. Las galletas están deliciosas.

—Te agradezco el cumplido porque las he horneado yo misma esta mañana.

Audrey sintió que se estaba perdiendo algo de la vida, algo importante.

La anfitriona se removió inquieta en uno de los sillones blancos. Tras veinte minutos recordando el pasado, Audrey se atrevió a retomar la pregunta que le estaba rondando por la cabeza.

—Maeve, ¿por qué imaginaste que no volvería nunca a Kinsale?

Su amiga de antaño sonrió, quizá porque esperaba la pregunta en cuestión.

—Sé que estuviste hace casi dos años por aquí, Audrey —comenzó a decir Maeve—. Todo Kinsale sabe que la relación con tus padres no es buena. Angus desapareció y ellos están solos desde entonces.

Audrey no podía negar la evidencia.

—Mi padre es un ser complicado.

—Todos los hombres lo son. Es el orgullo propio lo que les traiciona, te lo aseguro. Pero el hecho de que tú estés aquí indica que te importan —dijo Maeve refiriéndose a los padres de Audrey—. Eso te honra.

Audrey, conmovida por las palabras de Maeve, le dio un apretón cariñoso en el antebrazo.

—Agradezco tus palabras, Maeve. Significan mucho para mí.

—Reconozco que siempre fuiste más soñadora que yo —comenzó a decir agradecida por el gesto de Audrey—, con más pájaros en la cabeza, espero que no te moleste la expresión. —Al ver que Audrey sonreía más abiertamente, prosiguió—. En el instituto, parecía que tuvieras alas, siempre dispuesta a volar.

Audrey no supo qué decir al respecto. Fue Maeve quien tomó de nuevo la palabra.

—Me hubiera gustado ser como tú, pero mi miedo a salir del pueblo y encontrarme con el mundo hizo que lleve casi tres años casada, que me dedique a mi hogar y que esté esperando mi primer bebé. —Se atusó suavemente la curva de su abultado vientre.

—Suenas maravilloso, Maeve. ¿Te arrepientes?

Maeve se la quedó mirando como si hubiese dicho la estupidez más grande del mundo.

—¡No, claro que no! Donovan es increíble conmigo, le quiero y he tardado, pero me he dado cuenta que crear mi familia es siempre lo que había deseado. —Le sostuvo la mirada durante unos segundos—. No viajo como tú, ni conozco la Torre Eiffel ni la Torre de Pisa, pero no me importa porque todo mi mundo se encuentra aquí, en esta casa. No necesito más.

Audrey sintió que algo se removía en su interior. Eso mismo que tenía Maeve era lo que ella deseaba con Alan.

—Me alegro tanto por ti, Maeve...

—Gracias. Y ahora dime, ¿Adónde te llevará tu nuevo trabajo?

—Suecia.

—Vaya, estarás muy lejos de los tuyos.

Maeve no había dicho nada que no fuera cierto. En Suecia se encontraría muy lejos de las personas que le importaban. Los ojos de Audrey se velaron por la tristeza y Maeve pareció percatarse de ello.

—Hay alguien en tu vida, ¿no es cierto?

Audrey asintió. Tenía la sensación de que podía confiar en la mujer que estaba sentada a su lado.

—Es abogado y escocés.

—Me gusta la combinación.

Ambas rieron ante el comentario de Maeve.

—Y tiene un hijo, Cody.

—Suenan maravilloso, Audrey.

Si sonaba maravilloso, ¿por qué huía? En el fondo lo sabía, tenía miedo de perder su independencia, su vida, de no estar a la altura de poder formar una familia.

—Mi trabajo ocupa todo mi tiempo —sonrió lentamente a sabiendas de que su amiga de la adolescencia no se creería ni una sola palabra de lo que decía.

Maeve se quedó callada.

—Siempre hay tiempo para las cosas importantes, Audrey —dijo sin más.

Ella no estaba tan segura de eso.

—Es complicado de resumir.

Maeve se removió inquieta de nuevo, estaba claro que el avanzado estado de gestación no le permitía estar demasiado tiempo sentada, luego respiró hondo.

—No para —dijo refiriéndose al bebé—. Es como su padre, pura energía.

Audrey sintió que estaba dormida por dentro, no como Maeve, llena de vida. La voz de su amiga la sacó de su ensoñación. Maeve se incorporó lo suficiente para colocar una mano sobre la de ella y dijo:

—Si vas a huir de nuevo, Audrey, asegúrate de no lamentarlo.

CAPÍTULO 14

Las palabras de Maeve resonaron una y otra vez en su mente, como si se tratase del estribillo de una canción pegadiza y difícil de olvidar.

«Si vas a huir de nuevo, asegúrate de no lamentarlo».

Supuso que Maeve llevaba razón. Hacía años que no se veían, pero parecía conocerla bien. Audrey levantó la mirada y observó cómo su madre, con su clásico delantal a cuadros, trajinaba en el fogón. Removió la sopa, como siempre lo hacía, con ese cariño que la caracterizaba. En ese momento lo comprendió: nunca había deseado ser como ella. Había rechazado formar una familia porque se proyectaba, seguramente sin pretenderlo, en su madre.

Laura Hayes... mejor esposa que madre. Ese debería ser su epitafio.

Un escalofrío bajó por su espalda.

En ese momento, su madre se giró y la observó con atención.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En nada en particular —respondió Audrey.

Su madre arrugó el ceño: sin duda sabía que mentía, pero en esta ocasión no dijo nada al respecto. Volvió a mirar al frente y siguió removiendo la sopa.

El silencio se instauró de nuevo entre ellas.

Cocinar debería ser uno de sus propósitos. Con ese pensamiento se llevó la cuchara a la boca. La sopa estaba deliciosa.

Su padre, como de costumbre, estaba sentado frente a ella, no hablaba, se limitaba a comer en el más absoluto de los silencios.

—Deberíamos invitar a Angus y a Brian a venir a casa.

La proposición por parte de su madre dejó sin habla a Audrey. La reacción de su padre debió de ser muy parecida porque la cuchara quedó a medio camino entre el plato y la boca.

—No sé a qué viene eso ahora —comentó su marido en un tono mordaz. Dejó caer la cuchara al plato y como consecuencia la sopa salpicó buena parte del mantel, por no hablar de la camisa que llevaba puesta.

Laura siguió comiendo como si aquella reacción no hubiera tenido lugar.

—Solo digo que tengo ganas de ver a mi hijo —dijo como si tal cosa—. Quiero saber de él y conocer a la persona con la que está compartiendo su vida.

Patrick Hayes tiró la servilleta sobre la mesa.

—Tu hijo no volverá a pisar esta casa, ¿lo entiendes?

—Papá... —el tono de Audrey fue de advertencia.

Una mirada recelosa y acusadora se dirigió a ella.

—¿A eso has venido? —inquirió de un humor de perros—. A comerle la cabeza a tu madre con ideas estúpidas.

Audrey dejó la cuchara al lado del plato e intentó serenarse.

—No son ideas estúpidas. Estamos hablando de Angus, tu hijo.

Su padre se levantó de forma precipitada, tal fue así que la silla cayó hacia atrás y estrelló contra el suelo de la cocina.

—¡Yo no tengo ningún hijo, a ver si os queda claro de una vez por todas!

—Claro que lo tienes —le aseguró su esposa mirándole fijamente.

Audrey jamás había visto esa mirada desafiante en la mirada de su madre.

—Lo parí yo. Es hijo mío y tuyo, porque desde el día que te conocí, Patrick Hayes, no he mirado a otro hombre.

Audrey observaba fascinada a su madre. ¿Quién era esa mujer que estaba sentada a la mesa junto a ella?

Su padre aprovechó el denso silencio para soltar varios improperios.

—Mi hijo es un...

—Hombre. —Su esposa terminó la frase por él—. Un hombre que se ha enamorado de otro y nosotros debemos apoyarlo y dar nuestras bendiciones.

Audrey no salía de su asombro. Miró en dirección a su plato como si la sopa pudiera tener algún ingrediente secreto, parecido al suero de la verdad.

—¡Ni siquiera me lo sugieras, Laura! —vociferó su padre—. Debería casarse con una mujer y darnos nietos, esa sería su obligación. No ser un mariposón del tres al cuarto.

—Papá, por favor —le rogó Audrey.

—Esto es increíble —gritó—. Estoy en mi casa y bajo mi propio techo

—levantó ambas manos para luego dejarlas caer de forma atroz contra la mesa —. Tengo que escuchar una sarta de estupideces y no me apetece. Angus no volverá a pisar esta casa mientras no se case con una mujer y me dé nietos — repuso con acritud—. ¿Os ha quedado claro?

—Papá, Angus es feliz con Brian...

—¡Maldita sea!, ¡Audrey Hayes, ¿no has oído ni una sola palabra de lo que he dicho?!

En esta ocasión el puñetazo que dio en la mesa fue tan fuerte que dos de los tres vasos derramaron su contenido sobre el mantel. Audrey dio un respingo y se aferró a su servilleta. Laura Hayes pareció no inmutarse. Se levantó con una tranquilidad pasmosa. Es esta ocasión fue ella la que apoyó las palmas de las manos al borde de la mesa y miró a su marido de forma desafiante.

—He traído a mis hijos al mundo con mucho dolor y he de decirte, Patrick, que estoy cansada de ser desdichada e infeliz —dijo severamente Laura—. Audrey debe seguir con su vida, podrá casarse si lo desea o por el contrario seguir soltera, es su elección mientras sea feliz. —Laura miró a su hija con cariño. Audrey tuvo que tragar saliva al escuchar las palabras de su madre. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su madre en respuesta, le sonrió—. Respecto a Angus y Brian vendrán a esta casa cuando ellos lo deseen. —Levantó una mano para detener las palabras de su marido—. Lo harán, con o sin tu consentimiento. Si pones algún impedimento, Patrick, seré yo la que te abandone. ¿Te ha quedado claro esta vez a ti?

Patrick miró a su esposa con cierta beligerancia, bufó como un animal herido. Observó a la mujer con la que había compartido treinta y cinco años de su vida. Mantenía la barbilla altiva y decidida. Después su mirada recayó en su hija, que parecía tan asombrada como él. Como buen irlandés, lucharía hasta el final, a sabiendas de que no podría ganar la batalla. Se giró y se retiró de la mesa. El oscuro vestíbulo lo engulló.

Audrey miró a su madre. Todas las preguntas se agolparon repentinamente en sus labios.

—Hace tiempo que debí sublevarme —confesó—, pero he comprendido que el amor por mis hijos es mil veces mayor al que siento por mi marido. Estos días me has enseñado muchas cosas, Audrey. —Acarició la mejilla de su hija. Audrey pudo sentir los dedos artéticos y fríos de su madre en contacto con su piel—. Estoy orgullosa de ti, pero no cometes el mismo error que yo. Si

vas a amar, hazlo de corazón, contra viento y marea. Sé feliz cueste lo que cueste. Lucha por lo que quieres, hija.

—Mamá... —Las palabras se le atragantaban en la garganta.

Su madre sonrió.

—El orgullo solo te lleva a una vida penosa o al cementerio —comentó Laura Hayes con aparente calma—. Ahora déjame sola, quiero telefonar a tu hermano. Necesito más que nunca hablar con él.

Audrey se levantó de su silla, abrazó a su madre con fuerza antes de retirarse.

—Mamá, gracias por reunirnos de nuevo.

Su madre la palmeó la espalda con suavidad.

—No le juzgues con demasiada dureza, Audrey. No es más que un irlandés asustado, católico y terco.

Audrey no pudo más que sonreír ante las palabras de su madre.

—Mi niña, ve a buscar tu felicidad. El tiempo vuela.

Audrey salió de la cocina a sabiendas que todo su mundo se había desmoronado, con la esperanza de volver a creer en otro mejor.

Alan deseó desaparecer por arte de magia. Cody se encontraba frente a él y llevaba los últimos diez minutos echando sapos y culebras por su boca; lo peor de todo es que el niño llevaba razón. Eran las seis de la mañana y Cody lo había despertado.

La cálida luz de la lámpara de la mesita iluminó de forma tenue el rostro de su hijo. Alan reconoció que un padre era alguien en quien se debería confiar a ciegas y él no estaba haciendo un buen trabajo. Tenía la impresión de estar en el centro del ojo del huracán.

—Dejaste que se fuera mamá —le acusó— y ahora, Audrey se ha ido también.

Alan le sostuvo la mirada durante unos segundos.

—He metido la pata, hijo. —Eso fue lo único que se le ocurrió decir.

Cody pataleó con fuerza contra el suelo.

—Ve a buscarla, papá —dijo exasperado.

Alan se dejó caer de nuevo en la cama, el colchón se hundió bajo su peso. Estaba agotado, llevaba varios días sin dormir, el trabajo estaba siendo

un verdadero infierno, Alex no se lo estaba poniendo fácil, y para colmo de males Angus no se había puesto en contacto con él. No tenía ni idea de dónde poder localizar a Audrey. Cerró los ojos y se presionó con fuerza el puente de la nariz.

—Papá... —instó Cody—. Levántate y haz algo. Vístete y vamos a buscarla.

Alan miró a su hijo y descubrió que tenía los ojos brillantes de frustración. Cody pateó de nuevo contra el suelo.

—¡Papá...! —le lanzó una mirada hostil, impropia de un niño de siete años.

—Si sigues dando patadas, se le va a caer el techo encima a la señora Harper —le recriminó.

—No me importa nada esa...

—Cody —le interrumpió su padre—. Respeta a tus mayores, por favor.

El niño, malhumorado, se cruzó de brazos y luego los dejó caer. Aunque fuesen las seis de la mañana, Cody ya se había vestido y llevaba una pequeña mochila a la espalda. Estaba claro que su decisión era inquebrantable.

—Quiero ver a Audrey y lo quiero ya.

—Lo sé, hijo. Pero no tengo ni idea de dónde puede estar.

Cody no se daba por vencido.

—¿Has mirado su Twitter?

Alan sonrió de una forma peculiar.

—¿Qué sabrás tú de las redes sociales?

—Al parecer más que tú —indicó el niño con inocencia.

Alan dejó escapar una risa estrangulada. Cody era un niño muy inteligente y se lo demostraba día a día. La idea de su hijo era buena, la mejor, pero ya lo había comprobado: Audrey no había publicado nada en sus perfiles desde hacía una semana.

—Escucha —comenzó a decir—. Lo seguiremos intentando, ¿de acuerdo?

—No se habrá ido a Nueva Zelanda, ¿verdad?

Alan pudo ver y sentir el horror reflejado en el rostro de su hijo. Se levantó de la cama y se acercó a él. Lo atrajo hacia sí y lo abrazó con fuerza a la vez que apoyaba la mejilla en su cabeza.

—Estoy seguro de que no está en Nueva Zelanda.

—¿Me lo prometes? —inquirió inseguro el pequeño—. Todos lo que se

van a allí, no vuelven.

Alan deseó reír ante el comentario de su hijo, pero no lo hizo. Estaba claro que Cody sufría y mucho por la ausencia de su madre.

—La encontraremos, y cuando lo hagamos, hablaremos con ella y la convenceremos para que nos haga un pequeño hueco en su vida, ¿de acuerdo? —Le comunicó con cuidado de no herir sus sentimientos—. ¿Por qué no te dejas la mochila en tu habitación?

La respuesta del niño quedó suspendida en el aire, cuando el timbre los sobresaltó. Alan verificó que no habían pasado ni cinco minutos desde la última vez que había comprobado la hora.

—No te muevas de aquí, ¿has entendido?

Solo se alejó de Cody cuando este le confirmó que obedecería.

Alan no tenía ni idea quién podría ser a una hora tan temprana. Se dirigió a la puerta con el corazón en un puño. Las visitas a esas horas tan intempestivas nunca eran portadoras de buenas noticias. Abrió sin tan siquiera comprobar quién llamaba.

Cuando lo hizo, su sorpresa fue mayúscula.

Cody se había cansado de esperar; así que tomó la decisión de correr hacia la puerta. En su campo de visión entró su padre y un hombre que no conocía de nada.

—No tengo ni idea de si hago bien o mal, pero aquí está la dirección.

Cody observó cómo el extraño entregaba un papel a su padre. La curiosidad pudo más que la advertencia que había hecho a su padre; así que comenzó a andar hacia ellos.

Alan miró hacia el papel que Angus le entregaba.

—¿Está en Irlanda?

—Así es, en casa de nuestros padres.

Cody se sobresaltó cuando Angus lo miró.

—Y, tú, ¿quién eres? —preguntó de forma cariñosa.

—Cody —respondió el pequeño, sin poder evitar echar una mirada de soslayo a su progenitor.

—Mi hijo —aclaró Alan—. El cual debería estar ahora mismo en mi habitación.

—¿Sabes dónde está Audrey? —preguntó Cody, ignorando por completo la observación de su padre.

—Así es —respondió Angus.

Los labios de Cody se curvaron formando una sonrisa de oreja a oreja.

—¿De verdad?

—Sí —respondió el aludido—. ¿Por qué estás vestido y llevas una mochila en la espalda? —quiso saber Angus al comprobar que Alan estaba aún en pijama y desaliñado.

—Es que iba a buscar a Audrey. En la mochila tengo una brújula también.

Angus no pudo más que sonreír ante el comentario del pequeño.

—¿Quieres mucho a mi hermana?

Cody entornó los párpados.

—¿Audrey es tu hermana?

—Eso es.

Sin previo aviso, Cody corrió hasta él y lo abrazó por la cintura.

Angus se sintió enternecido por el acto.

—Será mejor que pases —le invitó Alan.

Angus avanzó torpemente.

—¿Cómo es que has venido tan temprano? —exigió saber Alan.

—Mi madre llamó anoche, estuvimos hablando más de una hora y esta mañana, Brian me ha echado de la cama con la única intención de que hablase contigo cuanto antes.

—Podrías haberme llamado al móvil.

Angus se encogió de hombros mientras acariciaba el pelo de Cody, que lo miraba extasiado, como si fuera un auténtico héroe de cómic.

—Eso mismo le dije yo a Brian, pero su respuesta fue más directa y precisa.

—¿Y se puede saber cuál fue?

Angus soltó una carcajada.

—Me dijo que me lo preguntarías. Pues bien, palabras textuales: «Puedes hablar conmigo o pagar un terapeuta, tú decides».

Alan no pudo evitar sonreír. Cerró la puerta.

—Imagino que te apetezca té o café.

—Café estaría bien. Gracias —comentó Angus arrastrando consigo a Cody hasta la cocina.

CAPÍTULO 15

—¿Estás segura?

Audrey miró a su madre y luego sonrió. Si algo tenía claro es que debía solucionar la situación con Alan. Era muy posible que él no quisiera saber nada de ella, pero al menos debía intentarlo. Se había engañado a sí misma creyendo que solo era sexo, que no había más entre ellos. Se había equivocado de lleno.

Debía reconocer que el episodio del pub la había disgustado, se había sentido confusa, fuera de lugar y había recurrido a su mejor estrategia, huir. Era la hora de la verdad, el momento de tomar las riendas de su vida.

—Más que segura —dijo mientras cerraba su maleta. Volvería a Escocia en busca de Alan y Cody—. Anoche fuiste tú la que me enseñó un par de cosas.

Laura Hayes sonrió. Tenía la impresión de que Audrey había curado sus heridas en Kinsale. Habían aprendido la una de la otra.

—¿Quieres a Alan?

A Audrey no le sorprendió la pregunta; es más, tuvo que pensar demasiado en la respuesta; si de algo estaba segura era de que su vida sin Alan y Cody no tenía mucho sentido. Los necesitaba desesperadamente, ojalá ellos pensarán del mismo modo.

—Más de lo que nunca imaginé —comentó dejando la maleta en el suelo. Miró a su alrededor, iba a echar de menos su antigua habitación—. Necesito disculparme con Cody y con Alan e intentar arreglar las cosas.

—Disculpas aceptadas.

Audrey abrió los ojos como platos y boqueó sin saber que decir. Allí, frente a ella, se encontraba Alan. Todo su cuerpo comenzó a temblar. Estaba más atractivo que nunca y esa sonrisa, que tanto había echado de menos los últimos días, hizo que las mariposas, que nunca abandonaban su estómago, agitaran con fuerza sus alas.

—Alan... —logró decir al final. Miró en dirección a su madre, esta

sonreía abiertamente y asentía. Sus ojos estaban acuosos, como si estuviera a punto de soltar alguna lágrima. Volvió a centrarse en Alan—. ¿Cuándo has llegado? —preguntó a duras penas.

—Esta mañana, a primera hora.

Alan sintió que no estaba todo perdido, que tenía una oportunidad con Audrey. Quizá fuese una tontería, pero no podía evitar sentirse nervioso. Cody y él, después de hablar con Angus, habían hecho sus maletas y habían cogido el primer vuelo a Cork. Durante el viaje se había hecho mil preguntas, la mayoría sin respuesta, pero, si algo tenía claro es que debía intentarlo, por él y por Cody.

Su hijo era el que vivía esta historia de manera una manera mágica. La idea de regalarle un poco de felicidad, bien valía todo el esfuerzo que estaba llevando a cabo.

—¿Eres feliz, Cody? —Le había preguntado ya sentados en el avión.

La respuesta de Cody fue una sonrisa amplia y brillante.

—Cuando encontremos a Audrey seré más feliz aún.

No había podido evitar abrazar a su hijo.

—Le pedirás que se case contigo, ¿verdad?

La pregunta le ilusionó más que sorprenderle.

—¿Es lo que quieres?

—Más que nada en el mundo —confesó el niño sin poder disimular su emoción—. Papá, te quiero y no quiero que te quedes solo.

A Alan le enterneció el comentario. Era un hombre con suerte.

—Bueno, pondré todo de mi parte. —Tomó aire para decir—. Al menos lo intentaré.

Cody le había mirado con admiración, como si el éxito de este precipitado viaje fuese solo responsabilidad suya. Sintió un enorme peso sobre los hombros, quizá por eso quiso prevenir a su hijo.

—Audrey podría decir que no.

—No lo hará.

Esa seguridad en su hijo, le desconcertó.

—¿Por qué estás tan seguro?

Cody se medio encogió de hombros.

—La queremos, papá. Por eso no nos va a rechazar.

Se había quedado de piedra. La conversación se vio interrumpida por una de las azafatas y él no había querido insistir.

—Además, tú siempre dices que es muy guapa.
Acarició a su hijo y le despeinó con la mano.

Cody tenía razón, Audrey estaba preciosa. Parecía que los días que había pasado en su pueblo natal le habían sentado de maravilla, no se podía decir lo mismo de él. Estaba cansado y de un humor de perros hasta que Angus había entrado en su apartamento.

La madre de Audrey se encontraba a su lado. Habían hablado poco, pero reconocía que era una gran mujer a la cual le debía mucho. Había telefonado a los Hayes desde Escocia, informándoles de su apresurada llegada y poniéndoles al corriente. Para su sorpresa, Laura los había invitado a su hogar y les había recibido con los brazos abiertos.

El padre de Audrey había sido más parco en palabras, pero parecía cómodo especialmente ante la presencia de Cody. Laura Hayes le comentó, después de que Alan estrechara la mano a Patrick, y sin que este pudiese oírla:

—Perro ladrador, poco mordedor.

Alan lo entendió a la primera y no pudo más que sonreír. Tras las pertinentes presentaciones a primera hora del alba, le rogó encarecidamente que no le comentase a Audrey su presencia en Kinsale. Deseaba sorprenderla, conocer de primera mano su reacción.

Estaba encantado de que su plan hubiese salido a las mil maravillas porque allí estaba ella, maravillosa, preciosa y confesándole a su madre que estaba enamorada de él. ¿Quién podía pedir más?

—Será mejor que os deje solos.

—¿Dónde está Cody? —preguntó Audrey antes de que su madre se fuera.

—Abajo, con tu padre.

Audrey ahogó una carcajada.

—¿En serio?

—Le está poniendo al corriente sobre la Era Jurásica —respondió Alan apostado sobre el quicio de la puerta—. Y tu padre parece del todo interesado en el tema.

Audrey no se lo podía creer. ¿Su padre hablando de dinosaurios con un niño de siete años? Era inverosímil.

—Brian y Angus vendrán dentro de unos días —anunció su madre encantada, sin poder ocultar una sonrisa de total satisfacción—. Espero que os

podáis quedar —preguntó dirigiendo una mirada cautelosa a Alan.

—Eso dependerá de Audrey.

Audrey sintió que las cosas marchaban de nuevo. El hecho de que su hermano regresara a casa junto a Brian marcaría un antes y un después en la familia Hayes.

—Por supuesto, mamá. Nos reuniremos todos en familia, tal y como debe ser.

—Es fantástico —exclamó la mujer alejándose y canturreando.

Audrey no sabía muy bien cómo debía actuar, así que decidió dar un paso y luego otro hasta llegar a la altura de Alan. Cuando lo hizo, levantó la barbilla y le miró a los ojos. Una sonrisa soñadora la recibió.

—No me puedo creer que estés aquí.

—Aquí estoy —comentó Alan rodeando con sus brazos la cintura de ella—. En carne y hueso, a tu disposición. Pero antes quería pedirte disculpas por lo del pub. Verás, yo...

Ella lo interrumpió con un precipitado beso en los labios.

—Estás aquí, eso es lo que importa.

Alan la atrajo hacia él y le frotó la espalda con suavidad. Acercó de nuevo los labios a los de ella y volvió a besarla con un deseo casi incontrolable. Ella permitió que explorara su boca, su alma y se pegó con fuerza contra el duro torso de él.

Ahí estaba todo lo que necesitaba, en aquellos brazos. El pasado nunca traía nada nuevo, eso era cierto. Lo importante era que Alan había venido a buscarla.

Él se separó lo suficiente para acariciarle el cuello con la nariz.

—No vuelvas a desaparecer de mi vida, por favor —le susurró.

Audrey sintió el aliento de él contra su piel, levantó la cabeza y lo besó de nuevo.

—Prometido.

Él pareció complacido.

—Quiero una familia, Audrey. Ya sabes, matrimonio, hijos...

—Sí. —Aceptó ella de inmediato.

—¿Sí? —preguntó él, sorprendido, dibujando el contorno de su rostro con la yema de los dedos.

—He tardado, pero al final lo he comprendido. Estoy enamorada de ti, Alan. Quiero ser parte de Cody y de ti. Formar una gran familia entra dentro

de mis planes.

Él no pudo evitar su entusiasmo.

—Siempre estaré agradecido al destino. Bendita reunión de domingo. — Depositó un beso en los labios de ella—. Confundirte con la canguro de Cody fue un error maravilloso. Prometo hacerte feliz.

—Por supuesto que lo harás. Yo también me alegro del error, no sabes cuánto —le susurró ella con un tono de lo más sensual.

—Ni te imaginas lo importante que eres para mí. Ni cuánto te quiero.

—Te quiero, señor Reig.

Él ahondo en el beso y se adentró en la habitación. Cerró la puerta de un puntapié. En ese instante la melodía del móvil rompió el momento.

Ambos se miraron y no pudieron evitarse echarse a reír.

Alan sacó el móvil del bolsillo, frunció el ceño y luego apagó el aparato. Lo guardó de nuevo en su bolsillo.

—¿Es importante?

—No. Es solo Martin.

Seguían abrazados, mirándose a los ojos.

—Y, ¿tu trabajo?

—Puede esperar. Todo puede esperar, todo menos tú.

Ella iba a protestar, pero él se lo impidió con un beso largo y sensual. Dejó que sus dedos se enredaran en los cabellos de Audrey y siguió besándola con una necesidad casi imperiosa. La necesitaba ahora y siempre.

—Tengo entendido que tienes previsto un viaje a Suecia.

Ella sonrió contra sus labios.

—Creo que es hora de que gestione mi forma de trabajar.

—¿En serio? —preguntó, clavando los ojos en ella.

Ella asintió con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Cómo? —preguntó el preocupado. No deseaba que Audrey rechazase nada, ni por él ni por Cody.

—Buscaremos la manera, ya lo verás. Tengo más propuestas interesantes sobre la mesa.

Lo besó y supo que Alan era el hombre que tanto tiempo había estado buscando a lo largo de su vida. Lo había encontrado de la forma más insospechada, casi casual. Quizá fuera cierto eso que decían, que el destino lo tenía todo bien hilvanado y que nadie escapaba a sus deseos. En ese preciso momento, un par de mariposas, de hermosas alas coloridas y brillantes,

sobrevolaron la habitación, revolotearon sobre sus cabezas y, a continuación, salieron por la ventana entreabierta.

Ya nada la inquietaba, todo parecía fluir.

—Todo puede esperar, todo menos tú y yo —susurró él contra los labios de ella, llevándola directamente a la cama.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

El vuelo de las mariposas será el primer volumen de una serie de novelas que estarán bajo un mismo sello que yo he creado: *Delicatessen*.

Son novelas algo menos extensas de lo que os tengo acostumbrados/as, pero no dejan de ser igual de intensas, os lo prometo.

Espero de corazón que las disfrutéis, al igual que lo he hecho yo escribiéndolas.

Gracias por hacerme mejor persona y por consiguiente, trabajar duro para convertirme en una de vuestras autoras de referencia.

Sois muchos/as los que camináis a mi lado y a todos vosotros os quiero dar las gracias. Gracias por acompañarme en este trayecto, en un sendero precioso que cada vez es más espectacular porque ya formáis parte de él.

Recordad que todas mis novelas y personajes son producto de mi imaginación, aunque en esta vida nada es imposible (ya sabéis a lo que me refiero).

Gracias por tanto. Sois lo mejor de lo mejor.

Espero encontraros en mi próxima novela.

Besos, besos y más besos.

Muackssss.

Yolanda Revuelta



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

Otros títulos de la autora:

Noches en la niebla.

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino
- Caricias del poder
- Caricias del ayer

El país de los vientos fríos

Bilogía Isla Skye:

- La sombra de una mentira
- La promesa de no olvidarte

Me puedes encontrar en;
Instagram, Twitter, google, Facebook
Y en mi página Web;
www.yolandarevuelta.es